

enrique canudas sandoval

apocalipsis now
(ensayo sobre las crisis
norteamericanas)
ensayos varios

A los No
Elias, Luis, Quillo, y
también a Gustavo, Carmen, Luis
y Chin

Y el carnero abrió el segundo sello y salió "un caballo rojo. El que le montaba recibió el poder de quitar la paz de la tierra; con el fin de que los hombres se degollasen entre sí. una enorme espada le fue dada...

Después vi descender del cielo un angel que tenía la llave del abismo...

Cuando los mil años serán cumplidos. Satán será liberado de su prisión. Y saldrá para seducir a las Naciones de los cuatro puntos de la Tierra, Gog y Magog, a fin de reunirlos para la Guerra".

LA SANTA BIBLIA
"EL APOCALIPSIS SEGUN SAN JUAN

ACTO PRIMERO

AMERICA TE AMO.

Leves y Dispersos Signos de la Civilización Americana

Esta hisoria comienza hacia finales de la Segunda Guerra Mundial, simplemente porque da principio conmigo. No se trata de que ahora me cante y celebre a mi mismo, sino de un hecho más objetivo: desde mis primeras imágenes, la "imprensa" de la civilización americana ha sido continua y no pocas veces indeleble.

Me sería difícil precisar si fue con “Fantasía”, con “Los Tres Caballeros”, con “Blanca Nieves” o quizá con “Bambi” cuando Walt Disney vino a escarchar mis provincianos y todavía penumbrosos sueños infantiles. No fue sino décadas más tarde cuando cobré conciencia de que Disney había sido uno de los más exitosos y sagaces **businessman** del siglo; representante típico del capitalismo americano y creador de un imperio de fantasías y ganancias: ¿quién no ha comprado alguna vez algún producto de la compleja cadena Disney?, ¿quién no ha visto por las calles del mundo una hermosa muchacha portando una sudadera gris con la efigie de Mickey grabada en el pecho? Por ejemplo, con las fatigantes persecuciones del ya senil Mickey Mouse por Pedro el Malo, se me grabó en el subconciente que el **bien** siempre tiene que triunfar sobre el **mal**, y que la felicidad del **happy end** es una Ley Inquebrantable de la naturaleza universal de la cultura americana. Mientras eso ocurría, el Pato Donald me proporcionaba las primeras imágenes pragmáticas de aquella opulenta sociedad.

Idilio entre hechos americanos e infancia mexicana, que se prolongó, a lo largo de la adolescencia. Las caricaturas y el alud de comics, en su debido momento, fueron sustituidos por largometrajes de las aventuras interplanetarias de “Flash Gordon” (el antecedente prehistórico de 2001 Odisca en el Espacio y de la Guerra de las Galaxias), por films de cowboys contra indios perversos y estúpidos y por la serie del Tarzán de Johny Weissmuller, siempre impartiendo la ley blanca entre un mundo de hombres negros que no lograron superar nunca los estados más primitivos de la evolución humana. Tengo que confesar que siempre preferí a Tarzán sobre el Superman indestructible e impotente de la era atómica, no tanto por una búsqueda subconciente del buen salvaje rousseauiano sobre el enajenado hombre de asfalto de las metrópolis, sino por el hecho más natural de que, siéndoyo mismo un producto del trópico y la jungla, me identificaba más espontáneamente con el hombre mono de la cinta de plata que con el hombre de acero de las tiras cómicas; además, y por si fuera poco, Jane fue siempre más bella que Luisa Lane.

Hollywood nos llegaba cotidiana y más directamente que Freud o William Reich: Gran parte de la revolución sexual de nuestro siglo ha sido fabricada por esos demostrativos, excitantes y prolongados besos en la boca. Además, clandestinamente, a precios exorbitantes, llegaban hasta nuestras manos adolescentes los ejemplares del **Play Boy** de finales de los cincuenta, cuando todavía no se editaba en más de 8 millones de ejemplares y apenas osaban esbozar la blanquecina opulencia de los senos norteamericanos. Con lujo de superioridad y violencia mental, los Estados Unidos distorsionaban nuestros instintos, imponiéndonos sus patrones sexuales.

El arte cinematográfico, el más “prodigioso medio de cultura (o embrutecimiento) que ha producido el siglo XX,¹ fue transformado en carnero de oro; es decir, en industria y vehículo para transmitir el **american way of life**.

La civilización americana fabricó el complejo de “**Star**”, en sus manos, hasta Jesuschrist ha sido lanzado al estrellato como Superstar. Ha sabido utilizar la potencia comunicativa del cinematógrafo —como ahora puede crear un Ser Multimillonario de televisantes, unidos en un mismo instante del tiempo por las imágenes y mensajes— para difundir sus consignas y valores. Las penumbras de las salas de cine permitían no sólo esa pérdida y transmutación del yo; la identificación del espectador con el héroe del film, y el añagoso pero magnífico desdoblamiento de personalidad, sino también otras escenas más reales de sexualidad adolescente, que encontraban sus fugas en las últimas butacas de la sala.

Apenas en la década de los veinte, en pleno apogeo del cine mudo —acompañado por pianolas y bandas de Dixie—, varias estrellas del universo filmico habían alcanzado el zenith de su gloria: Douglas Fairbanks y Mary Pickford fueron actores millonarios que desataron motines en las calles de París, Londres y Nueva York. En 1920, 1931 y 1952 Charles Chaplin recibió el homenaje multitudinario a su genio creador; en 1924, la muerte de Vladymir Lenin pudo haber pasado “desapercibida” en el mundo occidental, pero la de Rodolfo Valentino conmocionó profundamente. Para los magnates de la industria cinematográfica el **Star System** es un negocio fabuloso y emocionante: lanzar una estrella implica riesgos económicos, pero si obtienen éxito con su fábrica de mitos la inversión se multiplica. Para los ejecutivos (**Big Shots**) de Hollywood una “estrella” es la forma humana del capital y la ganancia. Entre los mejores **money making stars** podemos recordar a Tyrone Power, Gary Cooper, Elizabeth Taylor, Bing Crosby, John Wayne, Marylin Monroe, Bob Hope, etcétera.

El objetivo de Hollywood es la ganancia; sus ejecutivos saben calcular el taquillaje de cada film; por ello, desde muy temprano, Hollywood se estructuró a la imagen y semejanza de la economía monopolizada del siglo XX. Ocho grandes compañías, la Paramount, la Fox, la MGM, la Wagner, la RKO, la Universal, la Columbia y la United Artist, poseídas y controladas por un reducido grupo de financieros de Wall Street, monopolizan las pantallas en la mitad del mundo.²

Pero existe también otra finalidad, menos transparente, de Hollywood: la de transmitir ideologías y tratar de fabricar un

¹ Sadoul, G., **Las maravillas del Cine**, México FCE, 1960, 271 pp.

² Berendt, E., **El Jazz**, México, FCE, 1962, 416 pp.

nuevo ser en el planeta: el espectador tranquilo, satisfecho, proyanqui y anticomunista. Esa fue la finalidad y el mensaje de la "Cortina de Hierro", filmada en plena Guerra Fría (1948) por la Fox, compañía ligada a los intereses de los Morgan y los Rockefeller, y a las grandes empresas de la muerte: Kodak, Dupont, General Motors y General Electric. Los films macartistas (como los antirrojos producidos por Howard Hugues, en los que los marinos transportaban en los BS2 el "espíritu democrático y civilizador" hasta Corea) crearon un público tenso, al borde del pánico ante la "macabra amenaza del comunismo". Es por los canales del cine por donde mejor ha fluido y penetrado el **american way of life**.

Seguimos creciendo, y norteamérica también creció, difundiéndose por mil canales más; por ejemplo, en la explotación de una música estruendosa que llenó de ruido y emociones a los jóvenes de mi generación: Little Richard y los Platters; Billy Haley y Ray Connif, Pat Boone y Elvis Presley. El movimiento y el ritmo de nuestros cuerpos eran teledirigidos, vía satélite, desde Memphis. Nuestros vestidos eran subdesarrolladas imitaciones del modelo James Dean o Marlon Brando.

Ciertas influencias familiares me permitieron escapar a la exclusiva dependencia del rock and roll, tan sólo para caer dentro de las redes más amplias e improvisadas del Jazz: esa música negra, también de pura cepa americana, creada por la confluencia de varios azares históricos. Los tratantes de esclavos no imaginaron que son ese comercio inhumano del África al Mississippi contribuirían a la cultura musical del hombre: los anglosajones esclavistas evangelizaron a los negros, haciendo uso de cánticos religiosos europeos que en las voces negras cobraron ritmo y empezaron a sonar diferente. Los **negro spirituals** fueron el vehículo para desahogar las penas y esperanzas de aquella humanidad esclava.³ Esos cantos profanos y religiosos de los negros fueron los que, corriendo el tiempo, encarnaron en la materia del jazz: "estilo artístico musical producido en los Estados Unidos gracias al encuentro del negro con la música europea."⁴ New Orleans era un hervidero de razas y de influencias: convivían en el puerto sureño descendientes de españoles, franceses, ingleses, eslavos, italianos, enfrentándose todos ellos a la gran masa negra que empezaba a trascender su inferioridad a través de la música. En las postrimerías del siglo pasado bullían por las animadas

³ Panassie, H., *Historia del verdadero Jazz*, Barcelona, Ed. Seix Barral, 1961, p. 20.

⁴ Starumann, H., *La literatura norteamericana en el siglo XX*. México, FCE, 1964, 247pp.

Sartre, J. P., *La República del Silencio y El Hombre y las Cosas*, Argentina, Ed. Lozada, 1960.

Marcuse, L., *Filosofía Americana*, Madrid, Ed. Guadarrama, 1969.

calles de Nueva Orleans las primeras orquestas de negros –como la de Kid Ory, que era de oficio carpintero y músico de vocación; la del guitarrista John St. Cyr, que toda su vida fue albañil, o la del mismo Louis Armstrong, que fue voceador, lechero, carbonero, prisionero; creador fecundo, virtuoso trompetista, arreglista, cantante y millonario. En fiestas y funerales, imitando y transformando las “cuadrillas” de origen francés, los negros empezaron a apropiarse de los instrumentos musicales blancos: trompetas, trombones, clarinetes, banjos, etcétera.

Entre Nueva Orleans y Chicago, de Dallas a San Louis, entre Memphis y Kansas City, nació y se difundió este movimiento artístico, adherido profundamente al fenómeno del racismo. Fue siempre a orillas del Mississippi por donde se difundieron los primeros acordes de los especímenes originarios de Nueva Orleans; por ahí subieron, hacia la década de los veinte, hasta Chicago: la gran tocinería del mundo que, como gran metrópoli industrial, ofrecía una animada vida nocturna y jugosos contratos. El Jazz se refugió en el South Side, barrio negro de Chicago, donde se hizo famoso la King Oliver's Creole Jazz Band. Son originales de Chicago las **jam sessions**, donde se tocaba sin remuneración alguna y por el único placer de improvisar hasta la madrugada. También en Harlem, barrio norte de Manhattan, donde vivía el “Rey de los Negros”, hacia los veinte, podía escucharse a la primera gran matriz de los **spirituals**: La maestra Bessie Smith, quien pagó tributo a la estupidez e irracionalidad racista, por suerte le sobrevivió Mahalia Jackson, quien supo superarla. También en el barrio negro de la pulcra Washington, al otro lado del Potomac, floreció el Jazz con Duke Ellington, según los conocedores, “el mejor arreglista de Jazz”, hacía sonar su orquesta como concierto de ángeles y serafines.

Después sobrevino la plaga del 29 y sus inesperadas secuelas puritanas que estuvieron a punto de extinguir la vida nocturna; esta, al diesmar a los noctámbulos y al no dejar sobrevivir sino a una sola raza de hombres: los macilentos desempleados de los treinta. La década no era propicia para músicas con tantos fascismos flotando en la atmósfera del mundo; quizá por ello, como síntoma de reacción, surgió un movimiento musical estrepitoso bajo la personalidad del “Rey del Swing”: el clarinetista blanco Benny Goodman. El swing fue siempre la pulsación cardíaca de todo jazz y aún de los **spirituals**, Junto a Goodman renacieron las orquestas de Duke Ellington, Count Bessie y Lionel Hampton.

Después el jazz se descompuso en blues: Norteamérica inundó el mundo con las notas aterciopeladas de Stan Getz y el bossa nova, Dizzy Gillespie, The Modern Jazz Quarter y The Lonious Monk; por

último, muy próximo a nuestros corazones juveniles, nació el hijo bastardo de todo este movimiento musical: el rock and roll, viejo en esencia como el jazz. Es curioso observar la reacción de los "auténticos críticos" de jazz ante el rock and roll: es la misma actitud de superioridad y discriminación que adoptaron los críticos de música clásica y de partitura ante el jazz: "el rock and roll convirtió en figuras estelares a terribles fantoches como Elvis Presley y Billy Haley bajo la etiqueta de rock and roll surgieron por todas partes cantantes a voz en grito, saxos, tenor, chillones, guitarras monstruosamente ampliadas..."⁵

La buena conciencia de la izquierda dogmática planteó la cuestión maniqueamente: ¿o Marx o Elvis Presley? El campo socialista, desde la China de Mao, hasta la deshielada Unión Soviética de Jruschev, intentó infructuosamente cerrarse frente a esa muestra demoníaca del espíritu decadente del capitalismo, sin percibir que estaban enfrentándose a molinos de sonidos.

Pero el Rock and Roll, esa música "frenética y delirante", como auténtica y espontánea expresión popular de un prolongado movimiento musical, no sólo puso en contacto y bajo un mismo ritmo a toda la juventud del planeta, sino que supo superar barreras aún más graves, tales como las de lengua, de ideología y de tiempo: americanizando la música popular del Mundo. Movimiento artístico norteamericano a la medida de nuestra época delirante y estruendosa; nuestra época de grandes cambios y tragedias espantosas; de grandes enajenaciones y esperanzas, nuestra época que late en el espíritu de Bob Dylan. Por encima de todo, las adolescentes de mi generación se estremecieron con el fenómeno musical de fines de los cincuenta: Elvis, producto de varias corrientes musicales que tienen su origen en la música afronorteamericana. Con su estilo original e innovador, aunado a una compañía publicitaria, sabía crear amplios volúmenes de ganancias (en unos cuantos meses Elvis acumuló cuando menos 15 discos de Oro; esto es, grabaciones que se habían vendido, en un año, en más de un millón de ejemplares): puso en marcha esa controvertida corriente musical que invadió los lugares más remotos del planeta, la cual vive aún entre nosotros.

La Civilización Americana como Literatura

Para algunos autores,⁶ donde mejor se puede captar el pensamiento e ideosincracia americana es en su literatura. Podría parecer forzada la anterior afirmación, sobre todo frente a ese lugar común

⁵ Tocqueville, A., **La Democracia en América**, México, FCE.

⁶ Edgar Allan Poe, **Obras Completas**, prólogo de Charles Baudelaire.

de vieja cepa, que consiste en considerar a la sociedad norteamericana como un grupo heterogéneo de hombres, unidos solamente por una concepción pragmática de la vida.

Hace más de siglo y medio. Tocqueville⁷ insistía en la escasa aptitud americana para las ciencias y las artes. El francés observó a un "pueblo práctico", ocupado más bien en la ejecución tecnológica de la ciencia, que en el cultivo de su teoría; asimismo subrayaba la poca afición de ese pueblo "puritano" –sometido por los hábitos de la avidez comercial y del apetito material– hacia los productos y actividades más elevados del alma: las artes. En 1830 los Estados Unidos impresionaban por ser un pueblo absorto en sus construcciones materiales; sin embargo, el mismo Tocqueville descubrió la posibilidad de que recuperara posteriormente el tiempo perdido, estudiando y ensanchando las fronteras del ser humano, incluso, hasta llegar a crear una nueva civilización.

Desde entonces, América ha sido fuente de sublimación y de odios, algunos justificados y otros totalmente irracionales: la tierra de la igualdad o la de la bomba atómica sobre Hiroshima. Durante la primera mitad del siglo pasado, el "Nuevo Mundo" era concebido por el Viejo como una tierra, de trogloditas, cuando menos, de comerciantes incultos y mineros patanes. Baste recordar algunos párrafos del iracundo prólogo que escribiera Baudelaire, para introducir la obra de Edgar Allan Poe en Francia,⁸ con la finalidad de constatar tal actitud:

Los Estados Unidos son una nación gigantesca e infantil, envidiosa del viejo continente, orgullosa de su engrandecimiento material, anormal y casi monstruosa. Esta recién llegada a la historia tiene una fe ingenua en la omnipotencia de la industria y cree que acabará por encerrar en las vitrinas de sus bazares al mismo satanás.

La catilinaria de Baudelaire contrasta con el razonado elogio político de su casi contemporánea Alexis de Tocqueville. Mientras que para éste la joven América era ejemplo palpitante de la democracia, sobre todo por comparación ante la senil y aristocrática Europa, que difícilmente se sacudía de las seculares estructuras sociales del feudalismo, para Baudelaire en cambio, América era un grandulón imbécil y soberbio: "un tonto de sentido práctico, digno sólo de la execración de todos los poetas; es decir, de todos los corazones elevados que carecen de ese rastrero sentido de lo positivo". Todavía en nuestro siglo, Jung insistió en que América era la patria de la violencia, y los americanos, europeos de tercera.

⁷ Sartre, J. P., *op. cit.*

⁸ Starumann, *op. cit.*, p. 16.

con estilo "de negros y alma de indios": caricaturas grotescas, por donde se abría paso la toma y de conciencia europea ante su decadencia y ante la vitalidad del joven Estado Nacional, si se quiere, reacción ante el prematuro narcisismo americano, que ya desde entonces comenzaba a construir la ideología del "pueblo elegido y predestinado por manifiesto divino".

Muchas han sido las caricaturas que se han fabricado del norteamericano a lo largo del tiempo. Sartre, por ejemplo,⁹ mientras que nunca ocultó la huella profunda que la violenta prosa norteamericana dejó en su propia obra, se sublevó siempre contra los lugares comunes que corrían habitualmente por las calles del París de las décadas de los treinta y cuarenta: el norteamericano es conformista, se decía, o bien individualista (aunque no he escuchado nada más paradójico dicho por un francés). Sartre se opuso y subrayó, más bien, una libertad total dentro del conformismo, así como la fuerza que todavía tenía la opinión pública en aquella democracia agonizante del **New Deal**. Sin embargo, el impacto más sensible se lo produjo el Gigantismo del Urbanismo. Nada más normal que ese laberinto de edificios grises produjera una sensación de mareo en la mirada perdida del provinciano parisino: urbanismo de titanes, donde el acero y el vidrio se conjugaron anacrónicamente para dejar esa imagen de haber visitado el mundo del año 3000. También ciudades humanas, siempre transitadas por un interminable cementerio de automóviles en circulación; ciudades poco hospitalarias, cuyas calles anunciaban ya, desde los años treinta, el destino deparado a todas las urbes del mundo para fines de siglo: la calle americana es el Freeway, salpicado de casas a los lados, en donde las distancias sólo son mensurables en millas de un Ford. Nueva York es la gran pionera de todos esos movimientos; sus rascacielos han fundado ya una historia y están a punto de transformarse en la tumba de todos los mitos de la edad moderna. Así, el mito de la igualdad y el de todas las libertades, expulsados del centro de todas esas urbes por las "chusmas" de ratas y de negros y latinoamericanos, donde han sido concentrados esos seres mutantes de la sociedad capitalista en extinción, son los únicos que han logrado sobrevivir en medio de esos manicomios urbanos.

Bertrand Russel tampoco pudo evitar el considerar a los americanos como un pueblo pragmático: "el amor a la verdad está obnubilado en América por el espíritu comercial, cuya expresión filosófica es el pragmatismo". Probablemente Russel tenía en mente las conferencias dictadas por William James (1842-1910) en

⁹ Marcuse, L., *op. cit.*, p. 59.

la elegante Boston, en 1906, donde definió el orden pragmático: “que se aleja de la abstracción... de las soluciones puramente verbales... de los sistemas cerrados y de los presuntos absolutos y de los orígenes. Se **inclina hacia los hechos, hacia la acción y hacia el poder**”.¹⁰ El pragmatismo recela de todo lenguaje que hable de eternidad; niega las leyes eternas, y eterniza la razón práctica como esencia y espíritu de toda filosofía o razón de ser.

El Leit Motiv de la Paideia Americana, ha sido una filosofía educativa adecuada a la formación de un grupo que se enfrentaba a las dificultades prácticas de los precursores y conquistadores: ideología para la praxis, el progreso y el engrandecimiento material, plasmada nitidamente en el Destino Manifiesto. Se trata de una filosofía que no propone reflexionar sobre el mundo, sino educar en el sentido de conquistarlo y transformarlo. Según Marcuse,¹¹ John Dewey (1859-1952) sistematizó el uso del pragmatismo, por lo que, convertido en pedagogo de la nación, lo transformó en una concepción americana de la vida, que bien podría resumirse en las líneas siguientes: “Time is Money” o “Dime cuánto tienes y te diré quién eres”.

Como buena doctrina, el pragmatismo implica una concepción del bien y el mal; su ética adjudica toda responsabilidad moral a la Voluntad del Individuo en el deber cotidiano. El fin de esta **Weltanshaung** ha sido fabricar una raza de superhombres preparados para luchar (**with god on our side**) contra el mal, en favor del bien y del progreso, en una palabra, combatientes por la **democracia**.

Curiosamente, como reacción ante un medio social dominante, el pragmatismo ha encontrado en la literatura americana una muralla infranqueable. Quizá Walt Whitman, poeta de hierba y de todo lo nuevo, que decretó cada instante del ser como revelación divina, afirmando que siempre hay algo nuevo bajo el sol, estuvo influido por la ética pragmática. Pero nadie más antipragmático que Edgar Allan Poe, que no hizo doblegarse ante el gusto americano de la época, razón de que no haya sido un “money making authour”, sino un alcohólico de aliento hediondo y costumbres errabundas. Es difícil ser artista –apuntaba Baudelaire agriamente– en un país donde hay millones de reyes plebeyos de la industria. Los cuentos de Poe, donde se dan la mano la magia y lo grotesco, atados al arabesco de una escritura barroca que desintegra la realidad en mil pedazos sobrenaturales: eran como el polo opuesto y el escándalo para la puritana democracia americana,

¹⁰ Finkelstein, S. **Existencialismo y alienación en la literatura americana**. La Habana, 1968, 342 pp.

¹¹ Sartre, J.P., en “A propósito de John Dos Passos y de 1919”; en el “Hombre y las Cosas”.

ocupaba en construir y ahorrar, mientras ese hijo delirante perdía el destino en una botella de Whisky, escribiendo fantasías que no "servían para nada" útil.

Poe mismo llamaba yanquis a sus compatriotas; cosa que no le perdonaron, como tampoco el que les echara en cara y recriminara sus gustos payos: En la Filosofía del Mobiliario explica la razón de gustos tan despreciables: sin aristocracia de tradición y sangre, Norteamérica fabricaba una de dólares al pavor: la ausencia de tradiciones y reafinamientos estéticos era compensada con una grosera ostentación de la riqueza. Mientras el Mobiliario del hogar europeo era lujoso, armónico y equilibrado, la casa del burgués americano, una pésima y relumbrona imitación de aquella: gas y vidrio, elementos anacrónicos y, superficies púldas, que sólo denotaban, según Poe, una perversión del gusto, que ha alcanzado su máximo desarrollo en la lujuria eléctrica de Las Vegas.

El 7 de octubre de 1849 un cadáver fue hallado en el arroyo: un poema anónimo y sobrenatural con fuerte aliento alcohólico. Dicen sus críticos que se trató de un crimen perpetrado a sangre fría y rayos de gas neón por la mojigatería burguesa. En todo caso, la existencia y obra de aquel planeta desorbitado fue una rebelión existencial contra el pragmatismo protestante.

Cuando Poe murió, Walt Whitman gozaba los treinta años de su cuerpo vagabundo. Norteamericano de "origen" y tradición, puesto que había nacido entre Chicago y Nueva York y era hijo de padres también nacidos allí. Poeta de las cosas simples, de las emociones elementales, de lo único realmente tangible: el cuerpo. Ninguna preocupación metafísica lo perturbó; sólo quizo cantar la materia sonriente y unir su voz a la de la naturaleza, filtrándosele por los poros cuando holgaba libremente en la hierba de Long Island.

Whitman puso todo su talento al servicio del hombre americano; desde los más elevados tejados de la democracia enarbolaba los valores de esa nueva sociedad que buscaba desesperadamente fundar sus tradiciones en un pasado inexistente.

Su tono no pudo haber engendrado la amarga poesía de Sandburg; sin embargo, un cierto hilo de Ariadna los liga: la pasión por ese nuevo ser en gestación, el hombre americano, el producto más "híbrido" del planeta. Pero la pasión de Sandburg ya no fue espontáneamente romántica: el hombre se había endurecido en las luchas; la realidad lo cargó de desamores, y no pudo dejar de observar a ese hombre nuevo a través de su lúcida conciencia de las estructuras sociales, ni se calló tampoco los destinos diametralmente distintos que aquellas estructuras sellan, dentro de la marcha general del progreso material.

Carl Sandbur, hijo de inmigrantes suecos, pobres y analfabetos, nacido en Illinois y crecido en Chicago, donde las grandes

acumulaciones de capital le hicieron conocer el poder del dinero: "a través de las barras y sobre las puntas de dinero: pasarán sólo la muerte, la lluvia y el mañana". Vivió un Chicago en el momento de su gran despegue industrial: "la gran tocinera del mundo", ciudad "perversa" de fines de siglo, donde en las esquinas sórdidas, bajo los faroles de gas, mujeres pintarrajeadas con **lips-stick** acechaban a los jóvenes granjeros que huían del campo a la ciudad. Asimismo, describió el estigma de las montañas hambrientas; es decir la gran paradoja de que en la "más grande ciudad, de la más grande nación" (urbe de anchos hombros, orgullosa de su progreso; útil y laboriosa; fabricante de toda clase de herramientas; constructora de máquinas, y estibadora de trigo), el hambre se enseñoreara de los habitantes de los barrios bajos. Con sus martillos de verso y esperanza, este Sansón proletario quizo derribar el templo del carnero de oro: Wall Street, pero sólo cosechó amargura y frustración, puesto que el capital apenas iniciaba su marcha triunfal.

Tampoco Sandburg perdió toda esperanza, sobre todo, en la unión de los hijos de inmigrantes con la chusma de negros todavía con la marca del grillete en los tobillos; la confianza y el optimismo en la masa americana, que ya era la gran fabricante de alimentos y vestidos del mundo. Débil y remota esperanza, lo sabía bien, puesto que olía en el futuro del Progreso Americano un fuerte olor a dolor y violencia, a explotación y ganancia. Sin embargo, Sandburg, como poco después Sinclair, quizo apostar al pueblo trabajador: al pueblo norteamericano, en aras de ese gran público y actor de la historia; con la ilusión de que tarde o temprano juzgará y escribirá su propia historia.

Chicago fue también trasfondo escénico de una de las primeras novelas de Upton Sinclair, "**La Jungla**," escrita a principios de siglo, donde éste socialista "primitivo" describe las espantosas condiciones de trabajo en las empacadoras de carne. Su estilo bien podría definirse como "realismo sociológico", puesto que su intención fue siempre describir las condiciones sociales de la vida americana. Su obra sigue siendo un excelente testimonio del impacto psicológico y social del despegue industrial americano. Sin embargo, Sinclair, como hombre práctico, de vida cuerda y mesurada, vegetariana y prohibicionista, enmarcada por una moral cristiano-socialista, murió convencido de que la literatura, con su vocación reformadora, acabaría aliviando los males del mundo y contribuiría el engrandecimiento de la felicidad humana.

Poco después surgió el fenómeno literario americano por excelencia, el de la "Generación Perdida"; parida hacia fines del siglo pasado, comenzaría a producir entre las dos Grandes Guerras de nuestro siglo: Sherwood Anderson, John Dos Passos, William

Faulkner, Erskine Calwell, Scott Fitzgerald, Ernest Hemingway y John Steinbeck. Fue una generación que heredó y vivió el mundo revuelto y brutal de la primera mitad del siglo XX, cuando la historia se encargó de masacrar todos los valores de la Democracia Capitalista, dejando sobrevivir sólo la desilusión sobre las posibilidades creativas del hombre.

Asimismo la "Generación Perdida" fue una corriente determinista que hablaba del fin de una Era y postulaba el dominio de una realidad brutal sobre toda voluntad individual: los hombres son presa fácil del destino y se encuentran a merced de las fuerzas ciegas de la naturaleza y de la historia: 1) "El cosmos es un gigantesco volante con 10 000 revoluciones por minuto; 2) El hombre es una mosca atolondrada que hace el vertiginoso viaje en él, y 3) La religión es la teoría de que la rueda se concibió y se mantiene en movimiento con el fin de que él viaje". (M.L. Menken).

¿To be or not to be?, pregunta central de toda esta corriente literaria; es decir ¿qué es el hombre y cuál es su destino? Penetrando en el trasfondo de las acciones más importantes de este ser atolondrado, la generación trató de aproximarse al misterio humano en el momento de la gran corrupción de la civilización capitalista, puesto que floreció en la década malherida posterior a la Gran Guerra, antecedente de la Gran Depresión, cuando el personaje histórico central fue el dolor ante la capacidad destructiva del hombre. En ciertos momentos, la prosa americana de la Generación Perdida es irracional, incapaz de sostener una concepción optimista de la vida: literatura muy próxima al existencialismo, donde ha sido asfixiada toda esperanza en la idea del progreso humano.

Corriente alienada de un mundo alienado, cuya función ha sido revelar las profundas heridas (reales y espirituales) que el hombre primitivo del siglo XX se ha inflingido. Alienación y dolor americanos al constatar que la Violencia es la salida final para la presión del egoísmo concentrado del capitalismo.

A través del tiempo americano ha sido incubado un profundo conflicto histórico que ha hecho efervescencia en repetidas ocasiones en este siglo: contradicción entre los principios democráticos, sobre los que se cimentó el mito de la Nación Americana, y la continua violencia dirigida desde arriba contra el pueblo trabajador y la humanidad. Las obras de todos esos autores aparecen durante la coyuntura del Gran Derrumbe del Capitalismo (1920-1939), Cuando Charles Chaplin se configuró en el mejor reflejo cinematográfico de aquella crisis; John Dos Passos describió el naufragio urbano de toda aquella sociedad, y Disney quiso fabricar un alma de caricatura para aquel mundo que carecía de ella; es decir, un mundo donde el mal había triunfado, demostrando que el **happy end** no era inevitable allí, donde en medio de la

abundancia florecía una Gran Miseria, y en donde el cine, las caricaturas, los comics y aun la literatura, formaban parte del expediente del irrealismo para distraer y evadirse de la tragedia: un mundo donde todo humanismo había muerto.

Ese fue el tema de Scott Fitzgerald en su mejor obra: "el Gran Gatsby" (1935), que habla de la demolición de los valores de abalorio del capitalismo monopólico. Gatsby construye todos sus castillos sobre la quimera de que el dinero en abundancia le aportará la belleza y el donaire necesarios para conquistar a la mujer que desea (todavía no habían cantado los Beatles: "Money cant buy your love") y el dinero los acerca y los destruye bajo el mismo golpe de suerte. Fitzgerald es el gran paisajista de los años veinte, de la era del Jazz y Valentino. El Gran Gatsby es como la tácita aceptación de que la Quimera Americana se venía abajo: el Bien, la Democracia, el Altruismo y la Igualdad son echados por la borda por aquel hombre que desprecia los convencionalismos morales y sigue el camino derecho hacia la fortuna, el poder y el lucro. El carnero de oro probando que el sueño americano nunca había sido realidad, y que el verdadero mito sagrado de la democracia americana era el **dinero**, cuyo destino era gastarlo con ostentación y en diversiones fútiles. Hubo incluso un momento antes de su locura final en que Fitzgerald se creyó socialista: una leve e insostenible reacción ante el mundo decrepito contra el cual deseaba escribir. Anory Blaine, el héroe de su primera novela "Este Lado del Paraíso" (1920), afirma algo que él mismo suscribiría:

Ésta es la primera vez en mi vida que he defendido el socialismo. Es la única panacea que conozco. Estoy inquieta. Estoy enfermo de un sistema en el que el hombre más rico consigue la muchacha más bella.

Otro autor que tuvo devaneos con las sirenas socialistas de los años veinte y treinta fue John Dos Passos, que incluso militó en un partido de izquierda, hasta el momento en que Hollywood le abrió las puertas de "Un Brillante Porvenir" (Novela un tanto cuanto autobiográfica). Como otros autores De la Generación Perdida, vivió de cerca la Primera Guerra del siglo y luchó en una Brigada Internacional en la Guerra Civil Española; sin embargo, las guerras y la desilusión en las instituciones políticas de avanzada (dejó de militar cuando creyó comprender que el Partido se encontraba más interesado en su propio éxito que en el del trabajador) acabaron haciéndolo dudar de algunas de sus viejas afirmaciones de los años veinte: "Lo que perseguimos es trabajar por el aumento de la felicidad y de la dignidad de cada hombre, simplemente porque es un hombre".

Dos Passos, con una narración clara, cronológica y directa, nos ha mostrado al mundo tal como fue. En el lado opuesto, al estilo de Faulkner, sin caer tampoco en la consigna panfletaria contra las diabólicas maquinaciones del imperialismo, ha sentado al capitalismo norteamericano en el banquillo de los acusados y le hizo confesar sus crímenes flagrantes y estructurales: la explotación, la avaricia, la hipocresía, el cohecho, la injusticia, el egoísmo, la desigualdad y el despilfarro de talentos. El tiempo de Dos Passos es el de la Historia y es por ello que su obra principal —Manhattan Transfer, (1925) y la Trilogía USA: El paralelo 42 (1930) “1919” (1932) y el Gran Dinero (1936)— lo aproxima el artesano de la historia social. “El esqueleto estructural de esa obra es el de la epopeya de la sociedad norteamericana desde comienzos del siglo XX hasta la ejecución de Sacco y Vanzetti en 1927”.¹³

Ya se ha repetido hasta la saciedad que Dos Passos nos ha ofrecido el olor, el sonido, las voces, el sentido y el alma del Nueva York cotidiano de todos esos personajes prisioneros del destino, determinados por las estructuras sociales. Pero si Dos Passos rescató algo del análisis de Marx, no guardó casi nada de la confianza de éste en la obra del “pueblo”; sobre todo, porque vivió el triunfo de la reacción imperialista ante uno de los graves colapsos del capitalismo (1929). Murió convencido de que las fuerzas del “mal” eran indestructibles: el fraude, el engaño, la hipocresía, la explotación, la envidia y la destrucción serían elementos esenciales y soberanos a lo largo del siglo XX. Sus novelas son la recreación de esa gigantesca alienación del hombre del siglo XX, donde no hay otro destino más que el odio y la desilusión y el progreso humano es “Los Tiempos Modernos” de Chaplin; pero “considero a Dos Passos como el escritor más grande de nuestro tiempo”.¹⁴

También Hemingway empezó a escribir poco después de la Primera Guerra Mundial (1896-1961). Junto a Gertrudis Stein acuñó el “pérdida” para aquella desilusionada generación de encantadores del mundo.

Después de la Primera Guerra sólo podían sobrevivir el espíritu en crisis y las llagas de una defectuosa civilización cimentada en la mentira y la ganancia. Hemingway tuvo un contacto prolongado con la violencia del mundo y su única herencia fue la **Nada**, la muerte multitudinaria, la pérdida de toda fe en el tan afamado “progreso humano”, el derrumbe estrepitoso de valores e ideales, el

¹² Pierre George, *Panorama du Monde Actuel*, París, PUF, p. 82 y ss.

¹³ Marx, C. Engels, F., *La Guerre Civile aux Etats Unis*, París.

¹⁴ Moore, *Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia*, Barcelona. Ed. Península, 1973, Cap. III.

nihilismo a ultranza como norma de vida, y las interminables borracheras en París y España. En la obra de Ernest, sólo alcanzaron tierra firme después del naufragio algunos resabios de tímida confianza en la honestidad de las relaciones macho-hembra y, quizá, pero sólo en forma maltrecha y titubeante (como en *The Sun Also Rises*), el Amor.

Lo único real en aquella década difícil de 1920-1930 (cuando París era una Fiesta) era que la Muerte es superior al Amor en todo tiempo y espacio. Lo probaba hasta la saciedad la guerra de la acumulación de capitales, que inevitablemente había conducido al mundo de los hombres a una inconmemorable acumulación de dolor y crueldades. Inquebrantable y férrea lógica del capital y el pragmatismo, en donde: "el mundo quebranta a todos, aunque muchos se hacen fuertes en su mismo quebranto. Pero a los que no se quieren quebrar, los mata".

Tal generación estaba impregnada de odio hacia las mil caras de la corrupción de la Babilonia Moderna. Algunos reaccionarios condenando toda esa degeneración del ser humano desde posiciones de "avanzada" (Hemingway, Dos Passos, Caldwell, Fitzgerald, Stein, etcétera), pero otros hallaron consuelo al irracionalismo capitalista dentro de un mundo de ideas aún más irracionales (Elliot, Pound y Faulkner).

En "Camino de Tabaco" (1932) y en la "Chacrita de Dios", Caldwell nos regala un panorama abominable de la miseria americana, de aquella existencia infrahumana tan extendida a todo lo largo del New Deal. En este caso, se trata del retrato de la vida familiar de un empobrecido aparcerero de Georgia. En aquel universo aberrante del desempleo y la miseria, sólo había espacio para el absurdo y la depravación. Progreso y Democracia transitaban a mil leguas de distancia y en sentido contrario a la velocidad del absurdo. Con un humor tétrico, Caldwell describe la madeja de relaciones físicas de aquel conglomerado de seres reducidos a la tiranía de los instintos más elementales. Los hechos más escabrosos son relatados en lenguaje llano y, como buena tragedia de aquella puritana sociedad, el Predicador se presenta con su discurso bíblico sobre el bien y el mal, pero en aquel absurdo gigantesco y primitivo, es más bien el mal quien sabe hacer uso demagógico del bien. La coreografía de Caldwell fue la danza macabra de la depresión.

El nihilismo de Faulkner fue más profundo y pesimista aún: ni concebía ni esperaba salvación alguna para este ser diminuto e impotente ante el Mal que es el Hombre. Su chauvinismo regionalista lo condujo a inventar una nueva Nación: Yoknapatawpha, situada en algún lugar imaginario del Sur, entre Nueva Orleans y el Mississippi, donde sobrevivió el racismo explotador y su corte de lacras sociales hasta bien entrado el siglo del irracionalismo.

Desde su primera novela (La Paga del Soldado, 1926, pero sobre todo con la publicación de Sartoris The Sound and The Fury y Santuario 1929 y 1931) nos abre las rejas de su Mississippi familiar, introduciéndonos paulatina y sistemáticamente a la genealogía de esa aristocracia decadente del sur esclavista: los Sartoris y los Compsons, Stevens y McCaslin, Higtowera, Holston y Edmonds, todos viajando a través de los siglos, de Nashville a Jefferson; entremezclándose de una novela a otra; heredando y retomando las tramas, para producir un vasto panorama novelístico al estilo de la Comedia Humana de Balzac. La escandalosa y ensordecedora violencia de aquella atmósfera sureña agonizante y, la brutalidad sexual de sus personajes le cerraron el camino del éxito y la fama al talentoso William; pero fue sobre su estilo el gran escollo.

Faulkner nos aleja del realismo y de los tiempos de la historia, precisamente porque su metafísica –y por tanto la de sus personajes– es la del tiempo. A cada página parece gritar: la desgracia del hombre es su temporalidad, que no es otra cosa que la breve suma de sus propias desdichas. Sus novelas son un largo e ininterrumpido monólogo interior (y en este se aproxima al estilo joyciano – tampoco es paradójico que ambos sean vástagos del mismo tiempo histórico de desgracia y derrumbe) que se desliza anacrónicamente entre los tres puntos cardinales del tiempo; el pasado, el presente y el futuro. Lo más fácil es que el lector se extravíe en la incongruencia temporal de ese viaje mental que rompió las barreras de la narración tradicional. La irracionalidad del mundo no pudo haber encontrado mejor reflejo que la pluma fecunda de aquel descendiente de esclavistas algodoneros caído hasta el abismo de las más rebajantes tareas manuales. La técnica corresponde exactamente al estado del mundo: el pasado no ha dejado nada bueno (el Norte Mercantilista dispersó a la Nación sureña y destruyó el “buen orden natural”; los Sartoris son el producto degenerado de esa destrucción y llevan la carga insostenible de dos guerras y dos tragedias, la de Secesión, donde muere el abuelo Bayarde, y la de 1914-18, donde pierde la vida John Sartoris); el presente es catastrófico (la primera Guerra no había dejado nada bueno en pie, las sangres se habían corrompido con las mezclas; el desempleo y la miseria se extendieron a lo largo de la depresión y el fascismo), y todo aquel estado de ánimo agitado aferraba a Faulkner en la conclusión de que nada lógico ni promisorio podía esperarse del porvenir.

Por si fuera poco, Faulkner puso el acento de su aventura intelectual en las complejidades normales y anormales de la mente; es decir, en ese pozo insondable y fecundo de donde sale todo lo que la imaginación pueda consebir: sobre todo el crimen, la perversión, la brutal satisfacción de los instintos y, el Mal. Santuario, por ejemplo, es un fresco horripilantemente hermoso de

patología sexual; es la historia de una juerga entre juniors sureños del college, de la fuga de una adolescente, de su rapto, de su cruel violación por un negro mongol y de su posterior prostitución; es también la historia de un crimen y de un linchamiento injusto; en una palabra, es la historia del **mal** en su forma casi pura, del mal producido por los hombres mismos. Si en algún momento Faulkner fue inconscientemente rechazado, después de 1939 a nadie pudo caber la menor duda de esa enorme capacidad del género humano para fabricar violencia y destrucción, maldad en serie, casi permanente.

Aunque supone el fenómeno de la maldad, como parte de la esencia humana, Faulkner no ha perdido totalmente el instinto moral de sublevarse ante tal idea; sin embargo, en un mundo tan carente de racionalidad y justicia, es difícil extraer moralejas. En este sentido, su mejor novela es quizá *The Sound and the Fury*, donde un padre, que es un pésimo hombre de negocios y un arrogante perezoso, ha venido vendiendo pedazo a pedazo la Tierra heredada para mantener las apariencias de prosperidad; el último acto de lucidez y pretensión de este ser envilecido por el whiskey es el destinar el último trozo de tierra para la educación universitaria de su hijo. La madre es una inválida egocéntrica que ha sido incapaz de educar a sus hijos. El hijo mayor, Quentin, comete incesto con su hermana Candance; aquél se suicida en Harvard y ésta tiene una hija ilegítima y después acaba fugándose con un showman de tercera; el hijo menor, Benji es un débil mental a quien una joven criado negro cuida y alimenta. La trama se desenvuelve en torno a esos tres sucesos catastróficos: la preñez indeseada de Candy, la castración prematura de Benji y el suicidio del otro. Todo es absurdo en esa historia narrada a través de la conciencia del idiota; el lector nunca sabe qué sucede, tampoco cuándo, porque es también completamente "absurdo" medir el tiempo humano merced a unas manecillas mecánicas y estúpidas que dan vueltas en un cuadrante arbitrario. El tiempo es una cosa muerta, devorada por un animal de carreña que se llama tictac, por eso, antes de suicidarse, Quentin destroza su reloj de pulsera, y el tiempo de Benji nunca supo leer la hora. ¿Pero qué es todo eso, sino una historia que relata la vida del hombre llegando al umbral del absurdo: **La vida es un cuento narrado por un idiota, lleno de estruendo y furia**; en esa dialéctica el cambio nada significa, porque el cambio (como en 1861-1865, 1914-1918, o bien 1929-1939) sólo es posible en forma de cataclismo. El arte extraordinario de Faulkner es el relato de todo éste apocalipsis moderno es la descripción de un mundo viejo que muestra asfixia y muere violentamente en medio de grandes estertores. Es América su esplendorosa imaginación, todo el poder creativo y destructivo en una misma obra; es el absurdo, es la Historia.

Acto Segundo

El Círculo del Nacimiento.

El nacimiento y fundación del Estado Nacional Norteamericano fue uno de los grandes sucesos históricos del siglo XVIII. Llenó de asombro al mundo el constatar que en escasos ciento cincuenta años, en el transcurso de dos o tres generaciones, ese apéndice colonial de la Europa capitalista hubiera prosperado hasta el grado de cristalizar en un nuevo fenómeno nacional. En aquella coyuntura, de 1760 a 1789, influyó tanto la rivalidad entre las potencias europeas, como la existencia de estructuras sociales y económicas propias; para la gestación y el nacimiento de esa Nación en el concierto, largamente estructurado, de las viejas naciones del mundo occidental.

Tanto Francia como Gran Bretaña empezaron mucho después que España y Portugal su política de expansión hacia costas americanas. Si bien es cierto que John Cabot había partido en 1497 para explorar las costas de allende el océano, y que Sir Walter Raleigh emprendió poco después su empresa transatlántica para fundar Utopía, por su parte Francia también lanzó exploraciones desde 1524, pero ni una ni la otra potencias parecían tener gran interés —durante el siglo XVI— en la conquista y colonización de norteamérica, ya que su política imperial estaba volcada en la dominación de las Indias Orientales y el Asia, y en el comercio de cautivos africanos hacia Guadalupe, Haití, Martinica, Jamaica y el Brasil.

Sin embargo, de esos esporádicos desembarcos brotaría una nación poderosa y gigantesca: entre otros motivos porque ni las monarquías de Luis XIII y Luis XIV y mucho menos la Gran Bretaña de los Estuardos y Cromwell tenían nada en común con la feudal y retardataria España. La colonización anglosajona se promovió bajo el signo de la ganancia y el negocio: hacia finales del siglo XVI Inglaterra había conquistado los mares; Portugal (en menor escala España) se habían convertido en tributario de la flota mercante inglesa, con sus primeros establecimientos en Virginia. Así, extendiendo los mercados para el comercio de lanas y textiles, se aseguró el suministro de materias primas esenciales sobre todo la madera —tan escasa en Inglaterra desde que el crecimiento de la industria acerera había talado los bosques de la isla.

El inmigrante inglés, el holandés y aun el francés, aportaron a ese nuevo mundo una actitud vital diferente a la española: un bagaje cultural y psicológico modernos que junto a las escasas pertenencias de los "pilgrims" en 1604 y 1606, desembarcó el espíritu revolucionario y democrático del capitalismo liberal. La tierra colonizada, entre el océano y la barrera natural de los

Apalaches, "was a gift of God" era una auténtica tierra de promisión: ostras, fresas, maíz, tabaco; madera en abundancia; pavos; una fauna y una flora en estado natural; es decir todo un tesoro divino aguardando para ser el fundamento material de la riqueza de una nación.

El origen sólo podía ser comunal. En 1732 la Chartered Company fundó una treceava colonia en lo que hoy es el Estado de Georgia y las trece "mitológicas" colonias británicas se encontraban establecidas y creciendo. Entre 1604 y 1732 todo fue equilibrado y armónico: aun el estatuto imperial fue algo leve y "glorioso". Los mecanismos de la Democracia Representativa, de la Soberanía popular, funcionaban suave y espontáneamente: en 1619 los representantes de la Cámara de Burgueses de Virginia habían sido limpia y democráticamente electos. Una sola grieta obscurecía ese magnífico arquetipo —aunque en ese momento no fue sentido como tal—, ya que ese mismo año fueron vendidos, por comerciantes holandeses, los primeros veinte esclavos negros. Todavía en 1649, los trescientos esclavos negros, entonces existentes, no significaban gran cosa dentro del total de la población blanca.

Ni los pilgrims del Mayflower, ni los disidentes anglicanos, que vinieron a edificar una utopía en la Colina Sagrada —una utopía de acuerdo a los auténticos dictados de Dios: humildad, simplificación del ritual, abolición de las absurdas y rígidas jerarquías a que había llegado la iglesia en Europa—, ni el resto de inmigrantes puritanos que siguió desembarcando, encontraron un gran obstáculo en las poblaciones aborígenes ya que éstos, siendo débiles demográfica, política y culturalmente, fueron fácilmente arrasados, expulsados y sometidos por la expansión anglosajona.

Virginia, Maryland, Massachusetts, Rhode Island, Nueva Jersey, Nueva York, New Hampshire, Pennsylvania, Delaware, Connecticut, Carolinas, y Georgia, trece asentamientos humanos que la Gran Bretaña había consolidado hacia 1730 en la costa atlántica de Norteamérica: trece colonias cada vez más díciles de administrar, debido al desarrollo de los intereses locales y al poco interés británico en esos insignificantes establecimientos.

Las colonias crecieron y se desarrollaron, paulatinamente, y sus procesos económicos y políticos cobraron claros signos de americanizarse. Diferentes ambientes climáticos ofrecieron los recursos naturales para dicha especialización del trabajo, y diferentes estructuras y vocaciones económicas empezaron a perfilarse a lo largo del siglo XVII: Nueva York, Filadelfia, Newport, Boston y Rhode Island, con la mirada fija en el mar, centralizaron el decisivo comercio colonial expedían trigo, harina, maderas, pieles, hierro y tabaco a la metrópoli, y a cambio, recibían de Europa y las antillas los carruajes, el azúcar, ron, lana, textiles y otra gran variedad de artículos de lujo que la emergente burguesía yanqui

consumía con avidez. En las cuentas de ese comercio colonial se encierran los secretos de la acumulación originaria de la burguesía comercial estadounidense. Los astilleros fueron otra actividad peculiar de estas ricas ciudades.

Las colonias intermedias se especializaron en la producción de granos, fueron entonces "las colonias del Pan"; Virginia, NorCarolina y Pennsylvania encontraron en la población de las otras colonias el mercado para sus actividades agrícolas, mientras que las colonias sureñas, SudCarolina y Georgia, se articularon maravillosamente en la división interimperial del trabajo en tanto productoras de arroz, añil, tabaco y algodón. En un principio, las colonias sureñas florecieron fácilmente gracias a la fertilidad de sus suelos y al comercio millonario de esos productos tan solicitados por la metrópoli.

La guerra de liberación norteamericana, inauguró la era de revoluciones de donde nacería el mundo moderno; es decir el mundo dividido en Estados Democráticos, le siguieron inmediatamente la lucha de clases en Francia y poco después los movimientos de liberación nacional en Latinoamérica. Aquella pionera revolución de independencia no tuvo tanto por causas una exacción colonial desorbitada, sino que encontró mejores y más decididos fundamentos en el desarrollo de esos núcleos de economía local, donde las ideas individualistas de un John Looke, o las de la soberanía popular de Roussean, encontraron un excelente receptáculo en esos grupos de comerciantes yanquis, que rápidamente desarrollaron una fuerte conciencia colectiva sobre sus enormes posibilidades para lograr un desarrollo autónomo.

El imperio británico se desestructuró en Norteamérica al poco tiempo de haber eliminado el "peligro" francés en el continente. En 1763 la Gran Bretaña parecía haberse consolidado a la vez, tanto en la India como en el norte de América. Después de cuatro guerras en ese mismo siglo XVIII, los Casacas Rojas de su Majestad Británica derrotaron y dominaron los débiles núcleos de población de los Acadianos, se apoderaron de Montreal y desbandaron aquel "imperio" de tratantes de pieles en 1763.

Entre 1763 y 1789 con los primeros síntomas de separatismo y la proclamación de la primera Constitución Federal, sucedió el magnífico acontecimiento. El pretexto para manifestar sus deseos a la independencia fue un vanal y "legítimo" acto de política colonia the Stamp Act de 1765, un incremento al impuesto comercial. Los núcleos de interés americano respondieron con la negación del derecho a cualquier parlamento londinense a crear o subir impuestos. Los 27 delegados al Congreso de Massachussets votaron en contra del Stamp Act. En cinco años se fermentó la oposición popular, y en 1770 los casacas rojas se enfrentaron por primera vez a un motín ya propiamente americano en Boston. Seis

años después, el 4 de julio de 1776, el Congreso Constituyente proclamó: "These United Colonies are, and of Right ought to be, free and Independent States".

En la América del norte, un núcleo de burguesía nacional había sabido reclamar con éxito su independencia política. La élite reunida en Filadelfia exigió y conquistó su necesidad de independencia para construir un Estado Nacional, primer paso para desarrollar nuevas estructuras económicas. Aquella primera nación independiente americana nació bajo el signo del más puro individualismo liberal. Thomas Jefferson lo declaró ampliamente: "consideramos evidentes las siguientes verdades: que todos los hombres fueron creados iguales", que la finalidad de todo hombre y todo Estado en la tierra era "la búsqueda de la felicidad" y, elevando a norma ética la noción de Soberanía Popular que: "siempre que una forma cualquiera de gobierno demuestre que es contraria –a la felicidad popular–, el pueblo tiene derecho a cambiarla o abolirla".

La guerra de liberación nacional norteamericana fue en realidad el primer grave conflicto entre los principales Estados Imperiales de la época y sus colonias por redefinir un nuevo ordenamiento internacional: Gran Bretaña, Francia, Holanda, España, Portugal y los mismos Estados Unidos se vieron envueltos en el conflicto. Los dirigentes norteamericanos supieron aprovechar todas las contradicciones de aquella coyuntura: aceptaron la ayuda francesa y estrecharon toda una alianza estratégica contra el enemigo común; sin embargo, en el momento final de las negociaciones, los delegados norteamericanos a la "Paz de París" eliminaron a los franceses y firmaron con los ingleses un tratado de paz, de fronteras y comercio, que les confería derechos sobre todo el Mississippi. Así, la conciencia de identidad de intereses de un reducido grupo dirigente dio vida y cohesión, en 1783, a los independientes Estados Unidos de América, en el momento que las anquilosadas estructuras del colonialismo español pesaban todavía fuertemente sobre la América Latina. Pese a que México era en 1793 un centro cultural de aproximadamente 100 000 habitantes –en el mismo momento no habitaban todavía en Nueva York sino 33 000 habitantes 18 000 en Boston, y 42 000 en Filadelfia–, al largo proceso de cristalización de un nuevo fenómeno nacional mexicano, sus dirigentes sólo lo cristalizaron décadas después, en parte bajo el ejemplo, el impulso y el aliento de la Revolución de Independencia Americana.

Más difícil que la conquista y la declaración de Independencia de las trece colonias, fue la consolidación de esa **Unión**. A cada estructura económica regional correspondía un grupo de intereses local, que a veces eran antagónicos entre sí. La solución ideal fue el espíritu de Confederación Constitucional, que el comerciante

Webster lo había expresado nítidamente: “si nos unimos bajo una forma de gobierno seremos una potencia fuerte, rica y creciente”. La Constitución Federal de 1789 institucionalizó la clásica división tripartita de poderes de toda Democracia Moderna: el poder ejecutivo, el legislativo y el judicial.

Lo que por debajo de esos núcleos dirigentes unificaba a las incesantes oleadas de holandeses, irlandeses, ingleses, alemanes, franceses e italianos que llegaban a la tierra prometida y se agregaban a la masa de los ya nacidos en el territorio, era la enorme esperanza y la fuerza del reto de contribuir a construir esa “Gran Empresa Humana”, en la que había sitio para todas las voluntades y oportunidad para todas las iniciativas. Las estructuras sociales de aquella “Nación” en construcción –como la estructura osea de un recién nacido– eran muy maleables y flexibles, y la más que abierta, absolutamente dialéctica: los privilegios no habían cristalizado todo se encontraba todavía en proceso de llegar a ser: era la tierra donde todo estaba por hacerse, la tierra del “Mago de Oz” y Walt Whitman, donde todas las esperanzas e ilusiones tenían su lugar: Así, el Gobierno –debido a las mismas estructuras regionales de poder y al equilibrio de los mecanismos de los tres poderes– intervenía poco en las actividades privadas, en otras palabras, era **The American Dream**, el experimento que más cerca ha estado de aportar el progreso material para todos. En ninguna otra parte el capitalismo liberal encontró mejor ambiente amniótico que en este territorio despoblado, donde la absoluta libertad para adquirir propiedad privada se articuló con el sistema democrático de policía y gobierno: un sueño que en Europa sólo podía adoptar la forma de pesadilla.

En 1791 George Washington decretó la fundación del primer Banco Nacional –cuando en la Nueva España el Banco de San Carlos no respondía a la estructura moderna de una institución de crédito, en México no se fundaría un Banco Nacional, sino hasta el último tercio del siglo XIX–; paradójicamente, el capital estuvo suscrito en un 75 por ciento por capitalistas europeos, prueba de la gran confianza que se tenía en el progreso material de la joven república capitalista. En este sentido, Libertad de Navegación y Libertad de Comercio fueron las consignas de la burguesía americana ante los monopolios imperiales europeos.

Los incesantes conflictos europeos ocurridos entre 1793 y 1815 contribuyeron amplia y efectivamente al crecimiento y la definitiva cristalización del capitalismo americano. Como resultado de las guerras europeas, los neutrales comerciantes y navieros norteamericanos vieron crecer sus negocios y sus acumulaciones: el valor de las exportaciones norteamericanas –entre estos años– se cuadruplicó y las mismas necesidades de la guerra obligaron a Napoleón a vender la Luisiana y las Floridas con todo y Nueva Orleans,

condenando con ello los débiles asentamientos franceses situados tierra adentro en torno al Mississippi. En tal situación Napoleón se consolidaba diciendo que con esas ventas territoriales había "dado a Inglaterra un rival marítimo que tarde o temprano doblegara su orgullo".

América supo aprovecharse de ese enorme mercado creado por las necesidades bélicas de Europa. Su agricultura de exportación y su marina mercante se desarrollaron, abriendo oportunidades a las oleadas de inmigrantes que triplicaron el monto de la población en esos mismos años, pasando de dos millones y medio a ocho y medio los habitantes del nuevo Estado nacional. Con el aumento del territorio, casi en la misma proporción que los habitantes, las densidades humanas no se vieron afectadas, permaneciendo las bucólicas condiciones de las estructuras norteamericanas. Con esto Estados Unidos continuó siendo un país de granjeros "felices", cazadores de búfalos y pieles rojas, donde Dave Crockett sembraba amor y manzanos. El tabaco, el arroz, el añil, la madera, el trigo y poco a poco el algodón, aportaron cuantiosos excedentes a la balanza comercial norteamericana durante todo el siglo XVIII.

Hacia 1830 en los Estados Unidos de Norteamérica se habían llevado a cabo once elecciones presidenciales, de las cuales habían resultado electos siete presidentes democráticamente, desde Washington hasta Jackson. La transmisión pacífica del poder se había institucionalizado y la democracia burguesa ofrecía el orden y la paz que exige el progreso capitalista, mientras que a lo largo de América Latina se luchaba todavía por la independencia y numerosas repúblicas ya existentes se debatían en la anarquía de la lucha por el poder entre caudillos regionales que no lograban, sino efímeramente, consolidar un poder central. Aquella madurez política de la República Americana y el excelente funcionamiento de los mecanismos federalistas adoptados en 1789, fueron los hechos que deslumbraron a Tocqueville, inspiraron la poesía bucólica y naturista de W. Whitman y atrajeron la multitud de inmigrantes.

La observación de Tocqueville

El primer fenómeno americano que impactó la aguda observación política de este refinado intelectual fue la **igualdad**; es decir la viviente realidad de **L'egalite**. Era normal el asombro de este típico francés nacido en el siglo XVIII, quien no sólo era heredero legítimo de las jerárquicas estructuras mentales del viejo régimen, sino que acababa de dejar las costas de una Europa desgarrada por las guerras interestatales; sacudida periódicamente por crisis económicas y sociales, y sumergidas en un difícil proceso de

desestructuración de los anquilosados enclaves feudales aristocráticos.

En cambio, en el Nuevo Mundo todo parecía a punto de eclotar: a punto de tener un feliz y estable desarrollo, sobre todo, ese **factor primordial** que dominaba y generaba a todos los demás: la colectiva **igualdad de condiciones**.

Norteamérica deslumbraba por su "infinita" propensión a conceder propiedad privada; aparecía ante europeos como un paraíso de oportunidades abiertas a la iniciativa individual, como un bastión indestructible contra viejos y nuevos despotismos. América se mostraba como fuente inagotable de esperanzas para el porvenir democrático de la humanidad.

Inteligente y erudito, Tocqueville sabía que un país es, antes que otra cosa, una **Geografía**. En este sentido, América fue vista por él como una inmensa geografía, saturada de "ricos e inagotables" recursos naturales: litorales extensos, cuyas costas parecían apropiadas espontáneamente para el comercio y las industrias marinas; ríos profundos, que regaban valles extensos y fértiles. Obviamente, en la época de Tocqueville, el territorio norteamericano no comprendía todavía los 9 millones de kilómetros cuadrados actuales; de todas maneras, los 1200 kilómetros de Grandes Lagos dejaban ya a descubierto sus enormes potencialidades —en unas cuantas décadas los Estados Unidos se transforman en la primera potencia hidroeléctrica del mundo—, igualmente, las inmensurables planicies del sistema Missouri-Mississippi bosquejaban ya sus gigantescas posibilidades agrícolas —desde fines del siglo XIX se convertirían en los más grandes productores de granos y de algodón del mundo— y, si bien el indómito oeste no ofrecía a primera vista una apariencia de riqueza y hospitalidad, el subsuelo del sistema de las rocallosas compensaría con creces la escasez de tierras fértiles. Los Estados Unidos nacían y se desarrollarían sobre el suelo de una geografía continental que proporcionaría los elementos materiales para el crecimiento y la estructuración de una demografía y una economía continentales, hasta la desimetría de climas y condiciones naturales jugaría un papel creativo y articulador; brevemente, todo un continente como dispuesto por "la divina providencia" para que sirviera de cuna al nacimiento de una nueva civilización.

Las primeras colonias inglesas fueron fundadas bajo el promisorio signo de la libertad burguesa, de la que, por otra parte, el mundo no tenía todavía un modelo exacto. La materia prima de todo ese experimento humano acabaría siendo acrisolada: en primer lugar, por el vínculo lingüístico impuesto por la potencia dominante: el inglés, y en segundo lugar, por el germen democrático que transportó la masa de inmigrantes, la mayoría de los cuales carecían de toda vida de superioridad de unos sobre

otros, de tal manera que el “virus maligno” de la aristocracia no pudo proliferar. Sin embargo, Tocqueville no pudo dejar de señalar otra característica común a ese nuevo hombre americano; en este caso se trataría de un elemento degenerador de toda esa Arcadia: la extrema pasión por el dinero. De todas maneras, a principios del siglo XIX, el hecho sobresaliente era la igualdad: había pocos ricos, cuyo origen había sido siempre la pobreza, y sobre todo una gran masa indiferenciada de “pobres”, unidos por la misma voluntad férrea de vencer. La instrucción primaria parecía encontrarse al alcance de todos, y a la superior casi nadie. De todo ese estado social se derivaba un hecho político fundamental: la soberanía —que en todo ese “pueblo parecía actuar— que la revolución elevó a forma de gobierno y de dogma de fe: “el pueblo dirige el mundo norteamericano como Dios lo hace con el universo”, afirmaba Tocqueville.

Otro proceso bien observado por Tocqueville fue el de la unión política de las trece colonias, que al mismo tiempo sería una centralización política administrativa. De hecho, los Estados que integrarían la Confederación habían formado parte del mismo imperio; por tanto, heredarían una cierta unidad administrativa. La evolución natural de las economías regionales dificultaría la tarea de centralización política; sin embargo, la guerra de liberación nacional contribuyó a cristalizar la Unión ante el enemigo común. El resto de la tarea centralizadora sería obra del arte político y de la trilogía clásica, la estructura política de los Estados Democráticos Modernos: el ejecutivo, el legislativo y el judicial.

Todo era perfecto en aquel magnífico parto del espíritu moderno: América innovaba y se convertía en la tierra de la democracia por excelencia; es decir, junto a esa igualdad de condiciones florecía una absoluta libertad de prensa y de asociación; el respeto a la ley y una exaltada veneración por la propiedad privada: las Iglesias mismas habían elegido el camino que las separaba del Estado, en que predicadores y sacerdotes fulminaban anatemas contra la ambición. Entonces, no había vecinos peligrosos o molestos en muchos kilómetros a la redonda, toda auguraba un porvenir luminoso y progresista, salvo dos pequeños obstáculos o peligros que amenazaban levemente el futuro de la confederación democrática: los indios y los negros.

En la difícil coexistencia de esos tres elementos étnicos y culturales; el hombre blanco —el hombre por excelencia— había sabido “afirmar su superioridad” sobre los otros dos: era “el primero” en “luces” en “artes”, en poder y en felicidad; los otros dos elementos no tenían nada en común entre sí, ni el origen, ni el aspecto, ni el lenguaje, salvo quizá su estado de inferioridad, la

abyección y la ferocidad con la que fueron explotados o extinguidos. El origen, la condición, la educación y los rasgos étnicos los separaban; pero, por encima de todo, los separaba la férrea voluntad del hombre blanco por asegurarse un sitio superior dentro de la escala social.

La visión de Tocqueville coincide con la que más recientemente ha tratado de inocular al mundo todo el catálogo de westerns, la cual intenta reificar la epopeya heroica del hombre blanco, del hombre audaz, noble y valiente, enfrentándose a tribus, a manadas de indios salvajes: seres no aptos para la civilización, pero de una refinada crueldad innata. En ningún momento el francés reflexionó mejor el problema de esas "naciones bárbaras". Lejos de él se encontraba el esfuerzo por rescatar a ese hombre mucho mejor ubicado en sus relaciones con el universo; a esos pueblos en los que se manifestaba ya una multitud de formas del ser, herederos de profundos mensajes humanos. Pese a la prolongada y despiadada campaña de exterminio a que fueron sometidos, muchas ruinas y vestigios humanos sobrevivieron a la omnipotencia de la blanca civilización. Todavía, en 1950, murió el jefe Aguila Negra, dejando testimonio de pureza, de humildad, de ascetismo, de generosidad, de la gracia y la bondad de los Siux: mensajes todos que los altos dignatarios de la élite norteamericana no harían mal en rescatar y meditar.

Pero las naciones indígenas no representaron un grave problema para la expansión del "progreso" anglo-sajón: en 1812, 1817 y 1819 la "heroica" caballería e infantería de la Unión, con sus uniformes azules y sus célebres notas de trompeta para lanzarse a la carga, limpiaron los campos de Luisiana, Mississippi y Alabama; en 1814, Jackson venció, diseminó o concentró a los Creeks y Seminoles; en 1831 la Black Hawk War colmó de gloria esta cruzada de exterminio, fue la época dorada de las Reservas de indios.

Un mal, mucho más temible que estos pueblos dispersos y mal estructurados, una gafe enfermedad del democrático cuerpo social americano, bien diagnosticado por Alexis, era la presencia multitudinaria de los negros.

Tocqueville observó la notoria concentración de la población negra en el sur, mientras que la población blanca tendía a concentrarse y crecer más rápidamente en el norte: aquí, los negros iban quedando como restos desgraciados de una tribu pobre en extinción; en el oeste, apenas se iniciaban las primeras avanzadas de colonizadores blancos; era en el sur donde se había concentrado la población negra; esto, debido, entre otras cosas, a que la esclavitud echó raíces en el tipo de producciones agrícolas de sus campos: tabaco, algodón, caña de azúcar y remolacha, cultivos todos que exigen una abundante y permanente mano de

obra. Esas eran las razones productivas que perpetuaron y extendieron el esclavismo como forma básica de relación entre blancos y negros.

Hacia 1830, los Estados del norte –Maine, Massachusetts, New York y Pennsylvania– contaban con una población negra insignificante, mientras que Virginia, Maryland y Carolina del sur contaban con una proporción de negros que en algunos casos llegaba al 40 por ciento del total: una masa de esclavos demasiado importante como para dejar de impresionarse. Su fina observación histórica y política permitió a Tocqueville diagnosticar la amenaza de la guerra civil: de la lucha de clases que se cernía sobre el futuro inmediato de aquella nación, donde existían regiones en las que la población negra crecía más rápidamente que la blanca.

Con el desarrollo de dos fenómenos más se engrandecen las observaciones del intelectual francés. Por un lado, constataba que la raza angloamericana no se encontraba satisfecha dentro de los límites territoriales que había conquistado; preveía, por tanto, una próxima expansión territorial: hacia el norte el obstáculo había sido superado desde 1763; sólo hacia el sur se erguía un cierto peligro, allí había una Nación, largamente estructurada, cargada de costumbres y tradiciones, de estructuras económicas y psicológicas. No obstante, México no era hacia el norte, sino un límite “imaginario” trazado en los tratados internacionales. “La tierra del nuevo mundo pertenece al primer ocupante”, recordaba Tocqueville, sabiendo que los angloamericanos penetrarían primero a aquellas soledades antes de los que supuestamente tenían derecho a ocuparlas. Tenía ante sus ojos el caso Tejano; es decir, la provincia descuidada por el joven gobierno mexicano, y penetrada ya de anglosajones que fundaban colonias y establecían su lengua: “la provincia de Texas está todavía bajo la dominación de México; pero bien pronto no se encontrarán en ella, por decirlo así, más mexicanos”. La raza anglosajona era la expansiva; el capitalismo norteamericano la fuerza dominante, y ninguna línea imaginaria trazada en los tratados coloniales detendría esa dialéctica histórica.

El otro fenómeno subrayado por Tocqueville era la impetuosa y fértil demografía. Llegará un tiempo, diagnosticaba acertadamente, en que se puedan ver en América 150 millones de hombres que pertenezcan a la misma civilización, lengua, costumbres, y pensamiento; en una palabra, bajo el American Way of living. La premonición de Tocqueville ha cobrado vida hoy día, ya que no sólo los 230 millones que habitan los Estados Unidos de América hablan la misma lengua y participan del mismo modo de vida, sino que es el planeta entero, en gran medida el que vive bajo la influencia de la civilización americana.

El círculo del crecimiento.

Ningún crecimiento más deslumbrante —durante el siglo XIX que el norteamericano, ni mejor indicador para captarlo que el demográfico:

año	millones de habitantes	año	millones de habitantes
1800	5,3	1900	76.1
1820	9.6	1920	100.0
1840	17.0	1950	151.0
1860	31.4	1970	202.8
1880	50.3		

En 1800 la población de los Estados Unidos levemente inferior a la de la Nueva España; absolutamente inferior a los 25 millones de Francia y a los 18 millones con respecto a la Gran Bretaña. Ya en 1880, pese a los estragos de la Guerra Civil, con sus 50 millones de habitantes, Estados Unidos era además de la Nación más poblada del mundo occidental, el triunfo del capitalismo como un hecho consumado. Mientras el Estado mexicano se esforzaba inútilmente por una política de concesiones liberales premios y gratificaciones a toda corriente migratoria que viniera a poblar nuestro desierto humano de 2 millones de kilómetros cuadrados, los recursos naturales y el mito del dorado americano succionaban esa gigantesca oleada migratoria que cruzó el Atlántico entre 1860 y 1930.

Pero el crecimiento humano de América del Norte no fue obra exclusiva de la inmigración, ya que altas tasas de natalidad y bajas de mortalidad favorecieron el fértil crecimiento natural; entre 1860 y 1880 ese crecimiento natural aportaba 300 000 nuevos seres por año y 450 000 entre 1880 y 1900. De 1900 a 1920, mientras Europa se desangraba en el primer Apocalipsis del siglo, la población de los Estados Unidos se incrementó, por simple crecimiento natural, a razón de 1 millón de personas por año.¹⁵ Fue prodigiosa la fertilidad de este agregado humano, a la cual vinieron a sumarse los aproximadamente 40 millones de seres que aportó, durante ese lapso, la ola migratoria. Así, la expansión natural del país, de por sí vigorosa, se alimentó de ese magnífico torrente de sangre nueva; torrente de fuerza, de ambición e imaginación que aportó, fundamentalmente, la decadente Europa.

Según la Oficina de Estadística de los Estados Unidos, las cifras absolutas de inmigración, por décadas, fueron las siguientes:

¹⁵ Peter D'Ajones, *Since Columbus. Pluralism and Poverty in the history of the Americas*, London, 1975, 282 pp.

años	millones
1850-60	2 598 000
1860-70	2 315 000
1870-80	2 812 000
1880-90	5 247 000

años	millones
1890-1900	3 688 000
1900-10	8 795 000
1910-20	5 736 000
1920-30	4 107 000
1930-40	528 000
1940-50	1 035 000
1950-60	2 515 000
1960-70	3 322 000

Fenómeno inaudito el de ese alud humano que cayó y pobló norteamérica; sin duda, se trata de la migración más importante de la historia: toda una humanidad —la mayoría de adultos diestros en algún oficio o profesión, animada por fervientes deseos de construirse un hogar floreciente y digno— cruzó el océano por la conquista de la Grandeza Americana. La irresistible atracción que ejercía América sobre aquel universo de voluntades tenía como antítesis, la crítica coyuntura de algunas naciones europeas que (como Alemania, Irlanda, Suiza, Escandinavia, más tarde Italia, Rusia, Polonia, etcétera y, en décadas recientes, han sido principalmente México, Canada, Puerto Rico y otros países latinoamericanos los que mayor contingente humano han aportado a la voraz economía norteamericana) vivían en aquel momento crecimientos demográficos acelerados y un lento desarrollo industrial, convirtiéndose entonces, en polos de destierros masivos; tanto las primeras como estas más recientes que apuntábamos, han tenido causas similares: la desigualdad económica y tecnológica. Un caso típico fue el de Irlanda: durante los años de 1845 y 1846 cayó una devastadora plaga sobre la papa, alimento básico de aquel famélico proletariado. En aquella coyuntura, la población irlandesa disminuyó en cerca de dos millones: la mitad murió de hambre y la otra cruzó el océano; desde entonces, Irlanda se convirtió en venero de emigraciones, sufriendo, hasta nuestros días, una continua curva de decrecimiento humano. Suecia fue otra fuente de energía humana “calificada” para Norteamérica durante la segunda mitad del siglo XIX, pero el desarrollo industrial sueco a partir de 1930, invirtió las curvas de todo este movimiento, transformándola, en décadas recientes, en polo de atracción de migraciones.

Las siguientes cifras nos muestran las naciones que mayor contingente humano aportaron a los Estados Unidos entre 1880 y 1920:

país	millones
Gran Bretaña	= 4.8
Irlanda	= 4.7
Alemania	= 6.9
Escandinavia	= 2.4
Italia	= 5.1

Fue durante los primeros veinte años de nuestro siglo cuando se alcanzaron las cifras más altas de inmigración en los Estados Unidos sobre todo, de 1905 a 1914, cuando desembarcaron, aproximadamente, un millón de inmigrantes por año. En mayo de 1920 el Congreso Norteamericano adoptó las primeras medidas restrictivas contra ese continuo río de sangre humana que deseaba establecerse en la América del Jazz, del cine mudo, la Ley Seca, los movimientos feministas por el voto y la libertad de fumar en público y de la mafia. Pero América era, ya para entonces, el mosaico étnico más complejo del mundo; todavía en 1971, una encuesta de la oficina de Estadística dio como resultado el siguiente cuadro de pertenencia nacional y étnica:

grupo étnico	millones
Ingleses, escoceses y galeses	31
Alemanes	25
Irlandeses	16
Italianos	9
Polacos	5
Rusos	2
Espanoles, latinoamericanos	15
Franceses	5
Otros	85
No comprendidos	15

Estas cifras revelan no sólo la tenaz persistencia de sentimientos nacionales y religiosos (que en muchos casos tienen traducciones económicas y políticas) de los principales grupos "étnicos" norteamericanos, sino también la compleja historia étnica del moderno Estado Nacional. Aunque las diferencias étnico nacionales no sean profundas ni de naturaleza, puesto que un ya largo proceso de coexistencia histórica las ha ido borrando, son elementos que no han perdido todo su peso y funciones: ¿cuál es la función de mexicanos, haitianos, puertorriqueños y cubanos en la estructura

económica norteamericana de nuestros días; cuál su posición en la estructura social y con respecto a los principales medios de producción? ¿Se podría afirmar que el "factor racial" no juega ya ningún papel en la distribución —para decirlo al estilo de la sociología norteamericana— de **status** y papeles en esa sociedad? Religión, etnia y sentimientos nacionales se imbrican en la actual estructura social norteamericana.

Un hecho fundamental que el cuadro anterior no revela es que en esos 85 millones de norteamericanos que no declararon específicamente un sentimiento de pertenencia étnica o nacional, se encuentran más de los 20 millones de negros actuales; hecho que denota, quizá, la perfecta amalgación de ese elemento a la nación, pero que oculta la importancia decisiva que tuvo en el siglo pasado en toda la historia de este complejo humano continental y multinacional.

Un alto y un efecto de la espiral del crecimiento: la Guerra Civil.

En 1819 la estructura política de la Unión Americana parecía el mejor ejemplo de equilibrio y estabilidad; II Estados esclavistas defendían sus privilegios frente a los representantes de II Estados que habían abolido en sus constituciones la relación de producción esclava. Una teórica línea imaginaria dividía estas dos realidades socio-económicas desiguales. Mientras en el nordeste se desarrollaba la industria manufacturera, la población blanca y un proletariado libre, en el sur, la agricultura de plantación, la población negra y el esclavismo crecían también a ritmos regulares.

De los casi diez millones que componían la población de la Unión en 1820, aproximadamente 2 millones eran negros esclavos, "piezas de caza" del África, traídos como cautivos que sobrevivían en la esplendorosa Democracia como seres carentes de todo derecho, expropiados de toda dignidad e inferiores psicológicamente. Mantener seres humanos en esclavitud era la más flagrante de las contradicciones políticas; es decir, la negación más evidente de los valores y mitos adoptados en la Constitución Federal.

Entre los años de viaje de observación de Tocqueville (1830) y el triunfo electoral de Abraham Lincoln (1860), las estructuras económicas, políticas y sociales de los Estados Unidos tuvieron transformaciones progresistas significativas: esos constantes y múltiples acontecimientos cotidianos, de orden tecnológico, financiero, humano y político que, en el silencio cotidiano y anodino del diario acontecer, acumulándose, forman estructuras económicas y sociales cualitativamente diferentes que acaban transformándose en los fundamentos materiales de las revoluciones políticas.

El crecimiento económico-social exigió la revolución de los transportes. La infraestructura carretera fue desarrollada, pero, sobre todo, fue en el transporte fluvial y ferroviario donde se conocieron las mayores y mejores innovaciones. De esa época datan los románticos buques de vapor del Mississippi que sustituyeron, en el transporte algodonero y cerealero, a las frágiles y anticuadas balsas manuales que casi siempre llegaban destrozadas a Nueva Orleans. Muy importante fue la construcción de un sistema de canales artificiales; el canal del Erie, con sus 583 kilómetros de longitud, unió Nueva York al sistema de los grandes lagos y a Chicago, mientras que otros enlazaron Filadelfia y Baltimore al sistema fluvial del "Oeste", por lo que el comercio interior se agilizó y creció, al mismo tiempo que se ganaba en integración política y económica.

De la década de 1830 datan también las primeras incursiones "norteamericanas" en el fabuloso negocio del siglo XIX: la construcción de sistemas ferroviarios. En 1860 funcionaban ya varias vías que unían el Este al más lejano Oeste. En toda esta obra de desarrollo, el Este industrial llevaba la delantera. La construcción de ese moderno sistema de transportes hizo circular la producción agrícola de los valles centrales hacia los grandes centros urbanos del Este: Nueva York, Nueva Inglaterra, Pensilvania, Chicago y, Massachuset, acapararon el comercio interno y externo, y se especializaron en la construcción naval; en la industria textil, del calzado, de harinas, del hierro y el acero. En el control de ese abundante comercio entre la América Agrícola, el Este Industrial y Europa, reside el secreto de una originaria acumulación de capitales. Chicago, por ejemplo, al borde los grandes lagos, controló la producción de carne del Oeste y su procesamiento, transformándose, desde entonces, en la "gran tocinera del mundo", de la que hablaba Sandburg; Pittsburgh también explotaba de su situación geográfica las condiciones energéticas, para convertirse en el primer centro productor de hierro y acero para la fabricación de maquinaria y la industria ferroviaria. Comenzaban a bosquejarse inmigrantes: esa multitudinaria fuerza de trabajo ofrecida en bandeja de plata al desarrollo del capitalismo americano.

Hacia 1860, muchos productos norteamericanos ya competían en los mercados mundiales con los Europeos. En la exposición mundial de 1851, en Londres, los visitantes podían observar los diversos productos "made in USA", como el revolver de repetición Colt, ideal para matar indios o asesinar presidentes. La concentración del desarrollo industrial en el noreste liberal acentuó las desigualdades regionales del desarrollo económico-social.

Otro hecho que acabaría influyendo negativamente en la estabi-

lidad de los procesos políticos norteamericanos, fueron las anexiones territoriales de aquella época: Texas, California, Utah, Nevada, Colorado, Arizona y Nuevo México.

El sur esclavista también se desarrollaba, pero continuó fincado sobre las estructuras agrícolas donde echaba raíces el esclavismo. Cuando menos desde 1790 se habían iniciado las exportaciones de algodón hacia Inglaterra; desde entonces, una vasta zona geográfica norteamericana dependió del desarrollo del capitalismo en Inglaterra.

La industria textil inglesa (la punta de lanza tecnológica de la industria burguesa de la primera revolución industrial), el algodón americano y las relaciones de producción esclavas, componían la trilogía de elementos de una de las más complejas formaciones económico-sociales; esto en el momento del ascenso y formación del capitalismo mundial.

Desde fines del siglo XVIII, sobre todo durante la primera mitad del XIX, el mismo desarrollo del capitalismo inglés (sobre todo el de tejidos de algodón) fue convirtiendo a los Estados Unidos en su granero y surtidor de materias primas: no sólo algodón (que siempre fue el elemento más dinámico de las exportaciones norteamericanas durante toda esa época), sino también maíz, trigo; carne de cerdo y bovino, y carbón y hierro, salían de Nueva York o Nueva Orleans hacia Londres o Liverpool. En 1800 el valor de las exportaciones de algodón americano fue de 4 millones de dólares; de 22 en 1820; 64 en 1840, y 192 en vísperas de la guerra civil: o sea, que en 1840 los Estados Unidos exportaron 350 millones de libras de algodón hacia Inglaterra, y para 1860 fueron 1 115 000 000 de libras. Otro tanto había ocurrido con las exportaciones de trigo, centeno, tabaco, etcétera. Más que nunca, la historia de ambas naciones parecía estar profundamente articulada; la evidencia demostraba, una vez más, que el desarrollo americano dependía estrechamente de los capitales y el mercado inglés: el crecimiento industrial británico determinaba el crecimiento agrícola norteamericano, sobre todo el de mano de obra esclava.

El monopolio algodonerero de los Estados esclavistas del Sur no fue obra exclusiva de la naturaleza, sino de la historia, puesto que nació y se desarrolló periféricamente al monopolio inglés sobre el mercado mundial de la industria textil.

Paradoja histórica sin par la de ese esclavismo enclavado en el centro de los circuitos internacionales de la reproducción capitalista: esclavismo articulado al mercado mundial y al servicio del capitalismo.

Marx lo señaló constantemente en sus artículos sobre la Guerra Civil:¹⁶ "la industria moderna inglesa reposa sobre dos ejes

¹⁶ W. P. Adams, *Los Estados Unidos de América*, México, S. XXI, 1979, 493 pp.

igualmente miserables. Uno de ellos es la papa, único medio de alimentación de la población irlandesa y de gran parte del proletariado inglés... el otro es el algodón cultivado por esclavos norteamericanos... podemos afirmar que la industria inglesa se apoya de hecho sobre un doble esclavismo: el esclavismo indirecto del hombre blanco en Inglaterra y el esclavismo directo del hombre negro del otro lado del Atlántico”.

Hacia la década de los cincuenta, este “equilibrado” desarrollo de fenómenos tan contradictorios entraría en crisis, misma que se traduciría agudamente en el sistema político norteamericano. El propio crecimiento industrial norteamericano —la industria textil de Nueva Inglaterra reclamaba todo su mercado nacional—, las innovaciones tecnológicas en la producción algodonera (que hicieron superflua gran parte de la numerosa mano de obra esclava en las plantaciones) y la férrea voluntad de los grupos de capitalistas del noreste, en el sentido de romper con aquellas antiguas dependencias hacia Inglaterra y de llegar a implantar su dominio sobre los intereses de los hacendados sureños, en una palabra, su deseo de afirmar su control sobre los “destinos” nacionales hicieron crisis y estallaron en revolución de clases e intereses.

Tocqueville había subrayado, con mucha anticipación y tino, la incongruencia histórica de aquellas relaciones sociales de producción en el corazón del ejemplo más pujante de desarrollo del modo de producción capitalista. Ejemplificó su pensamiento con el caso de dos Estados (Kentucky y Ohio), divididos solamente por las aguas del río Ohio. En tierras de Kentucky, el trabajo era sinónimo de esclavitud, mientras que en la ribera derecha del río, en el Ohio de Sherwood Anderson, el trabajo era “libre” y asalariado. Con agudeza, el francés señaló las principales consecuencias económicas de ese absurdo histórico que era el esclavismo: “es verdad que en Kentucky —decía— los amos hacen trabajar a los esclavos sin estar obligados a pagarles, pero sacan pocos frutos de sus esfuerzos; en tanto que el dinero que pagarían a obreros libres, lo recuperarían largamente con el fruto de sus trabajos... porque el obrero libre y pagado labora más aprisa que el esclavo”. Por si fuera poco inconveniente, mientras el “obrero libre” recibía su salario en dinero y después su “completa libertad”, el señor esclavista se ve obligado a relaciones sociales de dependencia personal: está obligado a alimentar al esclavo en todo tiempo; tiene “que mantenerlo en su vejez como en su edad madura, en su estéril infancia como en los años fecundos de su juventud, durante la enfermedad y la salud” y, en última instancia, “el esclavo ha costado más que el hombre libre y sus trabajos han sido menos productivos”.

El esclavismo norteamericano fue algo más que un simple proceso de explotación económica; es decir, un modo de vida, todo

un universo mental en el cual se engendró la imaginaria nación faulkneriana; allí se incubó al ser más parecido al Hidalgo Español o al Hacendado Novohispano: el Varón de las Plantaciones del Sur, el Señor de Esclavos que, en muchas ocasiones, fue la primera víctima de ese sistema cerrado de privilegios, al atraparlo en prejuicios morales que entorpecían su participación en el proceso de acumulación de capitales, desviándolo, por cuestión de principios, de intentar hacerlo, transformándolos en rentistas parasitarios, en personajes ociosos de blanco linaje, incapacitados para el comercio, la inversión productiva y la innovación industrial.

Parece haber mucho de caricatura en esa visión del hombre del Sur, dibujada por sus enemigos del norte. Investigaciones recientes¹⁷ han tendido a demostrar lo contrario: que la Gran Plantación era suficientemente redituable y que se encontraba en pleno proceso de expansión; es decir, de concentración de tierras; por tanto, que el esclavismo no era un sistema de explotación en decadencia, sino perfectamente en extensión.

Ello no invalida el hecho fundamental: el desarrollo había conducido a la cristalización de estructuras económicas, sociales, políticas y mentales diferentes y desiguales. Contradicción nacional básica la de esos intereses regionales, que se resume en la frase: nordeste capitalista contra sur esclavista diferentes formas de acumulación de capital, donde la burguesía del norte luchaba por la fuerza de trabajo esclava (pues la mano de obra parecía escasa a pesar de la inmigración y ante el ritmo del crecimiento productivo) y por la constitución de un mercado nacional amplio y libre; es decir, una masa de consumidores solvente, remunerada en dinero. Todo ello atentaba directamente contra la libertad del esclavista del Sur, a quien el capitalista del norte tenía pocas cosas que ofrecer (no parecía inmediatamente factible que el norte consumiera todo el algodón producido en el sur). Era también la lucha entre estos dos grupos de intereses por el control del Estado Federal y la dirección de los destinos nacionales: Capitalismo o Esclavismo. Al declararse la secesión de los estados del Sur, estalló también el conflicto moral, que ocupó el primer sitio: la Democracia no podía tolerar esa abominación histórica contra la Igualdad y contra todos los valores puritanos; lo que estaba en juego era no sólo una cuestión de mecanismo y ritmos de acumulación de capitales, sino el modelo de sociedad que el Estado Federal impulsaría desde Washington: ¿Democracia o Esclavismo?

Hacia 1860 había unos 4 millones de esclavos en el sur y 7 millones de blancos libres. El mestizaje entre estos dos elementos fue siempre ocasional y de fuerza. Tampoco se puede interpretar la guerra civil como una cruzada por la libertad, pues los mismos

¹⁷ Shuman, J. Rosenau, D., *The Kondratieffs Wave*, New York, 1972, 198 pp.

esclavos tuvieron una participación secundaria en el proceso de "su liberación"; su cambio de condición les fue impuesto y fue más jurídico que real.

El suceso que desató el conflicto fue el triunfo de Abraham Lincoln en las elecciones presidenciales de 1860, miembro del Partido Republicano, reconocido públicamente como anti-esclavista, nacionalista y proteccionista. Al otro día de tomar posesión de su cargo, envió al Congreso una Ley sobre Tarifas de Importación. La joven burguesía del noreste aclamó la ley proteccionista, mientras las casas comerciales inglesas, su Estado y sus aliados norteamericanos del Sur la vituperaron. En plena batalla, *The Examiner*, órgano de prensa cercano a los círculos comerciales ingleses, alegaba convencido: "los americanos del norte no toman nada en serio a no ser su Tarifa Aduanal que los protege egoístamente. Los Estados del Sur están hartos de ser despojados de los frutos de su trabajo por la tarifas proteccionistas del norte". La Guerra Civil fue la segunda guerra de liberación nacional y la definitiva consolidación del capitalismo americano. El imperialismo inglés pretendía desembarazarse de la concurrencia norteamericana, desintegrando los esfuerzos de articulación nacional del joven Estado de la Unión. La conclusión fue no sólo el triunfo de las fuerzas progresistas de la Unión sino el anuncio del inminente desplazamiento del imperialismo británico: "los yanquis —decía otro periódico inglés de la época— desean hacerse un enorme lugar sobre la arena mundial". Dos días después de la elección presidencial, el 8 de noviembre de 1860, el Gobierno de Carolina del Sur anunciaba su sucesión como un hecho consumado. Poco tiempo después se le fueron agregando otros Estados esclavistas: Georgia, Alabama, Mississippi y Texas. El Sur declaró la guerra, tratando de rescatar la libertad de poder reducir la esclavitud a otros hombres.

En verdad, el esclavismo fue la superficie ideológica de toda aquella profunda y compleja lucha de intereses nacionales e internacionales. Detrás de ese símbolo supremo se deslindaron los campos en conflicto: o se estaba con el Norte industrial y capitalista, vanguardia de la libertad individual y el nacionalismo americano, o con el Sur Esclavista, atrasado e inhumano, apoyado en los tentáculos imperialistas de la "pérfida Albión". Engels y Marx, por ejemplo, con el arma de la crítica, tomaron partido por el Norte, por la liquidación del imperialismo inglés y el fin del esclavismo.

Con la Guerra, pensaba Marx, se trataba de saber si "20 millones de hombres libres del norte" van a continuar sojuzgados por "300 mil esclavistas"; se trataba de saber también "si los inmensos territorios de la República servirán al desarrollo de Estados Libres o Estados Esclavistas, de si, en fin, la política nacional de los

Estados Unidos tendrán por divisa la propagación armada del esclavismo hacia México y América Central” o la extensión de la Libertad y el capitalismo. Por ello, en 1864, Marx se dirigía respetuosamente a Lincoln: “el grito triunfal de vuestra reelección es la muerte del esclavismo... la guerra antiesclavista ha abierto una nueva Era en las luchas de la clase obrera... Usted es un enérgico y valiente hijo de la clase obrera que sabe conducir a su país en esa lucha sin igual por liberar a toda una raza encadenada y por la reconstrucción de un nuevo orden social”.

La guerra fue prolongada y devastadora; la región que más sufrió fue aquella donde se libraron las peores batallas: el Sur. Hacia 1865 el Sur Esclavista había sido reducido a ruinas y a un estado de dependencia con respecto al Norte pujante y capitalista. Los Estados Esclavistas pagaron con un atraso secular, con las tasas más altas de analfabetismo, con hambre, con estructuras sociales discriminatorias (vestigios del esclavismo en lenta descomposición) y con la quiebra definitiva del orgullo sureño y su universo mental, el pecado “capital” de la esclavitud. En 1863 los negros fueron constitucionalmente “liberados”. Aunque continuaron largamente discriminados de todo derecho, simplemente habían transitado de esclavos a peones endeudados con los mismos amos.

La victoria del norte mantuvo íntegra a la Unión Americana: abolió pomposamente la esclavitud, cristalizó mejor a la Nación y su Estado Federal y estableció las bases jurídicas de un rápido despegue económico y social.

El círculo del crecimiento imperialista.

Nunca se insistirá suficientemente sobre la significación económica de la avalancha humana que cayó sobre territorio norteamericano entre 1880 y 1920. Se trata, indiscutiblemente, de uno de los factores que más contribuyeron a transformar a los Estados Unidos en una potencia industrial en el mercado más grande y solvente del mundo. Las migraciones aportaron no sólo una abundante mano de obra, sino la masiva demanda que una economía en rápida expansión requiere.

De este periodo data la gigantesca estructuración urbana: Nueva York tenía en 1900 3 millones y medio de habitantes (mientras la ciudad de México apenas alcanzaba los 350 000 ciudadanos, Buenos Aires superaba levemente el medio millón y Caracas apenas tocaba los 72 000); Chicago contaba con más de millón y medio de hacinados habitantes, Filadelfia otro tanto, etcétera. El inmigrante prefería las concentraciones urbanas y fabriles, no sólo

en razón de los más altos salarios con respecto al campo, sino al deslumbramiento ciudadano. La ciudad era un escape ante el tedio y la dureza de la vida rural; ofrecía más diversiones, aparentemente más comodidades y seguramente mejores oportunidades. Esta intensa movilidad horizontal fue planteando la necesidad de una teoría que describiera y explicara el célebre éxodo campo-ciudad.

Ese mismo movimiento hizo crecer no sólo las filas de proletariado, sino un fenómeno más típicamente norteamericano, como es la clase media: *The White Collars*. Entre 1860 y 1920, dice Peter D'Ajones,¹⁸ "la clase media, capaz de comprar productos estandarizados, creció de 6 a 54 millones. Esta potente demanda local fue el secreto del crecimiento de los Estados Unidos"; uno de los motores del despegue económico de Walt Whitman Rostow, y fuente de dolorosas alucinaciones para Carl Sandburg.

Esa masiva inmigración de fuerza de trabajo fue la más significativa inversión que efectuó Europa en los Estados Unidos; un magnífico regalo en capital humano, energía y voluntad. Esos casi 40 millones de trabajadores desembarcaron justo en el momento en que se construía la Gran Industria Americana y cristalizaban esas Babilonias modernas que son los monopolios **made in USA**. Fue durante la segunda mitad del siglo XIX cuando se construyeron las estructuras monopolistas del capitalismo norteamericano: todo el continente fue surcado por vías de ferrocarril (en 1910 se había trazado el complejo ferroviario nacional más grande del mundo, con 385 000 kilómetros de rieles, de un lado a otro del territorio); se tendieron las líneas telegráficas y telefónicas; se pusieron en intensa explotación las ricas regiones mineras del legendario Oeste, y se consolidó el primer sitio, que ocupaban los Estados Unidos desde décadas atrás, en muchas producciones agrícolas. El continente había sido conquistado geográficamente, poblado y puesto en explotación, mientras que el aparato industrial se había ganado la reputación de ser el más productivo del mundo: la gran revolución económica se había consumado.

El siguiente cuadro, Con todas sus debilidades, nos ofrece una imagen del proceso virtiginoso que condujo a los Estados Unidos a la posición de dominio industrial durante el siglo XX:

¹⁸ Stoken, D., *Cycles*, MacGraw-Hill Book. Co. 1978, 184 pp.

Distribución de la producción industrial mundial

País	1820	1860	1900	1920	1960
Gran					
Breñaña	34	24	19	9	6
Francia	25	16	7	6	3
Alemania	10	13	16	11	6
Estados					
Unidos	6	16	30	42	31

Fuente: Willi Paul Adams.¹⁹

Entre 1860 y 1920 los Estados Unidos dieron el salto dialéctico, de una sociedad predominantemente rural y agrícola a una urbana e industrial. La atracción que ejercían los Estados Unidos sobre las corrientes migratorias se debía, entre otras cosas, a los ritmos de su crecimiento económico, donde la producción aumentaba a tasas superiores a las del humano, con la garantía de que el sueño norteamericano se materializaba y que el Sol alumbraba para todos.

La abundancia de recursos naturales (hombres, tierras, oro, cobre, hierro, carbón, petróleo, etcétera), las innovaciones tecnológicas en muchas ramas productivas (segadoras y otras máquinas para la agricultura, avanzada tecnificación de la minería y sus procesos químicos de tratamiento) más toda la infraestructura de comunicaciones y transportes que se construyó en la época, garantizaron la transformación económica de largo aliento. La industria, como la textil en las primeras décadas del siglo XIX, la siderúrgica y la ferroviaria, posteriormente o la del automóvil en las primeras décadas de nuestro siglo, desempeñaron un papel fundamental en todo ese cambio. Paralelamente, el sistema financiero y crediticio se desarrolló y modernizó: en 1800 funcionaban 20 bancos, dependientes extremadamente del comercio exterior y del débil ahorro de unos cuantos agricultores; para 1860, eran ya 1500, regionales y federales, y en 1900, funcionaba la más impresionante y moderna red bancaria del mundo, con cerca de 8500 instituciones de crédito, algunas de ellas consolidadas ya en gigantescas estructuras financieras, con ramificaciones en el interior y exterior del país, de las cuales dependían, no sólo la vida de empresas privadas, sino también las de los gobiernos y aun de los Estados Nacionales.

¹⁹ Selser, G., **De Dulles a Raborn**, Ed. Política, 254 pp.

El aparato económico norteamericano había abandonado para siempre su estructura liberal, en la que muchos “pequeños” propietarios eran dueños de muchas empresas en competencia, para adquirir definitivamente la estructura monopólica, donde un reducido número de empresarios poseían gigantescas firmas industriales ligadas estrechamente a los trusts financieros.

En vísperas de la Primera Guerra Mundial (de la que los Estados Unidos saldrían como acreedores del mundo), el proceso de concentración y centralización de capitales había llevado el aparato económico a un alto grado de concentración: no sólo se habría consolidado la fusión entre capital financiero e industrial, sino también, al mismo tiempo, el imperio de esos trusts financiero-industriales; es decir, las estructuras económicas y políticas del imperialismo norteamericano, en forma irreversible.

Hacia la segunda década de nuestro siglo habían cristalizado gigantescas formas industriales que ejercían un control monopolístico de los mercados nacionales y aun mundiales: United States Steel, Standard Oil (hoy exxon), American Tobacco, International Harvester, ITT, Pullman, Ford, Singer, articuladas profundamente a los Trusts financieros de la First National City Bank, Bank of America, Chase Manhattan Bank, etcétera. Ligados al nacimiento del imperialismo norteamericano encontramos toda una generación (la mayoría de esos grupos sobreviven hasta nuestros días) de ávidos y talentosos empresarios e inventores como Thomas Alva Edison (inventor de la luz eléctrica, del foco y el gramófono), Andrew Carnegie (del acero), John Rockefeller (del petróleo), J.P. Morgan (financiero, naviero, etcétera) y otros de más vieja alcurnia como los Astor, Vanderbilt, Gould, Fiske, Standford.

En 1904, John Moody, después de investigar las relaciones familiares y las alianzas financieras de esas nuevas estructuras del capitalismo monopolista, publicó “The Truth about the Trust” (La Verdad sobre los Trusts), donde mostró cómo un pequeño número de financieros de Wall Street controlaban las más importantes empresas del país; sus conclusiones no dejaban dudas, después de describir las complejas redes y canales que articulaban grandes y pequeñas industrias a los núcleos financieros, concluía en el dominio de “dos imperios gigantescos: el Rockefeller y le Morgan... Estos dos últimos grupos son el corazón del aparato económico y comercial de la Nación, mientras que los otros son solamente las arterias”. De 1910 a 1913, la polémica sobre las actividades de los Trusts y sobre el grado de monopolización de la economía norteamericana habían llegado hasta el Congreso; el Comité Pujo elaboró nuevos testimonios sobre ese nuevo Carnero de Oro (especialmente el petrolero) que ya controlaba la economía y la política de la todavía joven Nación Americana. Décadas

después, el mismo presidente F.D. Roosevelt informaba y reconocía en su mensaje al Congreso de 1938: "Asistimos hoy en día al surgimiento de una concentración de poder privado sin parangón en la historia, gracias a la estrecha imbricación de las esferas de las esferas de influencia en el terreno de la inversión... los centros financieros controlan estrechamente toda la política de las empresas que, sólo aparentemente, permanecen independientes".

Brevemente, desde fines del siglo pasado, los Estados Unidos ingresaban firmemente a la estructuración imperialista del capitalismo mundial, fase de la historia del capital en la que, según Lenin, las crisis, las guerras y la descomposición del sistema social acabarían negando su existencia misma e irrumpiendo en ese proceso histórico, elaborándose, desde el principio, una gran parte del mercado latinoamericano. Ahora para la burguesía yanqui ya no se trata de articular su mercado nacional, sino exigir una mayor participación en los mercados internacionales, justo a la medida de sus nuevas capacidades productivas, y en esa misma medida, exigirán a su Estado una política más agresiva sobre la arena del mundo.

Ciclos y crisis de la Economía Americana

Desde su origen, la economía americana estuvo articulada a los vaivenes de la economía mundial, pero fue sobre todo durante la segunda mitad del siglo pasado cuando esa verdad se puso en evidencia. Naturalmente, el estudio de los movimientos cíclicos de la economía norteamericana es algo bastante reciente y novedoso. No fue sino diez años después de la obra de Kondrattief cuando Shumpeter publicó sus 2 volúmenes de *Business Cycles*, pero no ha sido sino bajo el impacto depresivo de la década 1970-80, cuando diversos autores trataron de aplicar teoría y métodos de la economía al caso americano.

Hasta ahora los resultados de algunas investigaciones parecen revelar tres movimientos cíclicos de larga duración en los últimos 150 años de la historia americana: tres ondas largas, suficientemente sincrónicas con las ondas de la economía internacional. Tales ondas serían, según un autor,²⁰ las siguientes: **primera onda:** 1812-1865; **Segunda onda:** 1866-1915, y **Tercera onda:** 1920-1970.

Cada ciclo tuvo entonces (como la onda Kondrattief) aproximadamente 50 años de duración, conociendo en su interior fases simétricas de expansión (caracterizadas por un alza de precios generalizada, prolongada generalmente dos décadas o poco más) y

²⁰ Bosch, J., *El Pentagonismo sustituto del Imperialismo*, México, S. XXI, 1968, 147p.

de depresión (caracterizadas por una tendencia a la baja general de precios con una duración que oscila entre dos y tres décadas). Cada una de esas fases tendrían su pico máximo de hundimiento o alza, *verbi gratia*, medidas en una escala donde los precios de 1957-59 = 100, esos picos de las fluctuaciones de los precios norteamericanos habrían sido:

- 1814 = 62.3 pico máximo, resultado de 2 décadas de alza y de la guerra
- 1843 = 25.4 hoyo mínimo y punto de viraje al alza
- 1864 = 74.7 pico máximo, producto de 2 décadas de alza y de la Guerra
- 1896 = 25.4 hoyo mínimo de la fase depresiva que siguió a la Guerra
- 1920 = 84.5 pico máximo de la expansión y alza inaugurada en 1897 resultado también de la I Guerra Mundial
- 1929 = 52.1 inicio de la Gran Crisis depresiva y
- 1933 = 32.7 hoyo mínimo de la fase depresiva que se prolongaría hasta finales de la Segunda Guerra Mundial.

Cada uno de esos picos habría sido un punto de viraje en las fases de los ciclos y de la economía norteamericana: coyuntura de inmensos cambios, con profundas repercusiones económicas, sociales, políticas y psicológicas. Porque lo interesante, desconcertante y aun difícil de avalar, es la mecánica aplicación que hacen estos autores de la teoría Kondrattief de los ciclos, en el sentido de afirmar que las **guerras** "sólo se producen" cuando precios e intereses bajan durante tres décadas o cuando suben durante dos. Es decir, que una guerra ha tenido lugar en el momento de mayor tensión de las coyunturas de alza o baja; así, habría habido las guerras de los picos y las de los hoyos, por ejemplo:

The Mexican War: comenzó en 1846, justo después del hoyo mínimo de precios e intereses de 1843; es decir, se produjo como "efecto" e inmediatamente después de la tendencia depresiva iniciada en 1814 y que se prolongara durante 30 años hasta 1843;

The Spanish-America War: estallada 50 años después de la anterior y justo después de un abismo de precios en 1896, y

The Korean War: que también estalló 53 años después de la anterior y a la salida de la larga depresión iniciada en 1923.

Pero han habido, asimismo, guerras que han tenido lugar al final de la fase de expansión de las dos décadas de alzas de precios y tasas de interés, que normalmente es un periodo de intensa lucha económica, de tensiones y tormentas monetarias; de descontentos

y sacudimientos sociales, pero todos buenos ingredientes apra concluir en la guerra.

La primera guerra producto de una de estas coyunturas de crecimiento y expansión fue la de 1812.

The Civil War: se produjo también hacia el final del alza de precios iniciada en 1844. Marx, mismo que intuyó que esta guerra se encontraba vinculada con las fluctuaciones de los precios de algodón, apuntó correctamente los efectos del bloqueo inglés dentro de la coyuntura bélica: "se ha producido un alza desmesurada del precio del algodón", debida a la guerra misma a los sacudimientos especulativos de las principales plazas de algodone-ras; de todas maneras, no siguió sistemáticamente, ni los precios del algodón, ni los de la papa, ni los de otros artículos agrícolas e industriales que sería necesario reconstruir para obtener todas las piezas del rompecabezas de la causación social, como ejemplo: todas las fluctuaciones de producción y precios de buenas y malas cosechas, de caídos y subidas de la renta algodone-ra.

La Primera Guerra Mundial habría sido entonces el resultado de las dos décadas de expansión y del alza de precios iniciada en 1897, de igual forma que la de Vietman se produjo en la fase de alza de 1950-1973.

Más interesante, no sólo por tratarse de un trabajo mejor fundamentado, sino porque nos hará avanzar en la cronología y en los problemas de la historia económica americana, es el libro de Stoken,²¹ que nos señala ciclos un tanto asimétricos con respecto a los anteriores, a saber: **Primera onda: 1785-1843; Segunda onda: 1843-1896; Tercera onda: 1897-1949, y Cuarta onda: 1950-200**

Imposible, por ahora, entrar en la verificación de las reconstruc-ciones estadísticas; sólo pretendemos beneficiarnos de algunos de sus resultados; por ejemplo, analicemos algunos elementos y procesos de la anatomía de la tercera onda:

En 1897, después de un periodo depresivo de 24 años (1873-1896), la economía internacional (es decir, de los principales países capitalistas) dio un viraje e inició una fase de prosperidad, de expansión y crecimiento que se prolongó en los Estados Unidos durante 32 años: 1897-1928. Tanto los descubrimientos auríferos de Alaska y Sudamérica, el proceso de cianuración, como la guerra hispanoamericana (la de los Boers y la de los Boxers indirectamente), contribuyeron a crear una fuerte expansión monetaria y un proceso inflacionario, cuyo primer efecto fue el sacar al mundo de los negocios (de las ganancias, la acumulación y la inversión, por tanto, de la producción) del pantano de la depresión anterior.

En 1929 se produjo otra ruptura y se inició otra fase dentro de la misma onda. Durante los siguientes 20 años (1929-1949) la econo-

²¹ *Ibid.*, pp. 4, 5 y 6.

mía del mundo, también la norteamericana, se vio ensombrecida por la crisis más severa y la fase depresiva más apocalíptica que la humanidad haya conocido.

La mayoría de los indicadores concurren a probar la excelencia de la larga fase de expansión; **verbi gratia**, entre 1897 y 1929 el índice Dow Jones (donde se cotizan las principales acciones industriales norteamericanas) subió en 1800 por ciento. Como en toda fase eufórica, producción, precios, crédito e interés del dinero, estuvieron incrementándose sistemáticamente durante 21 años. Podemos observar la expansión (donde aún los salarios tuvieron un crecimiento regular, pero siempre en retardo y desigualdad con respecto a las ganancias y los precios para no anular los efectos positivos de la inflación), aun en los indicadores más gruesos; por ejemplo, en la evolución del Producto Nacional Bruto de los Estados Unidos, que nos muestra el cuadro siguiente:

PRODUCTO NACIONAL BRUTO 1869-1970

Año	En precios corrientes		En precios de 1858	
	Total en millones \$	Per cápita	Total en millones \$	Per cápita
1970	977.100	4.808	722.500	3.555
1969	930.300	4.590	725.600	3.580
1968	864.200	4.306	706.600	3.521
1967	793.900	3.995	675.200	3.398
1966	749.900	3.815	658.100	3.348
1965	684.900	3.525	617.800	3.180
1964	632.400	3.296	581.100	3.028
1963	590.500	3.120	551.000	2.912
1962	560.300	3.004	529.800	2.840
1961	520.100	2.831	497.200	2.706
1960	503.700	2.788	487.700	2.699
1959	483.700	2.731	475.900	2.688
1958	447.300	2.569	447.300	2.569
1957	441.100	2.576	452.500	2.642
1956	419.200	2.492	446.100	2.652
1955	398.000	2.408	438.000	2.650
1954	364.800	2.247	407.000	2.506
1953	364.600	2.285	412.800	2.587
1952	345.500	2.201	395.100	2.517
1951	328.400	2.129	383.400	2.485
1950	284.800	1.877	355.300	2.342
1949	256.500	1.719	324.100	2.172

Año	En precios corrientes		En precios de 1858	
	Total en millones \$	Per cápita	Total en millones	Per cápita
1948	257.600	1.757	323.700	2.208
1947	231.300	1.605	309.900	2.150
1946	208.500	1.475	312.600	2.211
1945	211.900	1.515	355.200	2.538
1944	210.100	1.518	361.300	2.611
1943	191.600	1.401	337.100	2.465
1942	157.900	1.171	297.800	2.208
1941	124.500	934	263.700	1.977
1940	99.700	754	227.200	1.720
1939	90.500	691	209.400	1.598
1938	84.700	651	192.900	1.484
1937	90.400	701	203.200	1.576
1936	82.500	643	193.000	1.506
1935	72.200	567	169.500	1.331
1934	65.100	514	154.300	1.220
1933	55.600	442	141.500	1.126
1932	58.000	465	144.200	1.154
1931	75.800	611	169.300	1.364
1930	90.400	734	183.500	1.490
1929	103.100	847	203.600	1.671
1928	97.000	805	190.900	1.584
1927	94.900	797	189.800	1.594
1926	97.000	826	190.000	1.619
1925	93.100	804	179.400	1.549
1924	84.700	742	165.500	1.450
1923	85.100	760	165.900	1.482
1922	74.100	673	148.000	1.345
1921	69.600	641	127.800	1.177
1920	91.500	860	140.000	1.315
1919	84.000	804	146.400	1.401
1918	76.400	740	151.800	1.471
1917	60.400	585	135.200	1.310
1916	48.300	473	134.300	1.317
1915	40.000	398	124.500	1.238
1914	38.600	389	125.600	1.267
1913	39.600	407	131.400	1.351
1912	39.400	413	130.200	1.366
1911	35.800	382	123.200	1.313
1910	35.300	382	120.100	1.299
1909	33.400	369	116.800	1.290
1908	27.700	312	100.200	1.130

Año	En precios corrientes		En p. ecios de 1958	
	Total en millones \$	Per cápita	Total en millones	Per cápita
1907	30.400	349	109.200	1.255
1906	28.700	336	107.500	1.258
1905	25.100	299	96.300	1.149
1904	22.900	279	89.700	1.092
1903	22.900	284	90.800	1.126
1902	21.600	273	86.500	1.093
1901	20.700	267	85.700	1.105
1900	18.700	246	76.900	1.011
1899	17.400	233	74.800	1.000
1898	15.400	210	68.600	933
1897	14.600	202	67.100	930
1896	13.300	188	61.300	865
1895	13.900	200	62.600	900
1894	12.600	185	55.900	819
1893	13.800	206	57.500	859
1892	14.300	218	60.400	920
1891	13.500	210	55.100	856
1890	13.100	208	52.700	836
1889	12.500	202	49.100	795
1879 1888*	11.200	205	42.400	774
1869 1878*	7.400	170	23.100	531

El cuadro nos ofrece no sólo el "prodigioso" crecimiento secular de los Estados Unidos, sino que también nos muestra claramente las coyunturas de ruptura de las fases que hemos venido describiendo: entre 1873 y 1896, el crecimiento es lento y caótico, sacudido por crisis y retrocesos; pero en 1897 se apunta claramente la fase de expansión, en la que el producto nacional bruto (salvo en 1908, 1914 y 1921) no cesa de crecer hasta el boom de 1929, cuando da comienzo la depresión que dura más de diez años.

La prolongada expansión sacó de su postración a la industria más dinámica de la onda anterior; es decir la ferrocarrilera. Entre 1897 y 1910 se lanzaron al mercado bursátil miles de millones de nuevos títulos ferroviarios y se emprendió la construcción de muchas nuevas vías. La industria de la construcción, la siderúrgica, la de alimentos enlatados; los sectores de punta de agricultura, etcétera: todo el mundo de las "fuerzas vivas" se lanzó a una frenética carrera sobre los capitales líquidos; el crédito se expandió elásticamente; las tasas de interés elevaron el precio del capital, y el mundo estuvo a punto de un colapso tan grave como el de 1929, pero la severa recesión de 1907 se saldó con unas cuantas quiebras bursátiles y con una mayor concentración de capitales.

De esa coyuntura depresiva surgiría el invento portentoso del siglo XX, es decir, el símbolo de la civilización americana, el instrumento indispensable, la maravilla de maravillas: el **automovil**. Entre Henry Ford y R.E. Olds (que creó el Oldsmobile y posteriormente fue expulsado del mercado y fusionado por una de las industrias "enemigas") crearon la línea de ensamblaje que produciría el carro que el "hombre de la calle" podía comprar. Sin la prosperidad de la fase de expansión, el sueño de Ford tampoco hubiera sido realidad. La industria automovilística se cimentó en aquella fase y contribuyó a levantar el crecimiento de aquellos años, tal como lo había realizado la industria del riel entre 1843 y 1896. **La era del automovil** había comenzado y su expansión comunicó su efecto multiplicador a toda una serie de industria y servicios secundarios, principalmente a la del petróleo y el hule, así como en la de la construcción de carreteras, gasolineras, centros comerciales suburbanos, etcétera: todo un variado efecto multiplicador de actividades y ganancias.

En medio de toda aquella euforia de éxito y ganancia, después de casi veinte años de alza de precios y de tasas de interés en bruscas fluctuaciones, estalló el inimaginable primer apocalipsis moderno de la carnicería humana de la Primera Guerra. La guerra prolongó la bonanza americana y consolidó su posición de gran banquero del mundo; pero ésta acarrearía también, poco años después, los primeros anuncios graves de lo que se avecinaba. En 1921 se produjo una breve pero severa recesión, en la que los indicadores y la actividad económica se contrajeron fuertemente; entre 1919 y 1920, bajo el efecto de la escasez bélica, el precio del trigo en los Estados Unidos había subido de un dólar a 3.50 por bushel, y el de la seda de 14 a 18.50 dólares. En 1921, en cambio, sorpresiva e inesperadamente (efecto quizá de una política de almacenamiento y especulación), el precio del trigo y el de otras materias volvió a derrumbarse. Las economías de las principales potencias capitalistas no pudieron recobrarse de las consecuencias y destrozos de la guerra simplemente zozobraron en un torbellino de inflaciones, recesiones, deflaciones y quiebras de todos los mercados y confianzas. Bajo el efecto desconcertante y desalentador de aquella bárbara inmolación colectiva, muchas cosas cambiaron en las conductas privadas y colectivas y los Estados Unidos tomaron el liderazgo de las costumbres, difundiendo ampliamente el american way of living: la música se hizo más frenética y explosiva; el Jazz se encontraba en apogeo; las costumbres sexuales se relajaron —colmo de la degeneración—; se comenzaba a bailar mejilla con mejilla; las americanas se escandalizaban, exigían el voto, fumaban en público, se quitaron el corsé, se rasuraron las piernas y las mostraban completamente desnudas en las playas. La velocidad ganaba terreno: un Ford coupé podía levantar hasta

cuarenta millas por hora, pero la violencia y la turbulencia de aquellos años desmoralizantes de la posguerra también ganaban terreno: El Ku Kux Klan, que estuvo más activo que nunca en su tarea por guillotinar negros; Al Capone, Bonnie and Clyde; la censura de Hollywood; la Ley seca que sólo funcionaba en los orfanatorios, mientras Lindbergh captaba la atención del mundo en 1927, cuando realizó la hazaña colosal de volar todo el Atlántico.

En 1929 era raro el hogar americano que no contara con un aparato de radio. Circulaban entonces 27 millones de automóviles (contra 10 millones en 1921 todavía) y el cine se encargaba de difundir la imagen de la buena vida y la felicidad americana, que era observada con incredulidad y envidia desde cualquier parte del mundo. Los tres años, de 1927 a 29 fueron de eufórico optimismo: una orgía de especulaciones hizo saltar, en año y medio, el precio de las siguientes acciones: Montgomery Ward pasó, de marzo de 1928 a septiembre de 1929, de 133 a 466 dólares la acción; Westinghouse, de 92 a 313; la RCA de 95 a 505, y el Dow Jones de 191 a 381 dólares. La bonanza y la opulencia parecían más inquebrantables que nunca; pero, una vez más, la economía capitalista se había sobreacumulado, por lo que toda aquella prosperidad se vendría por tierra a raíz de la próxima crisis de liquidaciones.

Durante septiembre y octubre de aquel año fatídico de 1929, el Dow Jones perdió un 50 por ciento de la ganancia que había acumulado en los pasados treinta y tantos años, derrumbándose bruscamente a 150 dólares. Esta concentración no pudo ser más brusca y repentina; la depresión se internacionalizó en 1930, anunciando el punto de inflexión del largo ciclo y la entrada irreversible en su fase depresiva. Declinaron el interés y los precios; las quiebras financieras se extendieron; la inversión palideció; la actividad económica se contrajo; la desconfianza se generalizó, y los mejores valores bursátiles se desfundaron; el Dow Jones se derrumbó hasta el mínimo de 42 dólares; la acción de la RCA cayó hasta 18 dólares el título; el de la Westinghouse, a 16, y Montgomery Ward a 4 dólares la acción; sin duda, la más desastrosa quiebra y liquidación que haya experimentado el capitalismo norteamericano. En este sentido, el periodo que va de 1929 hasta 1939 constituyó el núcleo de la fase depresiva y aun la industria dominante, la del Rey Automóvil, fue atacada por una epidemia de quiebras, concluyendo en una mayor concentración de la rama. Obviamente, las secuelas sociales de la crisis fueron de la magnitud de la misma; el desempleo subió tan bruscamente como se había resquebrajado la euforia productiva de los años previos: en 1930 era ya de 15 por ciento de la PEA; en 1932 de 23.6 por ciento, y de 25 por ciento en 1933. Todavía en 1938 era de 18 por

ciento y de 15 por ciento en 1940. Estos índices desastrosos no fueron absorbidos sino con el renacimiento económico del gigantesco aparato bélico-industrial que generó esa hecatombe humana, aún más absurda y apocalíptica que la anterior, que fue la Segunda Inmolación Humana del siglo xx. Sólo la guerra pudo aportar una solución temporal a la profunda crisis cíclica en que se había sumergido el sistema capitalista.

Acto tercero

El círculo del infierno América, te odio.

No hay amor que dure cien años ni tiempo que no se cumpla. Precisamente hacia los años del eclipse de Presley (que fue rapado, silenciado y sometido al servicio militar en el zenith de su carrera artística para ejemplo de la juventud americana), la civilización yanqui, en forma ostentosa y violenta, mostraba al mundo la otra cara de la moneda, y por eso muchos jóvenes de mi generación pasaríamos de la gran admiración libidinosa al odio y al combate.

La Revolución Cubana sacudió las conciencias y nos abrió los ojos al probar que la negación de lo americano era constructiva y revolucionaria. Marcando la ruta, nos enseñó también que el aparentemente imposible sueño libertario latinoamericano podía cobrar materialidad histórica. Con la Revolución Cubana empezábamos a cegar el inexorable Destino Manifiesto, reconquistando a pedazos la violenta anexión de nuestros pueblos “al norte revuelto y brutal que los desprecia”. Cuba había vivido bajo la ultrajante Enmienda Platt desde 1904 hasta 1934 y tuvo que esperar cerca de 30 años más para que la honda del David latinoamericano derribara el Goliath imperialista.

En la **Segunda Declaración de la Habana**, ante los pueblos latinoamericanos constituidos en tribunal supremo de su propia historia, Fidel advirtió que la miseria, la desigualdad y el atraso de nuestros pueblos harían la revolución inevitable. En esta síntesis genial de la historia de nuestro continente subdesarrollado nos resumió la dimensión y la esencia del actual imperialismo norteamericano:

desde que culminó la Segunda Guerra Mundial las naciones de América Latina se han ido depauperando cada vez más... el ingreso per cápita disminuye, los pavorosos porcentajes de mortalidad infantil no decrecen... y... el resumen de esta pesadilla que ha vivido América, de un extremo a otro, en este continente de casi 200 millones de seres humanos, formado en sus dos terceras partes por los indios, los mestizos y los

negros, por los discriminados, en este continente de semicolonias, mueren de hambre, de enfermedades curables o vejez prematura, alrededor de 4 personas por minuto, de 5500 al día, de 2 millones por año, de diez millones cada cinco años. Estas muertes podrían ser evitadas fácilmente pero sin embargo se producen. La dos terceras partes de la población latinoamericana vive poco, y vive bajo la permanente amenaza de muerte. Holocausto de vidas que en 15 años ha ocasionado dos veces más muertes que la guerra de 1914 y continúa. Mientras tanto, de América Latina fluye hacia los Estados Unidos un torrente continuo de dinero: unos 4 mil dólares por minuto, 5 millones por día, dos mil millones por año, diez millones cada cinco años. Por cada mil dólares que se nos van, nos queda un muerto. Mil dólares por muerto, ese es el precio de lo que se llama imperialismo. Mil dólares por muerto cuatro veces por minuto.

Ardiente y lúcida declaración de independencia en contra de la causa principal de nuestro atraso histórico; declaración de gran aliento histórico para toda aquella enorme humanidad que sufre en la desnutrición y la pobreza y que, irguiendo el rostro desde la abyección milenaria a que ha sido sometida, dijo: basta con la Segunda Declaración de la Habana.

Pero el imperialismo nunca ha sido un tigre de papel, ni con papel se iba a decretar su negación histórica. Siendo un fenómeno histórico, encuentra en el proceso de desarrollo de fuerzas productivas de la humanidad los fundamentos materiales de su superación estructural y temporal.

Dentro de la misma coyuntura de la frustrada invasión a Playa Girón, el Tigre sacó el acero de sus garras; el 31 de mayo de 1961, se denunció su complicidad en el asesinato del Dictador L. Trujillo en la Dominicana (31.V.1961), y también se mostró participación en el golpe militar que destituyó al Presidente Juan Bosch (25. IX. 1963)²² El misteriosamente desaparecido Coronel Caamaño comandó la sublevación de una parte del ejército antillano contra el golpe militar y estuvo a punto de conseguir el objetivo político de la sublevación: la reposición del presidente constitucionalmente electo.

El Presidente Lyndon Johnson tomó la decisión de invadir territorio dominicano, utilizando el fantasma del comunismo, así el 28 de abril de 1965 se inició el desembarco. Y la ocupación militar se prolongó hasta el 22 de septiembre de 1966.

Exiliado y encolerizado, Bosch extrajo sus primeras conclusiones de la amarga experiencia que vivió en su patria. Para el

²² Matthews, H. L. y Silvert K. H. *Los Estados Unidos y América Latina*. México, Ed. Grijalbo, 1967. 159 pp.

expresidente dominicano, el Pentagonismo, fase postrera del Imperialismo, consistía en "la suma de grupos privilegiados, la crema y la nata del poder económico-social y político de los Estados Unidos.²³

El entonces senador por Arkansas, J. W. Fulbright en un discurso de diciembre de 1967 se refirió a ese mismo fenómeno, que él denominaba *The Military-Industrial; complex*:

destacaré algunos de los efectos destructores de la guerra en nuestra vida nacional, la creciente militarización de la economía y de las universidades. Más y más nuestra economía, nuestro gobierno y nuestras universidades están adoptándose a sí mismas a las exigencias de una guerra continua, guerra total, guerra limitada y fría... porque estamos convirtiéndonos en una Sociedad Militarizada. Ese poderoso complejo militar-industrial, decía Fulbright, "se ha convertido en una fuerza política mayoritaria... es una poderosa fuerza nueva para la perpetuación de acciones militares extranjeras, para la introducción y la ampliación de costosos sistemas de armamentos, y, como resultado para la militarización de grandes porciones de nuestra sociedad.²⁴

El Dr. Bosch concluía su disertación con la siguiente advertencia: "el pentagonismo es una amenaza para todos los pueblos del mundo debido a que es una máquina de guerra que necesita de la guerra".

Si bien es cierto que ese grado de militarización del **american way of living**, institucionalización de la violencia, es un fenómeno relativamente reciente y corresponde a un cierto grado de desarrollo de las fuerzas productivas (podríamos formular que esa cristalización política del más gigantesco y destructor aparato militar que ha conocido la humanidad, es el resultado de la articulación de la Empresa Monopólica con la producción militar en la fase decadente del capitalismo), también lo es que el Frankenstein del militarismo americano cuenta ya con un largo y grueso curriculum de violencia y agresiones.

El 28 de septiembre de 1973, poco más de once años después de la Segunda Declaración de la Habana, en un homenaje póstumo a Salvador Allende, Fidel Castro recordaba:

el imperialismo lleva a cabo una ofensiva estratégica en América Latina en complicidad con el Brasil. Primero fue el golpe de Estado en Bolivia, después en Uruguay y ahora en

²³ *Ibid.*, p. 75.

²⁴ Divine, R.A. *Since 1945. Politics and Diplomacy in recent American History*. New York. John Wiley, 1979, 277 pp.

Chile... esta ofensiva se dirige contra el movimiento popular en Argentina... se dirige también, muy especialmente contra el gobierno de la Fuerza Armada del Perú... porque el imperialismo no está dispuesto a tolerar nada que huela a independencia nacional, nada que huela a progresismo en América Latina.

En octubre de 1967 los Rangers bolivianos entrenados por asesores norteamericanos asesinaron al Che. En 1954 Guatemala fue "salvada" de la amenaza "roja"; Jacobo Arbenz, presidente constitucionalmente electo, cometió el grave delito de pretender extender las reformas económico-sociales iniciadas por su predecesor Juan José Arevalo (1945-1951). Apoyado en la Ley de Reforma Agraria de 1952, emprendió la expropiación —previa indemnización— de las tierras incultas de la **United Fruit**, con el fin de otorgárselas a cerca de 300,000 campesinos indígenas.

En marzo de 1953 el Secretario de Estado, John Fuster Dulles, reclamaba la expropiación y advertía a Latinoamérica sobre el peligro de la dominación comunista. En marzo de 1954 forzó un acuerdo de la Conferencia Interamericana de Caracas, en el sentido de denunciar la amenaza contra la Democracia y la Libre Empresa que se cernía sobre el continente desde Guatemala. Mientras tanto, la CIA se dedicaba a los preparativos necesarios para asegurar la "paz" y salvar al hemisferio del fantasma rojo, entrenando fuerzas de contrainsurgencia en Nicaragua, Salvador y Honduras.

En aquella asamblea, sólo la delegación mexicana se opuso a la resolución que condenaba a Guatemala; Argentina se abstuvo y la delegación guatemalteca hizo un último esfuerzo de defensa, denunciando el panamericanismo cuya finalidad —decían los guatemaltecos— no es otra que la de:

mantener a los pueblos de América Latina en condiciones semicoloniales en beneficio de poderosos intereses de los monopolios extranjeros. Nos oponemos enfáticamente a la internacionalización del macartismo, a la quema de libros y denunciaremos ante la conciencia de América la agresión política y la agresión económica de que es víctima la República de Guatemala.

Tres meses después, desde posesiones hondureñas de la **United Fruit**, Castillo Armas, con fuerzas mercenarias financiadas y preparadas por el aparato militar americano, invadió Guatemala para derrocar al régimen de Arbenz. La conclusión fue la liquidación del movimiento reformista, la devolución de "sus" tierras a la **United Fruit**, la perpetuación de las causas del atraso, del analfa-

betismo y las altas tasas de mortalidad infantil, en una palabra, el abandono y el hambre para cinco millones de indígenas guatemaltecos y la consolidación de la oligarquía criolla, sometida y vasalla de los intereses norteamericanos.

Es vieja y conocida la historia de las agresiones que sufrieron México y Canadá durante el siglo XIX, que sin duda, fueron las principales víctimas del expansionismo anglosajón en esa época. Pero sólo hasta las Postrimerías de ese siglo el Destino Manifiesto Americano cobró dimensiones imperialistas. 1898 fue un año decisivo porque marcó los primeros éxitos de esa política: en el Pacífico fueron Hawai, Guam y la política de apertura sobre China, pero principalmente fue la conquista de las Filipinas sobre el incoherente imperialismo español; en el Golfo de México España sufrió dos desgarrones más: Cuba y Puerto Rico.

En ese nuevo orden internacional, la cuestión de una rápida comunicación entre los dos océanos estaba a la orden del día existían motivos comerciales y estratégicos: Nicaragua, el istmo colombiano o el de Tehuantepec. En 1901, un nuevo tratado anglo-americano abrió la brecha colombiana, pero la oposición del Gobierno colombiano a la indiscriminada cesión de tierras para la construcción del cañal provocó la "revolución" de opereta que dio origen al cesionista Estado de Panamá, instantáneamente reconocido por el Departamento de Estado y protegido por el barco de guerra Nashville. De 1912 a 1933 Nicaragua estuvo virtualmente ocupada por los Marines; Haití lo estuvo de 1915 a 1934 y la República Dominicana de 1914 a 1924. Desde 1913, varios puertos mexicanos estuvieron bloqueados por la marina yanqui hasta que, al fin, en 1916 se produjo la incursión de Pershing.

Hay que ser un poco más justos con los hechos anteriores, y ubicar cada una de esas intervenciones en su específico contexto histórico, pues —como alegan ciertos autores²⁵ tratando de abjurar y de purificar su mala conciencia imperialista— la invasión de Nicaragua en 1909, la de la Dominicana en 1912 o la de Haití en 1915, como la de México en 1916, contribuyeron a impedir la colonización de esas Naciones por otras potencias. Puede ser verosímil que las intervenciones militares de la década de la Gran Depresión y el New Deal, cuando F. D. Roosevelt quiso quebrar el **big stick** y transformarlo en una política de Buen Vecino y No intervención; hayan conocido como trasfondo y causa la voluntad de impedir que en aquella atmósfera enrarecida de capitalismo en crisis y burguesías agresivas y nerviosas, los débiles Estados Naciones de Latinoamérica fueran fácil presa de nazismos y

²⁵ "Radicalismo en retirada", en revista **Facetas**; pp. 30-33.

fascismos; que la intervención de 1954 en Guatemala encuentre una frágil justificación en la historia antirroja y el clima sobresaturado de anticomunismo de la guerra fría y el macartismo; concedamos aún que toda esa historia de agresiones haya tenido siempre como explicación suprema la tan invocada Seguridad Continental de los Estados Unidos. Bien, todo ello puede ayudar a mitigar la afligida y mala conciencia del ciudadano norteamericano (él sabe ya que en el extranjero es considerado como **The Ugly American**), pero el tribunal de la Historia no los absolverá. La constante de la política exterior norteamericana, la línea política oficial, de buen grado o mal grado, ha sido la ejecución histórica de la Doctrina Monroe, es decir, la intervención militar por parte de los Estados Unidos, cada vez que han considerado sus intereses en Peligro, el apoyo a los golpes de Estado y el sostén de regímenes dictatoriales y castrantes de la voluntad latinoamericana; esa ha sido la impronta histórica del imperialismo norteamericano.

No podemos fingir amnesia histórica: Destino Manifiesto o **Big Stick**, Buena Vecindad o Alianza para el Progreso, el resultado ha sido siempre el mismo: acentuar los lazos de dependencia estructural de nuestras sociedades hacia el imperialismo de las multinacionales. Ni siquiera las reacciones positivas de ciertas administraciones demócratas han logrado conmover los mecanismos de la explotación imperialistas. Por ejemplo, la frustrada Alianza para el Progreso de Kennedy intentó encontrar una afectiva medicina preventiva contra la revolución comunista; una vacuna que al mismo tiempo previniera el conflicto, extirpara las causas de la enfermedad y el malestar, o sea, el hambre, el analfabetismo, las enfermedades, las desigualdades. Esa vacuna tenía varias formas y denominaciones: desarrollismos, ayudas financieras gubernamentales y de agencias de crédito internacionales, cuerpos de paz, Viva la Gente y aún los Hara Krishnas. Todas han sido inocuas porque no se han atacado los mecanismos de fondo de la explotación y la dependencia: mientras se nos arrojaban algunas migajas económicas con la Alianza para el Progreso (que se derrumbó tan estrepitosamente como había sido creada) tan sólo los países productores de café —que entre 1957 y 1967 vieron caer los precios de su materia prima de 60 centavos de dolar la libra a 30 centavos— perdieron “un promedio de mil millones de dólares cada año, lo que representa más de lo que en un año prestan todas las Agencias Internacionales a América Latina.”²⁶

Mientras tanto, las desigualdades nacionales e internacionales continúan acentuándose; el proceso de enriquecimiento-empobrecimiento continúa agravando la diferencia de los ingresos

²⁶ Cleaver, Eldrige, **Alma Encadenada**, México, S. XXI, 1967.

per cápita y de riqueza nacional entre los Estados Unidos y los pueblos latinoamericanos. Observamos con envidia y rivalidad la pulcra y “satisfecha” casa del yanqui, porque sabemos que ha costado mucha sangre de nuestros mineros, de nuestros campesinos y de nuestros obreros, y muchos de nuestros recursos naturales el poder construirles ese hogar moderno y opulento.

Sin embargo, ninguna de esas guerras e intervenciones sobre nuestras tierras provocaron tanta indignación ni conmovieron tanto nuestra conciencia, como aquella más distante, prolongada y cruel, que acabó convirtiéndose en una enorme llaga, en un trauma y en un abismo para la civilización americana: la Guerra de Vietnam.

La intervención yanqui empezó a perfilarse poco después del arreglo en Corea y del fracaso imperial de los franceses en Diem Bien Phu. La elección de Ngo Dinh en 1955 contó con todo el apoyo logístico norteamericano, pero fue hasta 1961 cuando Kennedy aprobó una significativa ayuda financiera y militar al gobierno de Vietnam del sur, cuando el compromiso adquirió matices de intervención en los destinos de aquella sociedad. En 1963 combatían en Vietnam 14 000 boinas verdes sin que la guerra aventajara favorablemente. Los podrosos contra los budistas, los campos de concentración para todo sospechoso de colaborar con el vietcong, más la abierta corrupción de la camarilla Nhu incrementó su popularidad y junto con ella la resistencia popular.

La televisión del mundo empezó a habituarse al nuevo show americano, mucho más increíble y macabro que Boris Karloff: el 11 de junio de 1963, la humanidad silenciosa se sobrecogió ante las espantosas imágenes de un monje budista prendiéndose fuego en la vía pública. En septiembre de aquel año, la administración Kennedy parecía buscar una salida airosa del campo de batalla asiáticos: “son ellos mismos los que tienen que ganar la guerra –dijo Kennedy ante su nación– nosotros podemos ayudarles, pero es el mismo pueblo de Vietnam quien tiene que derrotar a los comunistas”. Pero las elecciones presidenciales se aproximaban; presentarse bajo la imagen de la debilidad y el repliegue le habría restado votos al campo demócrata.

En noviembre de 1963, un grupo de generales asaltó el palacio del Saigón y ejecutó *ipso facto* a Diem y su hermano Nhu. La muerte del corrupto dictador sólo implicó una mayor americanización del conflicto, en ese momento. 20 000 “muchachos” norteamericanos combatían en el infierno, asiático.

El 21 de noviembre, América nos deslumbraría con otro show siniestro, en la ciudad de Dallas caía asesinado el presidente Kennedy. Hasta nuestros días, el magnicidio sigue envuelto en una

nube de investigaciones y misterio, pero no faltó quien tratara de demostrar que la misma CIA estaba complicada en el crimen. En todo caso lo que no habría que pasar por alto es que el asesinato se produjo, en una coyuntura de distensión nuclear, poco antes se había firmado el "Tratado de Moscu", resultado de la crisis de Berlín, que culminó con la explosión de una bomba soviética de 58 megatones. El tratado pretendía abolir todo nuevo experimento nuclear. Con ese paso hacia la coexistencia pacífica, Kennedy lesionaba el futuro de la industria militar norteamericana. En un discurso memorable que el mismo Kruschchev aplaudiera, John Fitzgerald Kennedy selló aquel tratado con la siguiente evocación pacifista:

nuestras diferencias persistirán y... cuando menos debemos contribuir a que este mundo se desarrolle pacíficamente en la diversidad... en última instancia, todos somos habitantes de éste pequeño planeta, todos respiramos el mismo aire, todos deseamos un futuro pacífico para nuestros hijos y todos somos mortales.

Una expresión callejera de la violencia americana cegó la vida y el futuro de aquella línea política de coexistencia pacífica. Tampoco el excéntrico y paranoico Goldwater ganó las elecciones; los Estados Unidos se dieron por presidente a un cowboy texano. De todas maneras, la guerra en el sudeste asiático iba a empeorar. El vietcong avanzaba, ganaba terreno y sitiaba a las fuerzas de Saigón en las ciudades. El Comandante en Jefe de las fuerzas de ocupación, el General McNamara, creyó encontrar la solución al éxito de la guerrilla: extender la guerra a Norvietnam, bombardear masivamente el norte. También el Senador Fulbright apoyó la así llamada "resolución del Golfo de Tonkin".

No sólo las fuerzas armadas y la economía se empantanaban en Vietnam, toda la imagen de la civilización americana se asfixiaba en sus propios gases bélicos. A principios de 1965, McNamara y Bundy, dos altos asesores de la administración Johnson insistieron: "nuestra actual política sólo puede conducirnos a una derrota desastrosa, no vislumbramos sino dos alternativas: o usar todo nuestro poder militar y forzar un cambio en la política comunista o desplegar todo tipo de recursos para lograr una honrosa negociación".²⁷

Después de una apresurada reunión del Consejo de Seguridad Nacional, en febrero, se inició la nueva escalada bélica con el intenso e indiscriminado bombardeo de Vietnam del Norte. El napalm hizo su aparición experimental y las acciones de Dupont Co. y sus sucursales en Korea del Sur se dieron a la alza.

²⁷ Divinc, *op. cit.*, p. 201.

El año de 1965 fue difícil para los defensores de la Democracia Occidental, puesto que los sucesos dominicanos complicaron el combate contra el comunismo; para proteger a la centena de norteamericanos alojados en el hotel Embajador de Santo Domingo, para proteger también los “intereses norteamericanos” en la isla y para “impedir el triunfo de una revolución estilo castrista” (Tal fue la explicación del Departamento de Estado), desembarcaron los marines del portaviones Boxer.

En Julio de 1965, más de 75 000 militares yanquis combatían en Vietnam. McNamara informaba desde su alto mando: “la situación en Sud Vietnam es peor que hace un año”. ¿Soluciones? Más violencia. Johnson acató la orden militar y, en conferencia de prensa de 1966 justificó:

si abandonamos Vietnam ninguna Nación volverá a confiar en la promesa de protección americana. En todas partes las fuerzas de la independencia se verán debilitadas y, en Asia, tan acosada por la dominación comunista, se pondrá en peligro la misma seguridad de los Estados Unidos.

A finales de 1967 aproximadamente 500 000 norteamericanos continuaban empantanados en aquella guerra cruel, en aquella descarada intervención contra la humanidad en Vietnam la Democracia Americana, expiraba sus últimos suspiros los viejos mitos de la Igualdad y Libertad agonizaban carbonizados bajo las bombas del napalm.

Ninguna guerra despertó mayor clamor de solidaridad humana, la opinión pública retumbó estentórea contra aquella despiadada intervención extranjera, y aún al interior de los mismos Estados Unidos se organizó un poderoso movimiento de protesta: diferentes grupos de rock y cantantes populares protestaron ensordecedoramente contra la violencia, Joan Baez, Pete Seeger, Bob Dylan (con “Its a Hard Rain”), los Doors (“This is the End”), Jimmy Hendrix deformando el himno nacional, Eric Burdon (“Sky Pilot”) y los cuatro movimientos eléctricos de Chicago (“It better end soon”), todo un maravilloso eco popular contra la irracionalidad y la violencia del “Uncle Sam Needs you”.

América naufragaba en medio de los vestigios de todos sus valores fementidos; en los sesenta fermentó la más profunda crisis social. La guerra y el deterioro de los niveles de vida provocaron amplias movilizaciones juveniles contra la gleba militar. Fue un movimiento que a más de un pitonizo de lo social, apoyado en una “ficticia” ruptura intergeneracional, le hizo augurar la inminencia de una Revolución Mundial.

La agitación se apoderó –con sobrada justicia– de los campus: desde 1964 la comunidad estudiantil de Berkeley protestó contra la

masacre vietnamita y aún las más "pulcras", apolíticas y prestigiadas universidades norteamericanas estuvieron movilizadas contra la guerra del oriente; se acuñaron varios conceptos para denominar a los líderes e inspiradores de aquel movimiento: **rich radicals, radical chics, elite radioalism**. Lo cierto es que el movimiento de la **New Left** americana ha conocido un retroceso y un proceso de desintegración. Algunos de sus "líderes" simplemente claudicaron *verbi gracia*, Norman Podhoretz, quien en su libro más reciente **Braeking Ranks**²⁸ hace un análisis retrospectivo del radicalismo norteamericano de las últimas décadas, concluyendo que ha sido el resultado "de una infección de aborrecimiento y desprecio a sí mismos, en el cual, el desdeñoso repudio a todo lo norteamericano y a lo perteneciente a la clase media se tomó equivocadamente como una forma de idealismo", para él, en última instancia, no es la sociedad estadounidense la que está corrompida y muestra signos de decadencia evidente, sino que es la "ortodoxia colectivista" la que ha quedado agotada. De todas formas, la protesta juvenil se diluyó tan espontáneamente como había brotado. Bastó con que el presidente Nixon comenzara a retirar tropas de Vietnam y que los jóvenes empezaran a ingresar al mercado de trabajo, para que los bríos de la protesta se fueran debilitando.

En 1969, año de máxima protesta contra el baño de sangre Vietnamita, 448 universidades y colegios se lanzaron a la huelga. Todas las consignas apuntaban hacia el mismo objetivo: "Detengan la masacre", "Estados Unidos fuera de Vietnam", "No nos interesa Praga, lo que nos interesa es la clase de vida que estamos construyendo en los Estados Unidos", "Basta Ya".

Pero el movimiento que inyectó más fuerza a toda aquella batalla de participación ciudadana, fue el de los Derechos Civiles, el Movimiento Negro que despertaba de un larguísimo letargo silencioso. Desde la década de los veinte, Marcus Garvey, un rubicundo espécimen de color trató de conducir a "su pueblo", bajo la consigna de "Black is Beautiful", hacia la utopía del Imperio Negro, un delirante retorno a un quimérico Dorado Africano. Randolph, contemporáneo de Garvey, intentó situar el conflicto al interior de las estructuras sociales norteamericanas y de analizar el conflicto sobre bases más sólidas: cooperación de clase entre negros y blancos, alianza de pobres, unión sindical.

Fue hasta 1941, en medio de las tensiones y necesidades de la guerra, cuando la marcha en favor de los derechos civiles de los sindicalistas randolphnianos, consiguió que el gobierno de Roosevelt decretara una ley contra toda discriminación racial en salarios y empleos en la industria bélica. Y apenas en 1954, el movimiento

²⁸ C.W. Mills, **La Elite del Poder**, México, FCE, 1963, 371 pp.

pro-derechos civiles logró que la Suprema Corte decretara el fin de la discriminación racial en las escuelas públicas.

Ello no impidió que una de las más siniestras cabezas de la hidra fascista norteamericana, el Ku Kux Klan, linchara cuando menos a 13 negros entre 1950-70. También en ese inter se produjo la violenta represión policiaca en Little Rock, Alabama. En medio de todo ese torbellino irracional, se levantó la voz pacifista de Martin Luther King, entonando consignas de no violencia y resistencia pasiva y enseñándonos a cantar "We Shall Over Come". Por el contrario, Malcom X preconizaba una lucha de clases mesiánica, inspirada en incoherentes herencias islámicas, dando nacimiento al movimiento de los Negros Muslims y a la transmutación de Cassius Clay en Muhamad Alí. Pero nada impidió que ambos líderes pagaran su cuenta a la violencia americana, ambas cayeron asesinados y el hijo de King aprendía la lección de moral americana: "la moralidad –decía– empieza en el cilindro de una pistola".

Stokely Carmichael, neoyorquino de adopción y trauma, seguidor de King y 27 veces encarcelado, aportó nuevos bríos al movimiento, fundó el Black Power con los Black Panthers como brazo armado, preconizaba la guerra total entre las razas. Eldrige Cleaver, un alumno de Malcom X puso conciencia y humor en el drama; fue en la cárcel donde se hizo musulmán y predicador talentoso de las huestes de Malcom. Amante de la marihuana, aquél había sido fácil presa de la policía. Con *Soul on Ice*, libro autobiográfico, nos conmovió profundamente: henos ahí, ante un violador confeso, primero de negras, más tarde, con técnicas refinadas y eyaculaciones de sublimación reprimidas por siglos de traumas y complejos también blancas. En la celda adquirió los primeros elementos de conciencia y, junto con él, los Estados Unidos despertaron de un sueño negro secular. La primera reacción fue violenta y de un racismo invertido:

"cómo puedo querer al hombre que violó a mi madre, que mató a mi padre, que esclavizó a mis antepasados, que lanzó bombas atómicas en Japón, que mató a los indios y que me tiene encerrado a mi en los barrios miserables".

El estudio fue refinando su ideología; muy pronto comprendió que era un convicto de clase, un prisionero de guerra, "víctimas de un malvado sistema social en el que los perros se comen entre sí". Por un momento se dejó tentar por la ideología intergeneracional de Marcuse, pero al final de sus días de cárcel llegó a formular nitidamente el conflicto en que vivía:

el sistema capitalista mundial ha llegado a una encrucijada decisiva y este constituye el meollo de nuestra crisis nacional. El camino que va para la izquierda lleva a la reconciliación de todos los pueblos explotados del mundo, a la liberación de todos los pueblos—incluyendo el negro— a la destrucción de todas las relaciones económicas fundadas en la explotación del hombre por el hombre, el desarme mundial. . . .²⁹

Está lejano el día en que se solucione definitivamente el problema racial — y el de las minorías nacionales explotadas y discriminadas— de los Estados Unidos, pero es cierto que en los últimos años ha habido una tregua en la lucha de clases, no tanto porque al fin en 1968 el Congreso haya aprobado la Ley sobre Derechos Civiles (que, dicho sea de paso, fue decretada más de un siglo después de la teórica abolición del esclavismo y muy a pesar de grandes sectores de aquella sociedad “igualitaria”), sino, más que nada, por esa extraordinaria capacidad de absorción y cooptación que siempre ha manifestado el sistema capitalista norteamericano que, a pesar de encontrarse mucho más esclerotizado que en el pasado, sigue siendo una fábrica social de hombres de éxito.

Así, el show americano, durante la década de los sesenta, nos habitó a los chorros de agua a presión contra las multitudes, a los palos eléctricos, a los gases, a la migra, a los perros destrozando negros y chicanos. A mediados de los sesenta, el corazón político de la “más perfecta democracia occidental” se vio paralizado por gravísimas tensiones: Watts, Newark, Detroit, cientos de heridos, decenas de muertos —sólo en Detroit, esa repentina orgía de violencia de 1965 cobró más de 50 vidas—, ciudades incendiadas y saqueadas por las turbamultas en desbandada. La Gran Democracia Imperial era sacudida y devorada por dentro y por fuera.

Durante todo ese tiempo, Norvietnam mantenía en jaque al imperio o, como dijera Johnson, no comprendía “cómo una Nación de cuarta categoría” podía resistir y poner en dificultades el poder tecnológico de la más grande potencia del mundo.

En febrero de 1971 la administración Nixon lanzó una desesperada operación sobre Laos, la derrota fue desastrosa para las desmoralizadas y fatigadas tropas norteamericanas; al mismo tiempo, un corte militar declaró convicto de tortura y crimen al teniente Calley, macabramente célebre por haber asesinado a sangre fría a 20 campesinos vietnamitas de Maylai: un eslabón más a la larga cadena de vileza americana. “Por dirigir contra un pequeño país asiático una lluvia de muerte y terror —editorializaba entonces *The Angeles Times*—, los Estados Unidos aparecen a los

²⁹ G.W. Domhoff, *Quién Gobierna Estados Unidos*, México S.XXI. 1969. 250 pp.

ojos de la opinión pública mundial como un loco armado y bárbaro”.

Al fin, en 1973, se firmaron los acuerdos de Paz de París entre Le Duc The y Kissinger. La guerra había concluido en una humillante derrota para el gendarme imperialista del mundo; en marzo, una ofensiva final del vietcong sitió Saigón: era el epílogo del Show americano en oriente. La televisión made in USA, fiel a su compromiso, entre comerciales de Ford Motor Company y Kellogs, nos trajo los momentos estelares de la desastrosa y degradante evacuación. El 30 de abril de 1973, partían de territorio vietnamita los últimos 40 000 soldados yanquis. Después, vendría el retorno sin gloria, la caravana de mutilados, el trauma nacional, la esquizofrenia colectiva, las barracas a la deriva, cargadas con miles de parias sudvietnamitas, rechazados en todos los puertos; un país destrozado y el otro sumergido en una crisis histórica a la que no encuentra todavía solución. Las 56 000 vidas norteamericanas en los campos de batalla y más de 150 billones de dólares en gastos bélicos demuestran brevemente la derrota más trágica y humillante para la economía y la conciencia del Superman Americano. La mente paranóica de Solzhenitzin le hizo pensar en el inicio del fracaso de la Tercera Guerra Mundial, en la derrota irreversible del capitalismo occidental.

La batalla de Vietnam fue ganada no sólo por el pueblo vietnamita. La inflación y la crisis económica desempeñaron su papel en el drama, el costo de la guerra era elevado: en 1966 se destinaron 8 billones de dólares al conflicto, más de 5 billones de lo originalmente presupuestado, en 1967 el gasto bélico fue de 21 billones, de 28 billones en 1968, y de 32 en 1969. Las consecuencias del gigantesco gasto público fueron automáticas y evidentes: 10 billones de dólares fue el déficit presupuestal de 1967, de 28 billones en 1968 y continúa teniendo una taza deficitaria. El aparato económico más potente del mundo contaba con un Estado en bancarrota, que no encontraba otra solución posible más que, como todos los Estados expansionistas incrementar los impuestos, reducir los gastos públicos en los renglones sociales, Seguridad Social, vejez, educación; en una palabra, deteriorar la calidad de la vida, erosionar el **american way of living**, postergar indefinidamente los ideales humanos de la **Great Society**. La cual acarreó consecuencias económicas y sociales de larga duración: los déficits presupuestales son un mal crónico desde entonces, la inflación continúa erosionando los niveles de vida de las masas, el desempleo permanece a tasas que significan 7, 8 ó 10 millones de sin trabajo, el malestar y la depresión colectivas carcomiendo lentamente los cimientos del Gran Sueño Americano.

El hundimiento norteamericano en el pantano asiático tuvo muchas otras consecuencias paralelas y colaterales, por ejemplo, en 1966 el General De Gaulle rompió sus alianzas retirando su

Estado de toda participación en la OTAN, suceso que se sintió como debilitamiento y desintegración de la estrategia norteamericana en Europa. Durante la guerra del Medio Oriente (1967) los Estados Unidos, detrás de la aparente victoria israelita, perdieron en realidad influencia dentro del universo Árabe, la armada norcoreana detenía al mismo tiempo al barco espía "Pueblo", sin que la prepotencia yanqui pudiera ejercer alguna represalia. Sucesos todos fueron sentidos e interpretados como humillaciones y pérdidas de influencia por la propia política exterior norteamericana.

En 1972, Nixon y Brezhnev firmaron los tratados sobre limitación de armamentos nucleares conocidos como **SALT-1**, ambos estados se imponían un límite de misiles ofensivos **ABMs**, pero el verdadero significado de **SALT-1** era "el reconocimiento explícito de la igualdad rusa en su fuerza de choque nuclear".³⁰ Mientras tanto, los "plomeros" de la CIA, descubiertos *in fraganti* en el cuartel electoral del Partido Demócrata ponían la primera piedra para la futura caída presidencial de Nixon y contribuían, con la publicidad de sus actividades, a crear la sensación de paranoia colectiva y el sentimiento de sociedad electrónicamente vigilada y supercontrolada, fenómeno muy próximo a la humanidad teledirigida y estandarizada del "Mundo Feliz" de Huxley.

En el Medio Oriente, el conflicto petrolero continuaba latente y beligerante, y la política exterior norteamericana titubeaba. Sadat -haciendo retroceder la política nacionalista de Nasser-, con la expulsión de los técnicos soviéticos facilitó la reconciliación con el Estado norteamericano. Los Estados Unidos encontraron entonces la grieta por donde introducir una especie de solución intermedia, Kissinger la expresó secamente en 1972: "los Estados Arabes pueden obtener armas rusas, pero sólo pueden obtener sus territorios de nosotros". Entonces, los Estados Unidos, a través de Israel, se comprometían a devolver los enormes territorios ocupados por el expansionismo sionista en el Golan y el Sinai.

En 1973, poco después de la evacuación de Vietnam, estalló el embargo petrolero del mundo árabe contra todo Estado sospechoso de colaborar con el Estado de Israel. El embargo se produjo cuatro días después de que el Estado norteamericano había comenzado a abastecer a Israel del más sofisticado armamento de la época: F-16, misiles Pershing y los secretos tecnológicos de la Bomba. El embargo provocó un enorme pánico a nuestra civilización motorizada, facilitó ganancias especulativas a las multinacionales del petróleo y puso de relieve el peso estratégico del petróleo y del mundo árabe en el nuevo orden internacional.

Mucho más grave que el embargo fue la decisión de la OPEP

³⁰ *Ibid.*, p. 84.

(Organización de Países Productores de Petróleo, fundada en 1960) de subir el precio del crudo, manifestación de independencia económica y de un mínimo central de sus recursos naturales: durante 1950-70 el precio del barril se mantuvo a 2 dólares, en 1971 el precio fluctuaba apenas en torno a los 2.18 dólares, después de la guerra de octubre subió a 3 dólares y en enero de 1974 dio su primer gran salto a 11.56 dólares el barril de crudo, no ha dejado de subir desde entonces, hasta los 42 dólares a que se cotiza actualmente en el mercado "libre" del petróleo.

La crisis energética ha puesto de relieve varios hechos y procesos, en primer lugar, que los Estados Unidos son un voraz consumidor de hidrocarburos, con sólo 6% de la población mundial consumen en torno al 33 por ciento de la energía producida, hecho que ponía en evidencia una fundamental desigualdad en la distribución y consumo de la energía del mundo; en segundo lugar, ponían a flote la fuerte dependencia norteamericana de los productores extranjeros, con un consumo diario de entre 18 y 20 millones de barriles, y produciendo apenas 10 millones, se ven obligados a importar, cerca del 50 por ciento de su consumo, grave dependencia del aparato económico norteamericano, y en tercer lugar, el consumidor particular de los Estados Unidos, el automovilista orgulloso y feliz, ha comenzado a sentir el debilitamiento de su **standar** y de toda su civilización motorizada. Para la felicidad y la acumulación de las 7 Hermanas, el precio del galón de gasolina subió de 11 centavos en 1969 a 60 centavos de dólar en 1974, y a 89 centavos en 1980. Síntomas todos de la crisis histórica del capitalismo norteamericano, de la crisis social que está fermentado a su interior y de que el Estado Norteamericano no se encuentra sólo en el mundo, sino que tiene que aprender a convivir respetuosamente junto al resto de la humanidad.

No habían concluido de evacuar Saigón, cuando otro movimiento popular anticolonialista se bosquejaba en África: Portugal, sin poder apoyarse en el otrora poderoso Imperialismo Británico, tenía que aceptar la incongruencia insostenible de su Imperio Africano. Pese el medio millón de dólares que proporcionó la CIA al FNLA de Roberto, pese a la colaboración militar del Zaire, a la ayuda Francesa y Sudafricana, el MLPA, apoyada logísticamente por 10,000 cubanos, triunfó en Angola.

Otro suceso significativo del nuevo orden internacional, es el que tuvo lugar en Helsinki en 1975, allí se dieron cita los presidentes Ford y Brezhnev para firmar una Declaración de Seguridad Europea, se trata de un documento que acepta y reconoce, más de 30 años después, las actuales fronteras políticas, económicas y militares de Europa, y el Estado americano reconocía oficialmente y, como un hecho irreversible históricamente, la

existencia de los Estados socialistas. Con esto Solzhenitzin acusó al "occidente" de alta traición. En realidad, fue el triunfo de la revolución socialista en Cuba el hecho que marcó el fin de una hegemonía internacional, la supremacía absoluta del Superman—con todo y sus siete halcones y chow chow— ha sido desestructurada, aunque la prepotencia norteamericana no acepte todavía la nueva realidad histórica, tiene que aprender a sobrevivir en éste mundo de nuevas influencias y equilibrios.

¿Quién toma las decisiones políticas en los Estados Unidos?

Los procesos y sucesos que hemos venido describiendo sobre todo los que ocurrieron en la coyuntura de la posguerra mundial, ponían a la orden del día una cuestión fundamental que hacía mucho tiempo se venía investigando: ¿quién toma, en última instancia, las decisiones trascendentales en los Estados Unidos? ¿Cómo se distribuye y quién controla el poder del Estado norteamericano? Cuestión fundamental, puesto que de ella depende, en gran medida, el futuro de la humanidad.

Hiroshima y Nagasaki conocen las dimensiones de la cuestión, pero vietnamitas, dominicanos, panameños o mexicanos son también testigos del cargo. Las decisiones del Estado norteamericano afectan directa y profundamente la vida cotidiana de millones de seres, una firma estadounidense puede crear o suprimir empleo para miles de individuos dentro y fuera de sus fronteras, en una sola sesión de Wall Street pueden hacer bajar o subir los precios de ciertas mercancías o las tasas de interés del dinero, en fin, un orden del mando supremo norteamericano puede desaparecer del planeta a millones de seres y sumergirnos en un apocalipsis final. Los norteamericanos saben que arrojaron bombas atómicas sobre dos ciudades japonesas, saben que destruyeron con napalm bosques completos y poblaciones enteras de Vietnam, saben que lo hicieron siempre en nombre de la democracia y en defensa del "Mundo Libre", pero empiezan a comprender también que jamás nadie les consultó para tomar tan graves decisiones. ¿Quién, entonces, tiene el poder de adoptar tales decisiones y de imponérselas a los demás como resultados del consenso de la humanidad?

En 1956, C.W. Mills, un sociólogo y airado tejano de clase media, nos proporcionó un largo análisis sobre los fundamentos teóricos y empíricos del poder en los Estados Unidos de la posguerra.³¹ La "Elite del Poder" nos proporcionó un modelo y una penetrante investigación sobre los círculos del poder norteamericano, mos-

³¹ "1939-1945, We Have not Forgotten". League of fighters for freedom and democracy, Polonia Publishing house, 1961, 160 pp.

trándonos que "la aristocracia americana de los negocios" era una clase superior y una clase dirigente.

Con su sistemático trabajo, Mills desmistificó viejos tabues de la democracia americana, sobre todo, aquel de que la estructura del poder en los Estados Unidos era y es un libre juego, en el que participaban múltiples y pequeños grupos ciudadanos que se equilibraban entre sí, dejando espacio entonces, a la libre voluntad del pueblo votante, a la manifestación soberana de las masas.

La élite del poder probó, ampliamente, que los altos círculos financieros, articulados con los políticos y militares, son quienes efectivamente poseen el poder de adoptar decisiones y de imponérselas a la Nación como su propia voluntad. Los Señores de la Industria, de la Finanza y de la Guerra, consolidados en casta política son los que deciden.

Mills dejó escuela, las lagunas de su propia investigación las han superado otros esfuerzos, como los de Demhoff.³² Para éste, no hay duda de que existe una "clase gobernante" en los Estados Unidos, la cual se define y delimita por poseer una "parte desproporcionada de la riqueza de la nación", por recibir una cantidad muy elevada del ingreso nacional y porque es exclusivamente de sus propias filas de donde salen los principales administradores de las instituciones rectoras de la vida nacional. Se trata entonces de una clase social, muy avanzada en su proceso de cristalización política y económica, cerrándose paulatinamente en casta de poder y privilegio, que se apropia y concentra una elevada proporción de la riqueza social, que centraliza en sus manos la dirección del Estado, la de los principales bancos y empresas, la de las principales universidades y fundaciones, brevemente, que domina la vida económica y política de la Nación; y es por ello mismo que es considerada como clase gobernante también.

La cristalización histórica de este fenómeno económico y político data de finales del siglo XIX, periodo de auge económico y de articulación nacional, en el que existió una fuerte concentración económica y centralización política, de donde nació la economía monopólica e imperial de los Estados Unidos. Anteriormente, el fenómeno de la concentración de la riqueza era un hecho de carácter regional, desintegrado y ostentoso, que llevó a Veblen a desarrollar su tesis de la "clase Ociosa". Desde entonces también data el papel de selección y preparación que desempeñan las instituciones de instrucción superior en el sistema socio-político norteamericano, papel que se ha afirmado y acentuado a lo largo del siglo XX.

Yale, Harvard, Princeton, Columbia, Standford, University of North Caroline, etcétera, son el punto de partida de una buena

³² Luckas George. "El Asalto a la Razón". México, FCE. 691 p.

carrera, puesto que en esas y otras escuelas privadas se reúnen los ricos del país. Quien puede hacer el esfuerzo económico de concurrir a una de esas universidades o colleges, es rico de origen o el advenedizo está demostrando, a los miembros hereditarios de la clase, el tener medios para poder alternar con aquellos y merecer entonces sus favores y relaciones. De 513 políticos estudiados por Mills, el 22 por ciento había concurrido a Yale, Harvard o Princeton, mientras que el 86 por ciento de 476 directores de grandes empresas habían recibido su preparación en esas tres universidades; Mills no desea demostrar el hecho de alguna misteriosa y superior educación, sino la eficacia del mundo de las "buenas" relaciones y de las influencias.

Ese tejido de relaciones humanas "superiores" que deciden tantas riquezas y destinos encuentra su prolongación, después de la universidad, en clubes privados, asociaciones de egresados y otros sitios selectos donde los hombres prominentes pueden encontrarse. Los bailes de presentación y de graduados por ejemplo. "cumplen la función de encauzar" los impulsos libidinosos por cauces democráticos y selectos, puesto que propician la reunión y el casamiento "entre iguales", hecho y función sin los cuales no puede desarrollarse y permanecer una clase "superior". Detrás de la apariencia de movilidad social vertical, se han ido cosificando fuertes tendencias "aristocráticas" y de "casta" al interior de la clase superior norteamericana. Domhoff no guarda esperanzas, sus investigaciones empíricas lo conducen a concluir que existe en los Estados Unidos "una clase social superior cuyos miembros se casan entre sí", esto es, que la institución matrimonial cumple la función de preservar y cohesionar a la clase, afirmando las tendencias a la casta superior americana.

El control que ejerce esta clase sobre la dirección de las grandes empresas norteamericanas es asimismo evidente. Algunas manifestaciones superficiales en la administración de la empresa (como la aparición de la forma capital por acciones, dieron lugar a sospechar una posible dispersión de la propiedad del capital o un "capitalismo popular", como la complejidad de la industria moderna y la necesidad de pericia técnica para su administración, hizo pensar a otros en la "revolución de los directores o gerentes") dieron nacimiento a toda una teoría sobre la pérdida de control de la clase superior sobre la industria moderna. Nada más erróneo: pues si bien es cierto que hay millones de accionistas en los Estados Unidos, también lo es que cada uno de ellos no posee sino unos cuantos títulos, por lo cual son impotentes en las juntas de accionistas y ante el 0.2% de la población que posee más del 60% de las acciones de las grandes compañías. Simplemente, el débil ahorro de aquellos y sus desmedidas esperanzas por hacer alguna

ganancia, es uno de los múltiples mecanismos de acumulación de capitales de los poderosos y, por otra parte, las Juntas Directivas y los Consejos de Administración de las empresas en las que sólo tienen sitio los grandes accionistas no han perdido el control de las empresas, son ellos los que deciden, en última instancia, los montos de la inversión, la distribución de las ganancias, y cambian las gerencias a la medida de sus intereses.

Ni J. P. Morgan ha perdido el control de la United States Steel Co., ni de la General Electric, ni de la ATT, ni del New York Central Railroad; tampoco el clan Rockefeller ha perdido el control de la Standard Oil, ni el grupo de intereses Mellon ha dejado de decidir quién es el gerente de la Mellon National Bank, o de Gulf Oil, o de la Westinghouse Electric, etcétera. Los trabajos de Sweezy, Magdoff, Kolke, Perlo, Mills, Dohmoff apuntan una sola conclusión: los grandes accionistas de las empresas monopólicas, financieras o industriales, no sólo no han perdido el control de sus empresas, no sólo intervienen efectivamente en la política general de la empresa —entre otras, la de seleccionar al gerente—, sino que han concentrado la facultad de decisión, en la medida misma de la concentración económica norteamericana, como prueba, baste un botón: hablando del First National City Bank, apunta Demhoff, “los dos mayores accionistas de este banco eran W. Rockefeller y J. Stillman. Dos de las hijas de Rockefeller se casaron con dos de los hijos de Stillman, actualmente el jefe del banco es James Stillman Rockefeller, cuyo hijo, de Nancy Carnegie, es Andrew Carnegie Rockefeller”.

Bancos, compañías de seguros y grandes empresas industriales constituyen el núcleo de la economía civil norteamericana, ninguna escapa al control de la “clase superior”. “Las juntas directivas entrelazadas muestran, fuera de toda duda, que hay una economía nacional de los grandes negocios que es controlada por el mismo grupo de miles de individuos”.³³ En última instancia, sólo se llega a ser gerente a través de una larga carrera de servicio y servilismo con la clase superior, los gerentes se llegan a identificar con el éxito de la empresa, el interés de ésta llega a ser también el suyo. En ese proceso, el gerente se hace millonario y logra su plena admisión en los círculos dirigentes de la clase superior: así, Charles Wilson, gerente de la General Motors, había llegado a acumular varios millones en acciones de la empresa antes de ser nombrado Secretario de Defensa, otro tanto sucedió con Robert McNamara, gerente de la Ford Motor Company, secretario de defensa y actualmente director del Banco Mundial.

³³ Dupuy R. J. Bettati, M., *Le Pacte de Varsovie*, París, Armand Colin, 1979. 100 pp.

Las principales fundaciones “filantrópicas”, las universidades y los principales medios de comunicación de masa no escapan al control y a la influencia de la clase superior. Con el control de las primeras es posible evadir impuestos y darse el barniz filantrópico y artístico que pueda encubrir el resto de sus actividades y ganancias; con las segundas se asegura la reproducción del control de la educación tecnológica superior, y con los últimos, la clase superior dispone de la extensión más preciosa de su voluntad y acción: central de la prensa, de las revistas, de la radio, de la televisión y del cine, que influyen poderosa y decisivamente sobre la opinión del ciudadano; las técnicas de información y formación de la conducta han pretendido inclusive, la fabricación de un nuevo ciudadano, dócil y obediente, que responda automáticamente a ciertos incentivos y publicidades. Este experimento está alarmanamente avanzado en sus experiencias.

Tampoco los dos Principales partidos políticos escapan al control de la clase superior. El Republicano siempre ha sido considerado como el “de los grandes negocios”, pero el Demócrata tampoco está exento del control por otros grupos. Sin el financiamiento de grupos como el Rockefeller, Morgh, Dupont, Mellon, Pew y Olin (cuyas contribuciones o donaciones son de sobra conocidas y contabilizadas y que por lo regular, la elección tras elección, ascienden a millones de dólares), ni Eisenhower, ni Nixon, ni Reagan hubieran llegado probablemente a la presidencia. Obviamente, ese millonario y corrupto juego de contribuciones políticas significan alianzas, sumisiones, contratos y concesiones.

La clase superior controla eficazmente el Estado Norteamericano. Un somero análisis de cualquiera de las administraciones de posguerra nos revela el mismo hecho: los puestos de las más graves decisiones gubernamentales, tales como Defensa, Tesoro, Departamento de Estado, Seguridad Nacional (CIA y FBI), Comercio y Trabajo, no escapan al control de la burguesía monopólica.

Otro hecho de gran trascendencia histórica fue la fusión que se produjo entre el aparato productivo “civil” con la industria militar, impulsada por las necesidades de la guerra. Data de entonces la War Production Board (Consejo para la Producción de Guerra), cuya función fue transformar la producción económica en producción militar. Donald Nelson dirigió aquel consejo que hasta entonces había ocupado la vicepresidencia de la cadena comercial Sears Roebuck, y una escogida pléyade de financieros y abogados de Wall Street lo asesoraba.

La simbiosis entre propietarios monopólicos-directorio político y casta militar fue perfecta y los primeros resultados evidentes: de los 1000 000 000 de dólares gastados durante la guerra en investiga-

ciones, el 40 por ciento fue concedido a los 10 más grandes laboratorios privados; en 1941, el 75 por ciento del financiamiento empleado para la movilización fue controlado por 56 compañías.

Data de entonces la cimentación de una Economía de Guerra, la profunda transformación del gigantesco aparato productivo norteamericano en un Frankenstein agresivo, pero controlado todavía por la clase superior que, en aquel periodo de reestructuración política de la posguerra, supo reclutar a los hombres más destacados en el servicio militar.

Las conclusiones de Mills siguen vivas: son los grandes Señores de la Industria, de la Finanza y de la Guerra, consolidados ya en "casta política", los que toman las decisiones de más grave trascendencia. El democrático equilibrio social que aportaría la panacea de la movilidad ha sido destruido y la verdadera consecuencia histórica del proceso político de las últimas décadas, ha sido la cristalización de intereses económicos y militares en Elite de Poder. A esta Elite no se penetra ya por méritos (Disney, Chaplin, Ford, y algunos otros, fueron los últimos especímenes de una especie en extinción histórica. De vez en vez se abre una grieta para que penetre algún talento y el mito de la sociedad de clases abierta sobreviva, pero no son sino excepciones que comprueban la regla), los miembros de esta "casta" se reclutan en la matriz social de la misma clase superior. Los grandes mitos de la sociedad norteamericana (movilidad social, ideología del Self-made-man, igualdad de condiciones, sociedad de clases abiertas, etcétera) han quedado abolidos por la cristalización de esa estructura de poder jerarquizada.

Lo más grave y aterrador, es que esa élite de la burguesía norteamericana, en el mismo proceso a través del cual ha "institucionalizado" sus privilegios y diferencias, ha cristalizado también una estructura económica articulada profundamente a las necesidades de la guerra, y ha construido toda una sociedad habilitada para la violencia, una sociedad donde **tanatos** e irracionalidad militan bajo el mando de las altas jerarquías de la industria y la finanza.

Economía y Tanatos "que la fuerza te acompañe"

"La tragedia de nuestro tiempo que es ese miedo general que domina al mundo. Venimos sintiéndolo desde hace tanto tiempo, que ya podemos, incluso, soportarlo. Ya no existe ninguna clase de problemas espirituales, ya no existe más problema que el de saber cuándo saltará uno por los aires hecho añicos."

Flotaba todavía en el ambiente el humo pestilente de la pesadilla de la Guerra Mundial, cuando los principales dirigentes políticos del mundo orientaban sus aparatos económicos nacionales, tanto a la reconstrucción como a la preparación del Tercer Conflicto Mundial.

Fue en el cine club del IFAL, apenas una década y media después de concluida la guerra, cuando cobré plena conciencia de la horripilante dimensión de las guerras modernas: exhibieron, de Renais, su "Noche y Niebla": aquellos **travelings** a través de las simétricas avenidas de cruces de los cementerios europeos, donde yacían, entre muchos más, los 6 500 000 polacos inmolados y los 25 000 000 de soviéticos ofrendados a la eterna voracidad del dios Tanatos; las tomas sobre los campos de concentración, las Cámaras del letal Zyklon, el exterminio masivo, el genocidio indiscriminado, la instantánea demolición de ciudades enteras y todas aquellas increíbles imágenes de pesadilla y violencia, me hicieron reflexionar sobre ¿cómo se llega a ese límite extremo de la irracionalidad? ¿por qué? y ¿por quién?

Además, aquel libro terrible, que sigue siendo una bofetada para la vanidad del espíritu humano: "1939-1945. No hemos Olvidado, We have Not Forgotten Nous N'Avons Pas Oublié".³⁴ ¿No hemos olvidado?, ¿no hemos aprendido? o ¿existe algo intrínseco en la naturaleza humana que conduce periódicamente a la agresividad? ¿Cómo interpretar entonces el renacimiento de las fuerzas del mal que ya nos están preparando para el Apocalipsis final? ¿Acaso los elementos fascistas del capitalismo fueron definitivamente destruidos con el Tercer Reich?

El fenómeno fascista se encuentra profundamente articulado a la decadencia estructural del modo de producción capitalista; es una forma política extrema del imperialismo y, al mismo tiempo, una Patología colectiva. Como fenómeno histórico, es un conjunto en movimiento que se reproduce bajo formas diversas en diferentes tiempos y lugares. Es también un fenómeno contemporáneo que nace dentro de la coyuntura de la posguerra, como reacción de clase ante el miedo a la revolución (1917); una forma en que los Estados Nacionales han tratado de proyectar sus crisis hacia el exterior, a la sombra de una ideología basada en el complejo de Superioridad.

En su epílogo contra la irracionalidad ("El Asalto a la Razón"),³⁵ libro maniqueo, es cierto, pero arma de la crítica en medio de la

³⁴ OTAN, Service de l'Information, Bruxelles, 1969, 384 pp.

³⁵ Ikram Antaki, *Encuentro con Yasser Arafat*, México, 1980, 54 pp.

descarnada Guerra Fría; además de que todos sabemos de la imposibilidad de conocer un fenómeno contemporáneo, un fenómeno del presente, lo cual no impide que tratemos de comprenderlo con la mayor objetividad posible), Luckas concluía que la muerte de Hitler no implicaba, ni remotamente, la eliminación de la violencia, y anunciaba con firmeza que “la hegemonía de la reacción imperialista mundial” había pasado de lleno a manos del Estado norteamericano: máximo –y quizá último– líder político de los Estados que viven aún dentro de las estructuras del modo de producción capitalista; el más directamente avocado, por estructuras y vocación, a hacer renacer, dentro de las cenizas, la irracional agresividad de la forma fascista de Estado.

Nunca la humanidad había vivido tan intensamente el pánico y el terror del apocalipsis definitivo como en nuestros días: la guerra nos heredó un mundo profundamente dividido y antagónico, del cual pueden nacer las mejores esperanzas para el destino de la especie o la peor de las tragedias. A estas fechas no sabemos quién saldrá victorioso en la contienda ¿la irracionalidad o la razón?, ¿la estupidez o la inteligencia? o ¿el horror o la belleza? ¿Quién no ha sufrido el impacto de las estadísticas del terror? ¿quién no se ha topado con cifras como las que siguen?, que tratan de medir el balance de la violencia en el mundo:

Efectivos de las fuerzas regulares en 1968 Millones de hombres

Bloque	Población Tierra	Mar	Aire	Total	
Total Países Comunistas	1280.5	6.2	0.66	0.86	7.72
Total países no comunistas	942.5	6.08	1.27	1.78	9.13

FUENTE: OTAN.³⁶

o bien, la siguiente estadística, un tanto más sofisticada, publicada a fines de 1980 por el Instituto Internacional de Estudios Estratégicos:

EL BALANCE DEL PODER

Tipo de armamento	Estados Unidos y la OTAN	La URSS y el Pacto de Varsovia
Cabezas nucleares	9582	6000
ICBM	1053	1398

³⁶ OTAN, *op. cit.*, p. 20 y ss.

Tipo de armamento	Estados Unidos y la OTAN	La URSS y el Pacto de Varsovia
IRBM y MRBM	18	600
SLBM submarinos	800	1003
Soldados	6.7 millones	7.1 millomes
Divisiones de asalto	95	159
Tanques	27.000	64.700
Bombarderos	349	156
Portaaviones	30	4
Cruceros	30	37
Destroyers	164	76
Misiles nucleares submarinos	50	87
Piezas de artillería	22.400	34.000

¿Cómo ha llegado la humanidad a tales extremos de irracionalidad y violencia? ¿Desde cuándo, por qué y por quién nos encontramos al borde de ese abismo?: enormes cuestiones, que exigen también una enorme, compleja y dialéctica respuesta, que llegará al fondo de las estructuras económico-políticas en decadencia; que calará al fondo también de los mecanismos básicos de la reproducción de esas economías, y que no olvidará tampoco el problema de las clases (élites) e intereses que no ceden en su control del poder, ni a los grupos que no han sido capaces de sustituir sus ya viejas formaciones económico-sociales por otras más dinámicas y adecuadas a las necesidades y dimensiones del hombre del próximo siglo.

Tendremos, entonces, que postergar por el momento las cuestiones económicas de la estructura del capitalismo mundial, con el fin de poder concentrarnos en la dinámica de la política internacional y en la cristalización del gran Moloch norteamericano.

La cristalización institucional del militarismo norteamericano fue una de las tantas consecuencias de la Segunda Guerra Mundial. Desde octubre de 1944, con la retirada fascista ante el avance del ejército Rojo, Churchill visitó a Stalin en Moscú para conciliar ciertos acuerdos sobre las futuras zonas de influencia. En realidad, como explica la OTAN oficialmente,³⁷ con la derrota de las dos grandes potencias industriales y militares del fascismo —Alemania y Japón— quedó un espacio vacío de poder en el flanco Este y Oeste del territorio soviético que “el expansionismo soviético” supo aprovechar.

³⁷ - Mills, C.W., *Las Causas de la Tercera Guerra Mundial*, Ed. Palestra. 1960. 161 pp.

El 26 de junio de 1945 se firmó la carta de las Naciones Unidas; el 6 de agosto Truman tomó la decisión de acabar pronto con el conflicto en el lejano oriente, arrojando la bomba atómica sobre Hiroshima. “Desde 1945 –anunciaba la OTAN–, ni los optimistas podían afirmar que el horizonte internacional fuera claro.”

Ese pesimismo del cuartel capitalista tenía sus razones (Churchill fue el primero en emplear la noción de “Cortina de Hierro” para referirse a la situación **de facto** detrás de las líneas del ejército rojo); al finalizar la guerra, el saldo no era la victoria total para el capitalismo. Uno de los altos fundadores de la OTAN sacaba el balance en los siguientes términos: “un solo país –decía– salió victorioso de la guerra, habiendo conquistado muchos territorios; ese gran país es la Unión Soviética”. Efectivamente, la URSS salía victoriosa de la Gran Guerra dirigida contra su experimento socialista. Uno de los resultados significativos del conflicto era la consolidación de ese proceso como un hecho irreversible de la historia humana; el capitalismo aprendía amargamente la lección y tenía que aprender a tolerar, coexistir y aun temer, la competencia del sistema socialista.

Los acuerdos de Yalta dividieron el mundo en zonas de influencia. El reparto en dos bloques económico-sociales, que formalizaba la situación militar de la posguerra, fue el punto **de partida** de la bipolarización del mundo; un equilibrio **estratégico** mal aceptado desde un principio; un equilibrio en movimiento, que las potencias capitalistas no han acabado de aceptar completamente. En ese momento, el punto delicado era el reparto de Polonia, y en su premura por liquidar el conflicto en el oriente, Truman negoció un rápido acuerdo con Stalin y Boulganine, quien concedió un 95 por ciento de sus condiciones. En tal situación Yalta fue un reflejo de la relación de fuerzas y de situaciones **de facto**. El mundo quedaba más tenso y dividido que nunca. En Europa Oriental se desarrollaría lo que la OTAN llamó “las conquistas sin guerra”: el ejército Rojo y las guerrillas comunistas de Rumanía, Bulgaria, Hungría, Checoslovaquia, y Polonia, quedaron en control de la situación interna. Entre 1945 y 1949 los Partidos Comunistas se consolidaron definitivamente en la dirección de los nuevos Estados Socialistas, mientras Mao vencía en el lejano oriente. Los dirigentes Aliados constataron con temor ese primer resultado **estratégico**; el presidente Truman se erigió como portaestandarte de la Libertad, por lo que desde marzo de 1947 exhortó a las masas norteamericanas a sostener a “todos los pueblos libres del mundo” lanzando sus divisiones europeas a destrozarse la resistencia comunista en Italia, Grecia y Turquía. De todas maneras, con una Europa destrozada y una economía mundial profundamente deprimida, las burguesías occidentales no tuvieron más que observar el desarrollo de estructuras socialistas

en una gran porción de Europa y el Oriente (reformas agrarias, nacionalizaciones de los recursos naturales; colectivización de los aparatos productivos y crediticios, y consolidación política de los partidos comunistas: bosquejos de economías centralmente planificadas), constatando en el mismo proceso la desarticulación mundial del sistema capitalista. Aquello que había sido un débil experimento en 1917, se transformó en un sistema económico para gran parte de la humanidad. Así, las burguesías de las principales potencias capitalistas tuvieron que aprender a coexistir con su rival histórico. Desde entonces, en ambos bloques, se elaboran sistemas de defensa y agresión, erigiéndose esta segunda en la principal contradicción de la historia contemporánea.

El Medio Oriente quedaba asimismo erizado de tensiones y peligros. La invasión y colonización de territorios palestinos y jordanos en 1948 por un Estado creado **ex-nihilo** por las potencias occidentales, fue la primera señal del conflicto –“las órdenes venían de Inglaterra dice Arafat; en 1948 vi las primeras señales de la enorme conspiración que nos transformó en sus víctimas”– y el acicate del renacimiento del sentimiento nacional de los pueblos árabes colonizados. Claro, en el fondo de estas extemporáneas colonizaciones –nada más incoherente históricamente que emprender una empresa de colonización en un mundo completamente poblado y justo en el instante en que éste se descoloniza– se encontraba la necesidad de controlar el energético vital y estratégico. Irán (donde el ejército rojo y la resistencia local no pudieron resistir el embate de las fuerzas aliadas) y el resto de los países árabes quedaron bajo control occidental; pero no tan fácil, ni por mucho tiempo: en 1956 las potencias occidentales tuvieron que aceptar la primera manifestación política internacional del balbuceante nacionalismo árabe; Nasser nacionalizó el canal construido un siglo anterior, a pesar de que en 1955 Turquía, Pakistán, Irán, Irak, el Reino Unido y los Estados Unidos, habían firmado el Pacto de Bagdad, hecho añicos desde el momento de la revolución iraní, la cual transformó las ecuaciones del equilibrio mundial: el Iman Jomeini ha dicho que considera a Irán “como un país del frente palestino” y Arafat ha insistido en las causas elementales del conflicto: “Enfrentamos el imperialismo estadounidense y su punta de lanza, Israel. . . la lucha contra Israel, contra el enemigo sionista, es parte indisoluble de la lucha contra el imperialismo mundial”.³⁸

Frente a esa política “expansionista del comunismo, que tenía que poner en peligro la paz y la seguridad colectivas,³⁹ los

³⁸ Perlo, V. “L’Empire de la Haute Finance. La genèse du capitalisme monopoliste d’Etat aux États Unis”. París, 1974, 465 pp.

³⁹ Melman Seymour et. al., **Estados Unidos ante su crisis. El problema de las prioridades nacionales: elecciones y consecuencias**, México, S. XXI, 1967, 197.

dirigentes de los “países todavía libres” reaccionaron para “restablecer el equilibrio de fuerzas”: en 1949, en Washington, se firmó el Tratado de Defensa del Atlántico Norte, año en que la URSS realizaba su Primera explosión atómica; en 1952, ante la decisión de la OTAN de rearmar a la Alemania fascista derrotada, los países socialistas de Europa crearon el Pacto de Varsovia. Después la historia de la irracionalidad y la violencia no han hecho sino mantener su ritmo de crecimiento militar; la guerra fría ha sido el pan de cada día (OTAN, Pacto de Varsovia, CENTO, Pacto de Bagdad, Pacto de Río, ANZUS, etcétera), mientras los dirigentes norteamericanos nos conducen al quicio del apocalipsis final.

Para el Mills de 1960⁴⁰ no había duda posible: la humanidad se hallaba “al final de un camino militar que no conduce a ninguna parte sino a la muerte... la época en que vivimos es crucial... en ella se está gestando la Tercera Guerra Mundial y... la actual política exterior de los Estados Unidos es decididamente parte de esta absurda situación. Esa política ha presupuesto la **superioridad** militar de occidente”.

Mills se encontraba profundamente convencido de que los hombres hacen la historia, sobre todo, los contemporáneos. Por ello mismo, su vida y su obra fue un inagotable esfuerzo por demostrar que no hay nada inevitable en la historia, que los acontecimientos no son inexorables y que la noción de destino (como algo que escapa al alcance humano) es falsa y reaccionaria.

Si bien los hombres hacen su historia –como diría también Marx en el Dieciocho Brumario–, no la elaboran en condiciones y circunstancias elegidas o creadas por ellos mismos. Para ello Mills se aleja voluntaria y conscientemente de la noción estructural de la historia, con el fin de poder subrayar mejor el fenómeno del **poder**. Es cierto que todos los hombres hacen la historia, en la coyuntura, pero es claro que “ciertos hombres” se encuentran mejor situados para tomar las decisiones, conduciéndonos nuevamente al problema básico del poder (decidir por los demás), que es también básico al hacer la historia y dentro de las causas fundamentales de la guerra.

Para este sociólogo texano era casi una necesidad insistir y combatir a las élites de las sociedades modernas, donde los medios del poder son enormes y se encuentran sumamente centralizados, y donde “un puñado de hombres puede estar situado de tal manera dentro de la estructura histórica que, por sus decisiones y por el empleo que dan a esos medios, modifican las condiciones estructurales en que deben vivir la mayoría de los hombres”. Una élite de

pp. De más útil consulta es la otra obra de Melman traducida al español: **El Capitalismo del Pentágono**, México S.XXI, 1972, 395 pp.

⁴⁰ Barnett, R. J., **La Economía de la Muerte**, México S. XXI, 1976, 191 pp.

ese tipo ha monopolizado los medios de poder en Los Estados Unidos, "cuyo poder probablemente supera al de cualquier pequeño grupo de hombres en la historia".

Lo importante del discurso de Mills radica en la insistencia de la centralización del poder de decisión en unas cuantas manos clasistas: en una élite. Asentando este hecho, se comprende fácilmente el problema de la responsabilidad en la historia, sin la idea, al mismo tiempo, de la inevitabilidad histórica:

La primera causa de la Tercera Guerra Mundial—afirma Mills—es la existencia de estas maquinarias burocráticas y letales... ¿Pero quién provocó la construcción y mantenimiento de esas maquinarias... En la cúspide del complejo industrial que construyó estas máquinas hay varios centenares de ricos de corporaciones y sus gerentes, que dirigen los sectores claves de la economía. En la cima del Estado—al cual los militares y los gerentes de corporaciones dirigen sus miradas—hay un puñado de centenares de dirigentes políticos que, ayudados y asesorados por las élites militares y comerciales, adoptan las decisiones finales... la capacidad para forjar la historia está decisivamente centralizada... entre el catastrófico suceso y los intereses cotidianos existe un vasto abismo moral. Las masas arrellanadas en los cines observan ajenas y hasta con visible indiferencia... La Tercera Guerra Mundial está en preparación y será librada fríamente en nombre del estado soberano por las élites mandatarias de las dos superpotencias...

El capitalismo **made in USA** no sufrió la destrucción ni tan severamente las consecuencias de la Guerra; por el contrario, ésta abatió el malestar social provocado por la crisis cíclica, y consolidó la hegemonía americana: Supermán salió victorioso y agresivo del conflicto, y en aras de la defensa del Mundo Libre y contra el Comunismo, se erigió en baluarte del neo-irracionalismo, supersónico y nuclear, cuya máxima cristalización es el gigantesco poder de agresión del Estado Norteamericano, apoyado en una economía militarizada.

Correspondió al general Eisenhower (que en calidad de jefe del Estado Mayor del Ejército, dirigió un belicoso memorandum de paz en 1946) institucionalizar la militarización mundo de producción norteamericano: "El conflicto reciente—alegaba el general—ha demostrado más que nunca antes el **poder** que nuestra **nación** puede obtener de la integración de nuestros recursos nacionales en tiempo de guerra... Esta modalidad de integración debe ser traducida en una contraparte de tiempo de paz... el ejército—reclamaba el general—toó el poder para la casta militar—tiene el derecho y el deber de tomar la iniciativa en la promoción de relaciones más estrechas entre los intereses civiles y militares.

Debe establecer políticas definidas y un liderazgo administrativo." Los intereses civiles (Bank of America, Chase Manhattan, First National City Bank, Guaranty Trust, General Motors, Ford, General Electric, ITT, etcétera, y su élite propietaria: Rockefeller, Morgan, Du Pont, Stillman, Mellon, Giannini, etcétera) tampoco buscaban otra cosa que esas "relaciones más estrechas con los militares"; más claro y directo que el general Eisenhower fue su jefe en la General Motors, Charles E. Wilson, que en calidad de presidente de esa industria propuso en 1944, simplemente, la erección de "una economía permanente de guerra"; esto es, que después de la desmovilización, toda gran empresa contara entre su personal directivo, cuando menos, a un coronel de reserva. La experiencia bélica había sido muy fructífera en cuanto a efectos económico-sociales y la cooptación de los principales "guerreros" de la casta militar se institucionalizó.

Así, desde 1944 la fusión del elemento militar en el gobierno y la amalgama de la industria civil y militar; aunque, claro está, esa articulación tiene sus antecedentes directos en el proceso de concentración y en la centralización de capitales en los Estados Unidos; proceso que había desembocado hacia la década de los treinta en la creación de la economía más centralizada y monopolizada del Mundo. Means había calculado ("The Structure of the American Economy") que en 1933 las 200 empresas más grandes de los Estados Unidos poseían el 57 por ciento del activo total de las empresas norteamericanas.

Pero si 200 grandes sociedades dominan la vida económica del país, 8 centros de la alta finanza controlan la casi totalidad de esas 200 grandes sociedades... los hombres que ejercen el control, la oligarquía financiera de los Estados Unidos son los herederos multimillonarios de los grandes capitalistas que hace 50 años (1900) crearon los principales Trusts... una aristocracia cerrada, propietaria de la economía americana, aquella denominada las 60 familias: Astor, Goelet, Vanderbilt, Du Pont, Gould, Crocker, Morgan, Rockefeller, Guggenheim, Mellon, Ford, Stillman, Havemeyer, etcétera.⁴¹

Como heredero estructural del sistema, los Estados Unidos fueron los beneficiarios y legatarios de la supervivencia histórica del modo de producción capitalista en la posguerra. La militarización de la economía norteamericana es no sólo el signo del grado de desarticulación y descomposición del sistema, ni la consecuencia de su debilitamiento histórico, sino el factor de agresión y violencia en el mundo: esa es su responsabilidad para con la humanidad y la historia los juzgará.

⁴¹ Senghaas, D., *Armamento y militarismo*, México, S.XXI, 1974, 315 pp.

El belicoso Frankenstein y aquí tiene como objetivos esenciales, primero, mantener la hegemonía americana en el mundo —lo cual parece más que imposible a estas alturas, aún para Superman y Flash Gordon y los Siete Halcones juntos— e imponer la contrarrevolución y, en segundo lugar, el afirmar el control que ejerce la élite sobre la economía y la política estadounidenses. Es el fenómeno que Melman⁴² denomina "la Sociedad Guarnición". "la penetración del elemento militar en la sociedad civil"; es decir, la militarización del Sueño Americano. Es el mismo fenómeno que Barnett⁴³ llama la "economía de la muerte del complejo militar-industrial", que ejerce un firme dominio sobre la vida norteamericana" y cuyo resultado ha sido "un gobierno cuya actividad central es planificar y llevar a cabo guerras" y que, con su ideología y mecanismos de dominación ha acabado por impregnar a toda la nación. Es el mismo fenómeno que Senghaas⁴⁴ ha llamado "belicosidad organizada", cuya finalidad es desembocar en una realidad histórica que nunca ha dejado de ser dialéctica; es decir, que cambia rápidamente al otorgar a las clases dirigentes y élites el poder los medios militares para impedir el cambio; pero nada nos impide tampoco el llamar a ese fenómeno de la irracionalidad capitalista por su nombre de pila: el Fascismo Norteamericano.

Paradójicamente, fue el general Eisenhower quien, el 17 de enero de 1961, en su discurso de despedida como presidente de los Estados Unidos, quiso reaccionar tras el agresivo Frankenstein que él mismo había contribuido a fabricar años atrás:

estamos ahora en la sexta década de un siglo que ha presenciado cuatro grandes guerras entre las potencias... a pesar de estos holocaustos, Estados Unidos es ahora la Nación más fuerte, más influyente y más productiva del mundo... Hasta el último conflicto mundial, Estados Unidos no tenía industria bélica. Los fabricantes norteamericanos de arados podían, con el tiempo y según fuese necesario, fabricar también espadas... pero hemos sido obligados a crear una industria armamentista permanente —tal y como deseaba su jefe en la General Motors— de vastas proporciones: 3 y medio millones de hombres y mujeres trabajan directamente para la defensa... Esta conjunción de un inmenso instituto militar y

⁴² Roger, E. Bolton, *Defensa y Desarme. La Economía de los Estados Unidos ante el desarme mundial.*, México, Ed. Grijalbo, 1968, 157 pp. También se puede consultar: Proxmire, W., "Report from Wasteland. America Military Industrial Complex". New York, 1970.

⁴³ Barnett, *op. cit.*, p. 20 y ss.

⁴⁴ Hoffman, S., "The geopolitical Strategy of the East and the American will an capacity to respond it". en *Studia Diplomatica*, 1980, núm. 3.

una gran industria bélica es nueva en la experiencia norteamericana... En los consejos del Gobierno debemos cuidarnos contra la adquisición de una influencia desproporcionada por parte del complejo bélico-industrial. Existe y seguirá existiendo el potencial para el funesto abuso de poder... Este mundo nuestro, que cada vez se hace más pequeño, debe evitar convertirse en una comunidad de miedo y odio.

Reacción tardía y subjetiva, ya que los resultados de la intitucionalización del complejo militar saltaban a la vista: según cifras de la OTAN, la organización había gastado entre 1949 y 1970 la incomprensible cifra de 1 503 927 000 000 de dólares; es decir, aproximadamente tres cuartas partes habían sido erogaciones de los Estados Unidos. El cuadro que sigue nos proporciona la verdadera imagen del ritmo del armamentismo norteamericano:

GASTOS MILITARES
(en miles de millones de dólares)

Año	Gastos militares	Año	Gastos militares
1939	1.2	1959	46.0
1940	2.2	1960	44.9
1941	13.8	1961	47.8
1942	49.4	1962	52.0
1943	79.7	1963	50.8
1944	87.4	1964	50.0
1945	73.5	1965	50.1
1946	14.7	1966	60.6
1947	9.1	1967	72.4
1948	10.7	1968	78.0
1949	13.3	1969	79.2
1950	14.1	1970	78.9
1951	33.6	1971	75.8
1952	45.9	1972	76.6
1953	48.7	1973	74.5
1954	41.2	1974	77.8
1955	38.6	1975	85.6
1956	40.3	1976	89.4
1957	44.2	1977	97.5
1958	45.9	1978	105.2
		1979	117.7
		1980	130.4
		1981	147.0

De las cifras anteriores quisiera subrayar, primero, el enorme esfuerzo militar que representó para la sociedad norteamericana la Segunda Guerra Mundial y en seguida, la profunda articulación de la producción bélica que heredó el modo de producción estadounidense a partir de esa coyuntura. Es cierto que en la posguerra los gastos militares descendieron significativamente, pero inmediata y casi automáticamente también aumentaron los índices del desempleo. Sin embargo, a partir de los años de la guerra coreana, los gastos militares fueron continuamente ascendiendo: entre 1950 y 1980, el presupuesto del Departamento de Defensa se ha incrementado en un 1000 por ciento. Desde 1961 el déficit de la balanza de pagos ha sido crónico, mientras el Tesoro Federal (que en 1950 atesoraba todavía 24 000 000 000 de dólares en oro, en 1968 apenas 10 000 000 000 y en 1980 sólo 7 000 000 000) perdía sistemáticamente sus reservas y el dólar se debilitaba constantemente frente a las divisas de las otras potencias. El desempleo se mantenía en tasas alarmantemente altas; las tasas de interés alcanzaban niveles óptimos históricos y, en resumidas cuentas, el Sueño de la Great Society, de la Sociedad Opulenta y satisfecha, se desmoronaba paso a paso y, claro está, todo ello se encuentra estrechamente relacionado con ese nuevo aspecto estructural del imperialismo, en el que la Economía de la Muerte resulta el rasgo sobresaliente.

La Secretaría de la Defensa se ha convertido en el más poderoso e importante patrono de los Estados Unidos; ni siquiera el conjunto de las diez más grandes compañías civiles realizan la cifra de negocios que ejecuta en un año el Pentágono. Millones de civiles, desde obreros hasta los más calificados científicos—en 1963 el personal militar en servicio activo era de 2 699 700 y los empleados civiles llegaban a 1 058 000, haciendo un total de 3 757 700 personas directamente dependientes del Pentágono; hoy día, esa cifra rebasa los 7 000 000; por otro lado, el 60 por ciento de la investigación científica que se realiza en Universidades o Laboratorios privados, también depende de las subvenciones militares—, dependen de la economía de la muerte. The Statistical Abstract of the US de 1971 hacía saber que tres de cada diez ciudadanos activos trabajaban para el pentágono; regiones enteras, que podría tratarse de Estados completos de la Unión (como Texas, San Diego y los Angeles, California; Seattle, Washington; Long Island, etcétera) dependen estrechamente de los contratos militares.

Dependencia estructural, porque tanto Economía como Gobierno de los Estados Unidos gravitan cada día más en torno a ese gigantesco Moloch militar-industrial que controla y dirige el Secretario de la Defensa que, desde la Segunda Guerra Mundial, ha ido acumulando el más grande poder de decisión en el Mundo. Desde el Pentágono, el Secretario de la Defensa distribuye arbitra-

riamente sus multimillonarios favores: los codiciados contratos se dirigen siempre al grupo de intereses que lo llevó a tan alta inversión; pero, republicano o demócrata —MacNamara o Haig—, el gran porcentaje de los gastos militares nunca escapan a los principales monopolios de Tanatos: entre 1949 y 1979 cerca del 70 por ciento de los contratos para la producción militar han ido a parar a las cien principales industrias de la muerte. Esos grandes beneficiarios son de sobra conocidos: Lockheed Aircraft, General Dynamics, Macdonall Duoglass, Boeing, General Electric, ATT, General Motors, Westinghouse, IBM, Standar Oil, US Steel, Ford, Unión Carbide, Dupont, etcétera. La simbiosis de la casta militar con la industria civil ha sido perfecta y placentera para los grandes beneficiarios: en 1970, más de 2500 jefes del ejército ocupaban puestos de dirección en las cien mayores empresas. Así, la articulación entre burguesía civil y militar ha hecho del Pentágono un gigantesco aparato administrativo que dirige la economía norteamericana. Su objetivo es: ensanchar su propio poderío e influencia (en el reciente intento de asesinato del presidente Reagan, el general Haig, ascendido a Secretario del Departamento de Estado, quizo apoderarse del control completo del gobierno), y la conclusión: el interés público; es decir el interés de la humanidad que está en peligro.

La lógica de la economía militarizada es diferente a la de la civil: la industria militar tiene como primera característica la magnitud de sus operaciones; los pedidos del Pentágono son el cuádruplo del volumen neto de las transacciones de decenas de grandes monopolios, y el presupuesto de la defensa es superior al PNB de la mayoría de los países del Mundo. Así, la industria militar tiene un solo cliente; los contratos se asignan desde la cúpula del Pentágono; la competencia no existe, y la ley del valor parece nulificada: costos de producción (diferentes cálculos y testimonios no muestran que los sistemas de armamentos cuestan tres veces más de lo presupuestado), precios (el Pentágono fija arbitrariamente los precios de tan sofisticados productos; las leyes de la competencia y las teorías del mercado no tienen significado), beneficios y productividad, no responden a la misma lógica de la economía clásica. La única lógica en la economía de la muerte es la irracional sobreacumulación de poder agresivo. El resultado es la dilapidación de recursos y el desperdicio (precios excesivos, productos defectuosos, todo lo absorbe el Gobierno Federal, es decir, el domesticado contribuyente norteamericano) de energías creativas. No pocas veces, se trata de la simplemente probada corrupción, pero en última instancia, es la gloria de acumular fuerza destructiva. Lo de menos es el fenómeno del parasitismo, la improductividad, la distorsión estructural de todo un sistema económico. Fuerza y

poder para el Pentágono, cuya única óptica es considerar al mundo como un gran campo de batalla:

“Estados Unidos –dijo el general Shoup– se ha convertido en una nación militarista y agresiva”; se encuentran preparados para intervenir en tres guerras simultáneamente: una nuclear, contra el bloque comunista; una convencional, en Europa, y otra en regiones localizadas en el Tercer Mundo. El suicidio colectivo, es decir, el Apocalipsis final, que nos ha preparado la irracionalidad capitalista y los “grandes” dirigentes del Estado norteamericano, se encuentra listo: la hora cero se aproxima:

“El arsenal nuclear actual de los Estados Unidos consta de 1000 misiles Minuteman –decía Barnett, hace pocos años–, cada uno de los cuales está equipado con una ojiva de un megatón (cincuenta veces el poder destructor de la bomba atómica que incineró a Hiroshima). La Nación posee 54 misiles Titán 2... nuestros 41 submarinos nucleares pueden disparar 656 ojivas nucleares... nuestros 646 bombarderos pesados B-52 pueden llevar dos bombas de 20 megatonnes cada una. Una parte de esta flota se encuentra siempre en estado de alerta en el aire... los Polaris están siendo reemplazados por el Poseidón y el Minuteman II está siendo reemplazado por el Minuteman III. Ambos nuevos sistemas van a ser equipados con MIRV... cada comandante de submarino tendrá poder para aniquilar 160 ciudades” de un solo jalón de gatillo. La sociedad guarnición es esa sociedad paranoica preparada física y mentalmente para la guerra nuclear por sus élites. Los soviéticos, sin haber alcanzado el poder destructor de los norteamericanos, poseen también suficiente fuerza como para hacer saltar la humanidad en añicos. El mundo se ha vuelto el lugar más inseguro para la vida humana. El poder de sobreaniquilación es el más absurdo y elevado costo de la fase crítica y decadente del capitalismo.

El hombre moderno contempla con estupor su inimaginable poder destructivo; esa gigantesca violencia por fin hará realidad el más remoto sueño del hombre: el de la igualdad, al transformarnos a todos, en el mismo instante, en el mismo polvo radiactivo. Pero no podemos cruzarnos de brazos ni quedar satisfechos con una solución tan pesimista y trivial: las causas de la guerra no radican en alguna intrínseca maldad del ser humano, ni en instintos naturales de agresión y de luchas por espacios vitales; la causa principal se encuentra articulada a las formas de reproducción del sistema capitalista y en la concentrada violencia que detentan las élites dominantes. Es una consecuencia estructural de dicho sistema. Los responsables directos son los dirigentes de las Potencias Nucleares, y, en primer lugar, la belicosa élite norteamericana.

El proceso que convirtió al imperialismo norteamericano en

potencia hegemónica dentro del bloque capitalista, fue también el de la erección de toda una metafísica para la agresión y la violencia; una metafísica que ha dado origen a una sociedad profundamente enferma, poseída por una extendida patología militar, y que consiste en una exaltación de los mitos y valores militares: en una sublimación de todas las formas de violencia. Se trata de una cristalización ideológica largamente incubada, que representa, hoy por hoy, el rasgo más sobresaliente de la mentalidad americana: es Reagan declarando *We are Gigants* en el momento del aterrizaje del Columbia; son las masas deportivas presas de un eufórico chovinismo cuando la selección de Hockey de los Estados Unidos le ganó a la de la URSS; son los impunes asesinatos de niños negros o el frío crimen de un motociclista en *Easy Rider*. Es una mentalidad troquelada por más de un siglo de ideología imperialista y representa la fase superior del pragmatismo, y que ha elevado al máximo rango de utilidad individual el "Uncle Sam Needs You". Es el irracionalismo exasperado de la posguerra, transformado en mística norteamericana bajo las fórmulas de: "empecemos a matar gente, entonces habrá más respeto por los Estados Unidos", o bien, "más vale muerto que rojo".

Es una metafísica militar que refleja una enferma voluntad de dominio y superioridad, representada por los dirigentes y apologistas del sistema, que, en su afán por encontrar una solución teórica a los problemas actuales de la decadencia histórica del capitalismo —es decir, en su intento por perpetuarse y lograr una fórmula que, al tiempo que valore la eterna reproducción del sistema, conserve el *statu quo* de la hegemonía norteamericana y rechace para siempre toda veleidad ante la alternativa socialista—, crearon una ideología que santifica la agresión y la conquista del Mundo en nombre de la humanidad, del progreso, de la libertad y, como interpretación sagrada, de los designios de Dios.

El resultado ha sido una sociedad que sufre de una profunda amnesia histórica y que manifiesta una fatal inconsciencia de la realidad del mundo actual (baste ver con qué dificultad penetra, aún en la mentalidad de un profesor universitario, la idea de que existen y coexisten sobre el planeta 126 diferentes grupos humanos constituidos en Estados Nacionales, y con qué dificultad acepta comprenderlos con otros parámetros que no sean los de la fuerza y la Debilidad). El norteamericano producido en serie; es decir, el hombre biónico de la clase media, ha llegado a concebirse único y superior en la escala social. La televisión, con su penetrante poder formativo y acondicionador, ha contribuido a recrearles una imagen distorsionada del Mundo, y ha transformado al Supermán del supermarket, en un ser ahogado por y en su propia satisfacción. El norteamericano medio, el que asiste a los sermones

dominicales y concursa en los programas de televisión, el que escucha música Country y devora hamburguesas, ese ser que lee comics y se desarrolla en un mundo fantástico de violencia y destrucción desde la más tierna infancia; esto es, que llega a aceptar la violencia como parte esencial de la vida y que ha crecido en la creencia de que la fuerza lo acompaña –with god on his side– (como el incorruptible y hermoso hombre blanco que es Flash Gordon que, no sólo es norteamericano, sino neoyorquino puro, y que en el fondo de las galaxias sigue siendo fiel a Manhattan), es un ser psicótico que padece de una visión deformada de lo humano. Es una sociedad desconfiada del prójimo (que siempre es de tercera, puesto que ellos son los únicos habitantes del primer mundo) y que se siente (como James Bond) con derecho a matar. Toda esa incontrolada irracionalidad no puede conducir sino a la autodestrucción, al suicidio colectivo y, por ello mismo, estamos ante un fenómeno que resulta peligroso para la humanidad.

Esa irracionalidad resulta peligrosa sobre todo cuando se encuentra en las fases críticas de su depresión. Los más recientes acontecimientos internacionales, amalgamados a la crisis cíclica del sistema, han enraizado un exasperado sentimiento de debilidad –en los dirigentes del Pentágono y en la sociedad norteamericana–, el cual era subrayado por uno de los primeros números de la revista **Newsweek** en el presente año: los instrumentos de defensa de los Estados Unidos han caído tan bajo –alegaba la revista–, que ya no se encontrarían en capacidad de proteger efectivamente los intereses norteamericanos en el exterior, menos aún, en capacidad de detener el expansionismo soviético. Toda esa exaltación de la violencia y la irracionalidad no deja otra alternativa que una solución militar ante los problemas del mundo.

Sin embargo, yo he preferido ser optimista en esta oscura coyuntura pesimista de la humanidad. Creo que no diría una mentira si afirmo que el hombre quiere ser libre, que desea librarse definitivamente de los flagelos bíblicos: de la enfermedad, del hambre, del atraso, pero, sobre todo, de la agresión y la violencia. El hombre quiere materializar por fin lo que siempre ha anhelado: ser feliz, vivir plenamente y en paz.

Decía Marx por ahí en algún texto, que la humanidad no se proponía sino aquellos problemas que era capaz de resolver. ¿Será capaz de salir de esta decisiva y fatal encrucijada en que se encuentra?

La burguesía norteamericana y su civilización de acero y violencia ha llegado al fondo de sus posibilidades. Desde hace tiempo probó su incapacidad para seguir promoviendo la causa del progreso humano. El momento de la desestructuración de las

economías militarizadas se aproxima. Las energías y las necesidades para la transformación se encuentran dentro de los Estados Unidos mismos, pero éstas se agitan en los movimientos de liberación de Cuba, Argelia, Libia, Angola, Vietnam, Nicaragua, el Salvador, etcétera; en esa despreciada realidad por el norte revuelto y brutal; en ese tercero de los mundos que acabará liberando en muchos sentidos a los primeros. Es imposible predecir el futuro, pero tengamos confianza en la fuerza creativa del hombre: **El Apocalipsis no tendrá lugar.**

Epílogo

One Two Three Like a Rolling Stone

Hay momentos de la historia
Clio, en que todos quedarán soñando como muertos.
El guerrero del apocalipsis se bate en retirada,
mucho ruido, mucho estruendo
en este río amargo y caudaloso
este alto río que teje eternamente
estrellas blancas, azules barras
y el dinero que pasa por el camello de una aguja.
estrellas blancas desparramándose desde siempre
por el viejo Mississippi hasta la casa del sol naciente
siempre hacia el gran océano ciego, revuelto, violento.
En la ladera del río, al borde del Freeway
que lleva del gran lago al universo
creció una casa blanca;
en ella vivieron largo tiempo Peter, John and Marilyn,
un hombre blanco, un hombre negro y un indio triste,
Buffalo Bill, Billy the Kid, Elizabeth Taylor, Macarthur & CO.;
un buen día de octubre cruel, al borde del Freeway
en el proscenio mismo de la historia,
se reunieron para decir:
"Destino ya te tengo,
vine, luché y vencí,
soy el hijo más fuerte del río
el dios en la pradera
constructor y destructor implacable".

Hombre de trigos, nervios de acero
mutante e indómito
mujer azul con ojos como espacios, abismo sin fondo

pomposa y espléndida:
el único Dios es el río.
Larga es tu mirada, largo tu vestido de noches
larga tu vida
como signo de pesos, de claxons y mofles tempranos
los grandes magnates del miedo,
los contratistas del cielo
entraron por tu vida tan naturalmente
como por entre el primer fango del río.

Hombre parido en soledad y sin llanto
al filo de la media noche o al primer bostezo del alba
cuando el pasado le tejía una horca al futuro
cuando exigías acusiosamente por la extraña vía al dorado.
Gigante habitante de las urbes gigantes
que fabricaste la verdad marina y un oeste sin frenos
y en el centro de todo, sobre Wall Street: Un trueno de muerte.
gran conquistador del gusano
supiste deslindar el desierto del cristal empañado
deshojando el tiempo en horas lentas
erigiendo el palacio del rey de oros y las torres no abatidas por el
río.

Hombre negro, del mismo color que cayó de Wall Street
Rey de Harlem, primogénito del New Orleans Jazz Band
aprendiste a pregonar por las calles la pulpa de jaiba
el posible asesinato del rubio comerciante de wishey.
Encantador de Muchedumbres y prisionero de los cocodrilos
que gozaban la siesta bajo la luna de amianto.
portero, limpiabotas, esclavo
creciste bajo el insomnio de los lavabos
estrellándote contra la velocidad del metro
y la áspera superficie de una larga noche del África a Nueva York
Rey de los Animales muertos en sus tristes jaulas,
indios traspasados por el ruido, lacerados por el Neón
sellados por la quemadura infinita.
Ser con ojos inocentes de otros sistemas
extraviaste la vida en los basureros públicos
rastreado los signos de diminutas golondrinas con muletas
nunca aprendieron a deletrear la palabra amor
murieron ahogadas bajo el caudal del río.
New York, río de nadie, de sangre inaudita
el director del Trust
observando el cruel vaivén de la moneda blanca
decretó la furia del último banquete en el último de los siglos;
la máquina del progreso consume la energía metafísica
en medio de los gases de claxons y mofles

en el millón de oficinas se conjura contra la agonía
esterilmente, todos mueren embriagados de aceite
mientras la luna gotea sobre la tierra
sus temblorosos hilos de polilla cáustica.
Ciudad enemiga del género, atajo del río
faro inevitable, perverso
luz del hombre del mañana práctico
guía de la construcción
de un solo golpe erigiste una ciudad y una nación
rectoras del tiempo moderno
gorjeada por todos los cantores del mundo:
"He aquí la gran Babilonia
nada semejante hubo nunca",
y donde los buenos, los malos y los peores,
del eterno descanso, en el río los vestigios fueron buscando.

"El río es el tiempo –dijiste, Walt Whitman—
y yo soy el único tiempo;
discurre –dijo el viejo—
que el género no soporta ya su propia imagen
se le confunden los tiempos
pasado y futuro parecen no ser en el estrépito presente
lo que no fue nunca fue
la paz será colectiva.
Hubo una vez a un lado del río un mundo
y sobre ellos un viento y una música de primavera
hubo niños y niñas pero cada vez menos flores y pocas mariposas
porque llegó una época en que las ilusiones fueron destrozadas por
las penas
hubo un fuerte olor a gas asfixiante
tiburones flotando en vez de amigos
hubo muchas familias y cada vez menos poesía y más poesía
todo ello acontecía, si mal no recuerdo
en algún lugar de la mancha, protestante y judía
creo que hubo manos, flores, aires, libros
ya no recuerdo
hoy sólo existen niños con bronquitis
síntomas de repulsión y dolor entre los huesos de la momia
o tal vez ya no queda nada
quizá la gran violencia, la furia autodestructiva del blanco,
gases, bombas químicas. . .
¿Acaso existieron alguna vez tantas cosas bellas?
lloro y me afligo
ya no queda nada: ni tele, ni cine, ni teatro
lloro y me angustio

porque ya no beberemos, ya no cantaremos, ya no fornicaremos
ya no queda nada
ni polvo ni pena, ni mañana
sólo un sol amargo en la mirada”
me da miedo tu voz viejo Withman
tu frenesí, tu afán posesivo sin límites.
No me hables de paz ni de tiempo
recuerda que no existe otro río que el que nos sueña por dentro
río caudaloso, eterno
derramándole con ritmos cadenciosos sobre la tierra
arrojándonos en los pantanos de la historia.
El río es el único dios
siempre cambiante indómito siempre.
No sobrevivirá nada en tu río
hombre revuelto de estirpe
buscador de oro, brutal asaltante de expresos
que no has sabido cultivar otra ciencia que el borde de un
precipicio funesto,
para ti no habrá calendario, ni fiesta, ni gloria
el día que apagarás el sol y paralizarás el cielo
hombre que incubaste un vacío mental en perpetua expansión
no quedará nada en tu río
nafragio inminente del futuro, entre latido y latido
ropas de extranjeros que supiste encantar
ahogados infinitamente por la eternidad;
venciste al incendiar el mañana con petróleo crudo
al reflexionar el río
achicaste el tiempo sobre el mar apocalíptico
malgastaste tus ciclos vitales
y ahora, en medio del odio
hombre errante y turbulento,
tratas de descifrar el espantoso bramido de la ola que tú levantas-
te,
el aullido del silencio.
No quedará nada en tu río
sino muertos,
una larga y apesetosa cosecha de muertos
hombre civilizado, televisado
desaguando el río anuncias una larga época de barbaries
donde no habrá recompensa ni castigos para buenos y malos
ni fin ni principio: la lluvia nos fulminará
la hermosa lluvia atómica a la que ningún ave fénix sobrevivirá:
sólo el polvo seco, el polvo hediondo
y el silencio, el silencio inmóvil y sobrenatural.
Frío asceta del terror
que diriges tus máquinas hacia la trituración total

sobre ti caerá la venganza del género
y esta tela cuyo tejido de río nunca concluye.
sólo has sabido sembrar, a la larga
un enorme árbol de escepticismos
un enorme páramo de desesperación y agotamiento
donde se han marchitado el pasado, el presente y el futuro.
Tu fin inmediato fue grosero y poliposo
aunque todo fin es siempre un comienzo
tú has intoxicado de raíz este fin y has negado el principio
porque tu metafísica es la nada apocalíptica
Adelante cowboy industrial ¡Hurra!
Adelante marchitos muchachos de acero
cuando quereis reposar de todo el estruendo
el futuro, el presente y el pasado
se habrán retirado para siempre
pues este río es el mismo y es el otro río
el canal de la tele nunca lo incluyó en su tiempo
y sólo quedará flotando el silencio
ese maldito y chirriante silencio del río.